

JUÁREZ

LA REBELIÓN INTERMINABLE

Pedro Salmerón Sanginés

© PEDRO SALMERÓN
NOVIEMBRE 2015

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez, Ezra Alcázar y Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

Este libro es para Javier Garciadiego, por la terquedad;
para Gaby Pulido, por el amor;
para Paco Ignacio Taibo II, por las coincidencias;
y para María, esperando que lea en la vida de Juárez,
un llamado a construir el México que le tocará.

1. ¿Por qué Benito Juárez?

Benito Pablo Juárez García, nacido en una remota aldea de las montañas oaxaqueñas el 21 de marzo de 1806, fue la primera figura de la política nacional entre 1858 y 1872, una época en la que se consolidó el Estado mexicano, en la que México, tras medio siglo de ensayos y errores, adquirió plenamente el derecho de llamarse una nación. La figura de Benito Juárez es de tal consideración que ninguna historia de México, por breve y compendiada que sea, ha dejado de incluir su nombre; tan así es que muchos observadores llaman a aquella época “la era de Juárez”.

Con esa estatura, sería de esperarse que el personaje, Juárez, que como dicen era inmune al viento, hubiese sido un hombre brillante, un ideólogo de primera línea, un político habilísimo, un guerrero famoso por sus matanzas, un diplomático sutil, un financista preclaro, un orador de fuste, un legislador genial, un fogoso periodista o un escritor notable... pero no era así.

Y más extraño puede parecer que, no siendo nada de eso, fue el jefe visible, el símbolo, el epónimo de una generación excepcional, en la que se incluían Vicente Riva Palacio e Ignacio Ramírez, poseedores de inteligencias prodigiosas; Mariano Otero y José María Iglesias, ideólogos de primer nivel; Ignacio Comonfort o Sebastián Lerdo de Tejada, políticos excepcionales;

Juárez. La Rebelión interminable

Jesús González Ortega, Ignacio Zaragoza, Mariano Escobedo y Porfirio Díaz, guerreros cargados de laureles; Manuel Doblado y Juan Antonio de la Fuente, diplomáticos sin par; Melchor Ocampo y Manuel Gutiérrez Zamora, gobernantes notables; Manuel Payno, Guillermo Prieto y Matías Romero, financistas escrupulosos y preclaros; Francisco Zarco y muchos oradores incendiarios; Ponciano Arriaga y León Guzmán, legisladores de cultura universal; Ignacio Manuel Altamirano y decenas de feroces periodistas, sin contar que todos, o casi todos, poseían plumas ágiles y artísticas. Eran hombres de tan variadas capacidades, que en realidad es imposible encasillarlos como lo hemos hecho.

Sin embargo, de la misma manera que un acercamiento superficial a la figura de Juárez, a sus cualidades y defectos, a sus escritos y acciones, nos puede llevar a la conclusión del desequilibrio entre el personaje y su estatua, un estudio más detallado, que busque comprender a los hombres y su época, advertirá que no hay disparidad entre la generación y su epónimo, entre la enorme tarea de los hombres de la Reforma y la personalidad de su jefe visible, aunque siempre discutido, durante su vida, después de su muerte y aún hoy.

A pesar de que la vida de Juárez fue larga, de que su época está llena de pasión y fuego; de que es una historia hecha por hombres que de un bando y otro se entregaron por entero a sus proyectos y fertilizaron nuestro suelo con su sangre generosa, los constructores de la historia oficial, los creadores de ideología, de sustento histórico para un régimen dado, se las ingenieron para

secuestrarla y volverla ilegible. Lograron que los mexicanos sólo viéramos a Juárez como “el impassible”, una estatua en vida, inasible; una estatua de bronce, inerte.

Parte de esta imagen se debe a la propia actitud de Juárez, estoico e impassible, marcando con su sobrio traje negro, su rostro adusto y su oratoria pausada la distancia con el precedente intento dictatorial de Santa Anna y con nuestras tradiciones caudillescas y caciquiles, tan dadas al relumbrón y los excesos. Frente a eso, Juárez impuso la austeridad republicana como estilo personal y de gobierno.

Esa percepción de Juárez como “el impassible”, corresponde a una forma de entender la historia que llamamos historia de bronce. Una historia pragmática que busca crear conciencia, fortalecer identidades, despertar principios y valores, pero de la cual se ha abusado hasta el extremo de reducirla a manuales soporíferos, cuyo propósito pareciera alejar a los ciudadanos de la historia, vacunándolos mediante la construcción de figuras inasibles, incomprensibles, remotas y ajenas, como el Juárez de las estatuas.

La historia de bronce presenta al pasado como un conjunto de hechos dados, indiscutibles, protagonizados por héroes y villanos en lucha permanente; tiende a la creación y al soporte de mitos. Una historia que no busca comprender el pasado, sino juzgarlo; un pasado compuesto por figuras hieráticas e intocables.

Así se construyen desde el poder los “héroes”, se idealizan sus cualidades y sus acciones de manera desmesurada, se les hace objeto de culto y terminan por

Juárez. La Rebelión interminable convertirse en personajes inventados sin relación con la realidad que vivieron. Similar proceso, aunque en sentido contrario, sufren quienes se enfrentaron a los personajes declarados “héroes” por la historia oficial, hasta volverlos absurdos.

Por ello, el Juárez de la historia oficial y el Juárez de las escuelas de monjas, antagónico a primera vista, tienen en común la misma interpretación maniquea de la historia, basada en la deshumanización y simplificación reduccionista de los personajes y los procesos: para una, Juárez es la estatua de bronce; para la otra, es el villano que puso a la patria en riesgo de desaparecer y la entregó, atada de pies y manos, a la influencia estadounidense.

Con estas consideraciones iniciamos la revisión de la trayectoria vital de Benito Juárez, de su época, del México que le tocó vivir. Éste es el inicio de una biografía que buscará alejarse de esa historia que juzga para tratar de comprender el personaje y, a través de su actuación pública, el proceso histórico del siglo XIX mexicano, desde la complicada aparición de México en el concierto de las naciones hasta la consolidación definitiva de nuestra nacionalidad, ciclo que coincide con la vida de Juárez. Esta contribución a las conmemoraciones del bicentenario se aleja expresamente de la invención del héroe para buscar al hombre de su época, inmerso en su tiempo.¹

1. En sus orígenes, esta biografía formó parte del programa de radio “Conversaciones sobre historia”, iniciado por Javier Garcíadiego en mayo de 2004, y transmitido por diversas radiodifusoras del Instituto Mexicano de la Radio todos los sábados, que alcanzó una audiencia excepcional para un programa cultural-, aunque la intención del programa fuera más allá de lo cultural, para insertarse en

2. De la Laguna Encantada a la antigua Antequera

La biografía de Benito Pablo Juárez García inicia con un mito, un mito original que le da sentido a la leyenda heroica del personaje. Este mito, poderoso y significativo, está sustentado en la realidad histórica. Juárez fue, en efecto, el niño indígena de la Laguna Encantada que, merced a su ambición, salió en busca del mundo y que, gracias a su tesón, voluntad y cierta dosis de buena suerte, se impuso a un destino que parecía condenarlo a la oscuridad y la miseria.

Benito Juárez nació el 21 de marzo de 1806, en San Pablo Guelatao, una aldea de 20 familias, aislada en la abrupta serranía del distrito de Santo Tomás Ixtlán, Oaxaca. No conoció a sus padres, zapotecas monolingües, y fue criado con cierta dureza por uno de sus tíos. También es cierto que desde muy niño se dedicó a las labores del campo hasta que, a los 12 años, posiblemente por algún descuido en sus labores o alguna travesura, y temiendo el duro castigo del tío, se fugó a la ciudad de Oaxaca,

la generación de cultura cívica y conciencia política. Por invitación del doctor Garciadiego, redacté 52 guiones para difundir en breves cápsulas, a lo largo del año 2006, la vida y la obra de Benito Juárez; cápsulas grabadas con la magnífica voz de Yuriria Contreras, bajo la producción de Silvia Ramírez y la coordinación de Salvador Castro. La respuesta del público y el aliento de Javier Garciadiego, Gabriela Pulido y Paco Ignacio Taibo II me convencieron de convertir esos guiones en el libro que hoy tienes en tus manos.

Juárez. La Rebelión interminable donde una de sus hermanas era cocinera en casa del comerciante Antonio Maza.

La infancia de Juárez fue, como dice Justo Sierra, la de un muchacho casi desnudo, probablemente explotado por sus parientes, quizá maltratado hasta impulsarlo a huir. No hay que buscar en esa vida un adelanto, una prefiguración de un hombre de genio. No lo fue, Juárez fue un hombre de fe y voluntad, no de genio.

El niño zapoteca, monolingüe y analfabeto o semialfabeto (según su propia versión, su tío le enseñó rudimentos de lectura), vivía —como contó después en un breve relato autobiográfico, los *Apuntes para mis hijos*— con el deseo de conocer un mundo más amplio, esa ciudad de Oaxaca de que le hablaban, con su magnífica catedral, sus grandes casas, sus amplias calles empedradas y, sobre todo, la posibilidad de trascender su destino mediante el dominio de la lengua castellana y la lectura; de modo que en 1818, a sus 12 años de edad, desnudo y a pie, emprendió el camino sin más patrimonio que las señas de la casa en donde trabajaba su hermana Josefa.

Alojado por unos días en la casa de los señores Maza —a la que entraría por la puerta delantera muchos años después, ya con el título de licenciado y siendo celebridad política local—, tuvo la suerte de que su hermana le encontrara colocación como aprendiz de Antonio Salanueva, “un hombre honesto y muy honrado —escribiría en sus *Apuntes*— que ejercía el oficio de encuadernador” y vestía el hábito de la tercera orden de San Francisco.

El taller de encuadernación fue la escuela del niño Benito Juárez, quien gracias a dos rasgos personales que lo acompañaron toda su vida, la memoria y la perseverancia, aprendió con rapidez, casi al mismo tiempo, a hablar, leer y escribir en español. Salanueva era profundamente religioso, y en Oaxaca no faltaban nunca misas y procesiones. El trabajo duro y honrado, la lectura y el recogimiento religioso contribuyeron a la formación de su carácter en la severa moral de ese catolicismo, una honradez inquebrantable y la convicción de que la redención estaba en el estudio.

Salanueva comprendió que ese niño, que llegó descalzo y desamparado a su casa, había nacido para algo más que para criado y encaminó sus estudios durante tres años, para luego, en 1821, en vísperas de la consumación de la independencia, matricularlo en el Seminario de Santa Cruz, imaginando para él la carrera del sacerdocio. Juárez no era brillante, pero tenía un entendimiento claro y ponderado, una gran aplicación y disciplina, que le permitieron obtener las notas más altas en los seis años que pasó en el seminario, sin desatender sus labores en el taller de Salanueva.

Es probable que hubiese sido un cura sin vocación de no cruzarse en su camino el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, fundado en 1826 a la sombra del nacimiento de la república federal y del liberalismo, de los debates suscitados por la Constitución de 1824 y, en general, del estado de efervescencia que vivía el naciente país.

Juárez. La Rebelión interminable

Los años de formación de Juárez coinciden con el nacimiento de México como país independiente, años llenos de optimismo, de esperanzas desmesuradas en las riquezas y posibilidades de la nación que amanecía a la vida. Ese ambiente de euforia propició la apertura, en muchas capitales estatales, de instituciones laicas y liberales de educación superior. En una de ellas terminó Juárez la formación que había iniciado en el seminario, lo que lo convirtió en un hombre a caballo entre dos generaciones, entre dos formaciones distintas. Quizá a eso se deban la moderación y la tolerancia políticas que lo caracterizaron hasta su exilio en Nueva Orleans.

Del instituto, Juárez contó en los *Apuntes para mis hijos*:

Al abrirse el Instituto en el citado año de 1827 el doctor don José Juan Canseco, uno de los autores de la ley que creó el establecimiento, pronunció el discurso de apertura, demostrando las ventajas de la instrucción de la juventud y la facilidad con que ésta podría desde entonces abrazar la profesión literaria que quisiera elegir. Desde aquel día muchos estudiantes del Seminario se pasaron al Instituto. Sea por este ejemplo, sea por curiosidad, sea por la impresión que hizo en mí el discurso del Dr. Canseco, sea por el fastidio que me causaba el estudio de la Teología por lo incomprensible de sus principios, o sea por mi natural deseo de seguir otra carrera distinta de la eclesiástica, lo cierto es que yo no cursaba a gusto la cátedra de Teología, a que había pasado después

de haber concluido el curso de Filosofía. Luego que sufrí el examen de *Estatuto* me despedí de mi maestro, que lo era el Canónigo don Luis Morales, y me pasé al Instituto a estudiar jurisprudencia en agosto de 1828.

En el instituto, Juárez entró en contacto con el liberalismo político y recibió una sólida formación jurídica que lo llevó a contrastar la vida provinciana y católica, en que había vivido, con las posibilidades a que se abría la novel nación. Diez años después de haber llegado a Oaxaca daba un segundo salto hacia el mundo.

3. La formación de un liberal

Como estudiante de jurisprudencia y discípulo de los más distinguidos liberales oaxaqueños, Juárez creó su criterio político y fue liberal. Desde que sustentó sus primeros exámenes públicos, con las mismas notas sobresalientes que había obtenido en el seminario, defendió, con argumentos jurídicos, la división y el equilibrio de poderes, así como el sufragio universal y directo como el más conveniente para el sistema republicano.

Esos dos temas eran en particular sensibles para los liberales mexicanos que, puestos a gobernar un país y a diseñar su régimen político sin ninguna experiencia previa, se enfrentaron al grave problema de adaptar las instituciones republicanas y democráticas a una nación pobre y desarticulada, que salía con trabajos del desgarramiento que significó la guerra de independencia.

Desde muy joven, Juárez notó que la debilidad del poder ejecutivo, establecida en la Constitución de 1824, impediría la formación del Estado en el recto sentido del término, al mismo tiempo que se opuso a las tesis de los políticos centralistas y moderados, que después devendrían en conservadores, que intentaban limitar los derechos políticos a las clases poseedoras.

En su tesis profesional, presentada en diciembre de 1832, Benito Juárez muestra plena comunión con la ideología nacionalista, que ya era parte del bagaje inte-

lectual de los liberales mexicanos, como queda de manifiesto en la crítica a la opresión española, en la exaltación de los héroes de la independencia (Hidalgo e Iturbide por igual) y en la presentación optimista de la nueva situación que vivía el país. De ésta era prueba y garantía el Instituto de Ciencias y Artes, que había puesto al alcance de los humildes la posibilidad de la redención mediante el estudio. Pero además de esos principios, ya aparece en ese documento la preocupación de Juárez por el problema de las comunidades indígenas.

A pesar de simpatizar con los liberales radicales, en sus primeros años Juárez tuvo una clara tendencia moderada, que se puso a prueba en 1828: las elecciones federales de ese año fueron la primera prueba, no superada, del régimen político mexicano. Los federalistas, agrupados en la masonería yorkina, tenían como candidato al general Vicente Guerrero, héroe de la guerra de independencia; los moderados y los centralistas, también llamados "hombres de bien", postularon al general Manuel Gómez Pedraza; en tanto que algunos antiguos iturbidistas lanzaron la candidatura del general Anastasio Bustamante.

Los jóvenes liberales oaxaqueños, entre los que se contaba Juárez, honraban la memoria del generalísimo Morelos, que tanto combatió en aquella provincia, por lo que se entregaron en cuerpo y alma a la candidatura de Guerrero, el indígena suriano en quien veían el legítimo heredero de la causa del Siervo de la Nación. Sin embargo, en el alambicado sistema electoral de la épo-

Juárez. La Rebelión interminable
ca, Guerrero fue derrotado, aunque obtuvo quizá mayor número de votos populares que Gómez Pedraza.

Guerrero cometió entonces un grave error, que sentó un funestísimo precedente: buscar por las armas lo que las leyes no le habían otorgado. Triunfó rápidamente sobre la impericia del gobierno y el desaliento del candidato victorioso, y desde entonces, por mucho tiempo, la silla presidencial fue el premio de la victoria alcanzada en nuestras guerras civiles por un soldado de fortuna, y perdida al triunfo del siguiente cuartelazo exitoso.

Juárez, que se había afiliado al partido federalista, no dejó constancia alguna de lo que pensó ante esos hechos, pero sí consta que se sumó a los voluntarios que se alistaron para combatir una esperada invasión española en las costas del Istmo de Tehuantepec. Y aunque la agresión eligió otras playas, por lo que quitó a los patriotas oaxaqueños la posibilidad de combatirla (para que cosecharan la gloria los veracruzanos y tamaulipecos acaudillados por Antonio López de Santa Anna y Manuel Mier y Terán), sí consta el único nombramiento militar de quien sería el caudillo nacional (civil) durante diez años de guerras civiles y extranjeras: teniente de la milicia cívica de Oaxaca, por voto de sus compañeros de armas.

Ya era el joven Juárez una figura reconocida en Oaxaca cuando, en 1830, empezó a trabajar como profesor suplente del instituto y en 1831 como pasante de derecho. Ese mismo año fue electo regidor del ayunta-

miento de Oaxaca, con lo que inició su carrera política desde el escalón más bajo.

En 1833 el partido “puro”, al que pertenecía Benito Juárez, aliado con el general Santa Anna, conocido hasta entonces por su amistad con Vicente Guerrero (villanamente asesinado el año anterior), llegó al poder a nivel nacional. El Congreso federal de entonces estaba dominado por jóvenes políticos exaltados, que quisieron cambiar el país de un día para otro, y los congresos de los estados se eligieron a su imagen y semejanza. Benito Juárez, diputado al Congreso de Oaxaca, se contaba en esta hornada política.

Su primera y más memorable iniciativa fue la presentación de un proyecto de decreto para honrar la memoria de Vicente Guerrero y declarar que sus restos mortales pertenecían al estado de Oaxaca. Una iniciativa posterior, igualmente simbólica, consistió en la propuesta de confiscar los bienes de los descendientes de Hernán Cortés en beneficio del Estado.

Poco duró su primera experiencia legislativa, porque en enero de 1834 fue designado ministro interino del Supremo Tribunal de Justicia del estado, como un reconocimiento por ser el primer egresado del Instituto de Ciencias y Artes en obtener el título de abogado.

Apenas tres meses después, el presidente Santa Anna se deshizo de sus aliados, los liberales radicales encabezados por Valentín Gómez Farías, y se registró un vuelco político en todo el país que llevó al joven Benito Juárez a un confinamiento en Tehuacán, Puebla, del que volvió a Oaxaca al cabo de pocos meses, despojado de todos sus cargos públicos.

4. Juárez y el problema indígena

La caída del gobierno de los liberales radicales, en 1834, apartó a Benito Juárez de la vida pública hasta 1839, años que corresponden al dominio político de los futuros conservadores, entonces llamados centralistas. Durante ese tiempo Juárez se dedicó al ejercicio de la abogacía. De los casos que llevó y conoció en ese lapso, sólo uno le pareció lo suficientemente significativo para tratarlo en sus *Apuntes para mis hijos*.

El caso, iniciado a principios de 1834 cuando Juárez aún era diputado local, consistió en la demanda de los vecinos del pueblo indígena de Loxicha contra el cura párroco, que les exigía obvenciones desmesuradas e ilegales. Así lo contó después el entonces joven abogado:

Se hallaba todavía el clero en pleno goce de sus fueros y prerrogativas y su alianza estrecha con el poder civil, le daba una influencia casi omnipotente. El fuero que lo sustraía de la jurisdicción de los tribunales comunes le servía de escudo contra la ley y de salvoconducto para entregarse impunemente a todos los excesos y a todas las injusticias. Los aranceles de los derechos parroquiales eran letra muerta. El pago de las obvenciones se regulaba según la voluntad codiciosa de los curas. Había sin

embargo algunos eclesiásticos probos y honrados que se limitaban a cobrar lo justo y sin sacrificar a los fieles [...] Entretanto, los ciudadanos gemían en la opresión y en la miseria, porque el fruto de su trabajo, su tiempo y su servicio personal, todo estaba consagrado a satisfacer la insaciable codicia de sus llamados pastores. Si ocurrían a pedir justicia muy raras veces se les oía y comúnmente recibían por única contestación el desprecio, o la prisión.

Yo he sido testigo y víctima de una de estas injusticias. Los vecinos del pueblo de Loxicha ocurrieron a mí para que elevase sus quejas e hiciese valer sus derechos ante el tribunal eclesiástico contra su cura que les exigía las obvenciones y servicios personales, sin sujetarse a los aranceles. Convencido de la justicia de sus quejas por la relación que de ellas me hicieron y por los documentos que me mostraron, me presenté al *Tribunal o Provisorato*, como se le llamaba. Sin duda por mi carácter de Diputado y porque entonces regía en el Estado una administración liberal, pues esto pasaba a principios del año de 1834, fue atendida mi solicitud y se dio *orden* al cura para que se presentara a contestar los cargos que se le hacían, previniéndole que no volviera a la parroquia hasta que no terminase el juicio que contra él se promovía; pero desgraciadamente a los pocos meses cayó aquella administración, como he dicho antes, y el clero, que había trabajado por el cambio, volvió con más audacia y sin menos miramientos a la sociedad y a su propio decoro, a ejercer su funesta influencia en favor de sus intereses bastardos.

Juárez. La Rebelión interminable

Ese vuelco en el gobierno, que llevó a Juárez a su confinamiento en Tehuacán durante el verano de 1834, lo llevó también a la cárcel de Miahuatlán, Oaxaca, a fines del mismo año, perseguido por el cura de Loxicha y el tribunal eclesiástico, que ya habían encarcelado a los principales demandantes. Su prisión fue breve, pero de ella y de su derrota en los tribunales extrajo una gran lección, expuesta así en sus *Apuntes*:

Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades de las clases privilegiadas en consorcio con la autoridad civil, me demostraron de bulto que la sociedad jamás sería feliz con la existencia de aquéllas y de su alianza con los poderes públicos y me afirmaron en mi propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas. Así lo hice en la parte que pude y así lo haría el Partido Liberal.

La leyenda de Juárez, que lo muestra insensible al problema indígena, no casa con el compromiso que mostró con los vecinos de Loxicha durante este prolongado juicio ni con las referencias a la “desgraciada” o “infortunada” “raza indígena” que hay en sus escritos.

Como podemos ver, para Juárez la miseria de los indígenas se debía a la opresión que sufrían por parte de las clases privilegiadas del antiguo régimen, principalmente el clero, a la amalgama de esas clases privile-

giadas con los poderes públicos y a la existencia de una legislación de tipo corporativo ante la que los naturales estaban indefensos.

Estas ideas, esta preocupación por los indígenas, aparecen una y otra vez en sus escritos: puede verse, por ejemplo, en el discurso pronunciado en Oaxaca en memoria de Miguel Hidalgo, el 16 de septiembre de 1840, en el que ataca ferozmente la obra de España en México, a la que se debe “la estúpida pobreza en que yacen los indios, nuestros hermanos. Las pesadas contribuciones que gravitan sobre de ellos todavía. El abandono lamentable a que se halla reducida su educación primaria”.

Juárez confiaba en que la solución propuesta por el liberalismo terminaría con la miseria, el atraso y el aislamiento de las comunidades indígenas y, como hombre práctico que era, la intentó aplicar cuando tuvo el poder y los medios para hacerlo. Esta solución era la propuesta liberal de “integrar” al indígena a la “modernidad” mediante la educación y la igualdad ante la ley, que implicaba la supresión de las leyes que hacían de las comunidades o repúblicas de indios entidades jurídicas separadas del resto de la nación. En teoría, la supresión de esas leyes eliminaría las trabas impuestas a la libre iniciativa de los indígenas y les otorgaría los derechos políticos de que carecían; en la práctica, estas medidas suprimían la comunidad indígena, al reducir sus tierras y demás bienes a propiedad privada, destruyendo los mecanismos que habían permitido a los pueblos originales preservar su vida y su cultura.

Juárez. La Rebelión interminable

Hoy, a más de 150 años de distancia, sabemos que la solución propuesta por los liberales o, por lo menos, la manera en que fue puesta en práctica en el siglo XIX, lejos de solucionar el problema, lo acrecentó. Pero Juárez, quien consideraba que él mismo había salido de la marginación, del analfabetismo y de la pobreza merced a su esfuerzo individual, tan cercano a las recetas liberales, no tenía modo de saberlo.

5. Juárez y el liberalismo moderado

Separado de la administración pública entre 1834 y 1839, Benito Juárez se dedicó a la reflexión sobre la realidad nacional y estatal. Aunque no era brillante y a veces parecía lento, Juárez era seguro, obstinado y firme, cualidades que utilizó entonces para el estudio del país y para consolidar los principios políticos lentamente adquiridos.

Durante esos años no conspiró para el regreso del partido liberal, pero sí se mantuvo leal a sus filas. Antes de cumplir los 30 años se señaló por su carácter reflexivo y sereno. Sin embargo, en 1836 fue encarcelado por oponerse a la Constitución promulgada ese año, que suprimía el federalismo y trataba de poner fin a la ingobernabilidad y al desequilibrio entre los poderes del Estado mediante la creación de un cuarto poder encargado de equilibrar al Ejecutivo, al Legislativo y al Judicial. Este cuarto poder, llamado Supremo Poder Conservador, al que los liberales llamaron “monstruo jurídico”, tuvo una existencia marginal durante los escasos cinco años de vigencia de la Constitución centralista de 1836.

Puesto en libertad, Juárez vivió durante varios años en la medianía propia de un abogado de provincia, hasta que, con la década de 1840, vinieron otros aires y se impuso una manera de hacer política que ya

Juárez. La Rebelión interminable se había ensayado durante el gobierno de Guadalupe Victoria: la moderación.

La moderación era un estilo político que prefería la negociación y el avance cauteloso en lugar de reformas violentas o radicales que dividieran a la sociedad mexicana, polarizando aún más la situación política. Los moderados pensaban que era mejor hacer las cosas despacio y evitar en lo posible una verdadera guerra civil; por lo tanto, se oponían a las medidas drásticas dictadas por los liberales radicales, con los que compartían el credo político pero no los métodos.

Esta moderación reflejaba también las vacilaciones de la primera generación de políticos mexicanos, ante los retos que se imponían y la realidad que enfrentaban, que no era la que ellos habían esperado. Deslumbrados por el auge de la minería de plata del siglo XVIII y por una mala lectura del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, del barón de Humboldt, los criollos impulsaron la guerra de independencia pensando que el nuestro era un país enormemente rico, llamado a figurar de manera brillante en el concierto de las naciones, sin darse cuenta que bajo ese auge aparente se escondía la miseria de la mayoría de la población, azotada por hambrunas recurrentes; sin percibir que el supuesto “cuerno de la abundancia” era en realidad un país cuya exigua población estaba en su mayoría aislada en remotas aldeas autárquicas, cuya geografía estaba trágicamente partida por abruptas serranías e inmensos desiertos, cuyos trópicos eran inhabitables por culpa de la fie-

bre amarilla y el paludismo, cuya agricultura era paupérrima y su industria, casi inexistente.

La pobreza de México, su escasa y miserable población, la carencia de vías de comunicación, el aislamiento internacional al iniciarse la vida independiente, la inexperiencia casi absoluta de los mexicanos en materia de Estado y de gobierno, la destrucción de buena parte de la planta productiva durante la larga guerra de independencia, y otros factores similares se conjugaron para que los políticos mexicanos comprendieran, aunque de manera demasiado lenta, que no gobernaban sobre el “cuerno de la abundancia”, sino sobre un país pobre, aislado y dividido. Y frente a los recurrentes cuartelazos y motines, que amenazaban convertirse en guerras civiles, la mayoría de la clase política prefirió la moderación.

Por su temperamento, Juárez fue moderado mientras creyó que la conciliación y la contemporización políticas podrían resolver los problemas del país. Cuando se convenció de que estas herramientas eran inútiles y que su uso había retrasado por décadas la constitución efectiva del Estado mexicano, abandonó, no sin pesar, su antigua posición.

Como liberal moderado, desde 1839 empezó a servir a los gobiernos centralistas de Oaxaca en el ramo judicial, alcanzando una posición respetable. El 31 de julio de 1843 contrajo matrimonio con Margarita Maza, joven de 17 años, hija de Antonio Maza, el comerciante que 26 años antes había recibido en su casa al niño indígena que llegó huyendo de San Pablo Guelatao. An-

Juárez. La Rebelión interminable tes, don Benito había vivido con Juana Rosa Chagoya, quien le dio dos hijos, pero la muerte de su concubina le permitió el respetable matrimonio burgués con la hija de un “hombre de bien”, de los que gobernaban y para los que se gobernaba el país desde 1834.

La forma nueva de hacer política, su propia situación, el matrimonio con la agraciada joven con quien pronto empezó a tener hijos, todo parecía conjuntarse para hacer de don Benito, como de tantos idealistas que llegan a la madurez, un hombre que buscaba alcanzar sensatamente lo posible, de tal modo que un año después de su matrimonio aceptó servir al gobierno conservador del general Antonio León, como secretario general de Gobierno.

Con todo, para Juárez la conciliación tenía un límite y éste llegó cuando el gobernador le pidió que avalara una orden suya para consignar a los tribunales a quienes se negaran a pagar los diezmos eclesiásticos. Don Benito renunció a su cargo y volvió al foro. Todavía fue nombrado magistrado del Tribunal Supremo del Estado y diputado a la Asamblea Departamental, forma que durante la república centralista adoptaron las antiguas legislaturas estatales, antes de que en 1846 se produjera un vuelco político y se restableciera la Constitución federal de 1824.

La colaboración de Juárez con los gobiernos centralistas no se explica sólo por la moderación propia de la época: don Benito era ambicioso. La ambición lo llevó de su pueblecito a la capital del estado, del analfabetismo al título de abogado, de la vida privada a la pública.

Y, sin embargo, era tan común la moderación, la transacción como mecanismo privilegiado de la política, que cuando en 1846, ya en plena guerra contra los Estados Unidos, se impuso el partido liberal en todo el país (gracias a la alianza, como en 1833, de Gómez Farías con Santa Anna), los liberales oaxaqueños perdonaron a Juárez y lo llamaron al ejecutivo local, como miembro del triunvirato interino. Muy poco tiempo después fue electo diputado al Congreso federal, al que llevó, como cuenta Justo Sierra, “dos cosas muy firmes ya, como todas las que se consolidan con mucha lentitud, con mucha perseverancia: sus ambiciones, sus convicciones”.

Otra cosa llevaba: una carta del gobernador, José Arteaga, para el presidente accidental y jefe del partido federalista, Valentín Gómez Farías, en la que se presentaba a Juárez como un patriota y un liberal “de primera clase”, partidario convencido de las ideas y la política del propio don Valentín. En atención a esa carta y a lo que él mismo vio en Juárez, el médico tapatío, que por segunda vez trataba de impulsar la reforma liberal desde la presidencia, dispensó a Juárez su amistad y protección.

6. El desastre nacional

Benito Juárez llegó a la capital de la República en un momento aciago para México. Desde abril de 1846 nuestro país estaba en guerra con los Estados Unidos y los desastres militares se habían sucedido en la remota frontera septentrional. Por si fuera poco, el gobierno nacional, presidido por el general Mariano Paredes y Arrillaga, era resultado de un reciente cuartelazo, uno de los tantos que ensombrecieron aquella época, y carecía de recursos, respaldo popular y legitimidad.

La causa de esta guerra era la ambición de los Estados Unidos por nuestros territorios del norte, de los que deseaban apoderarse a toda costa. El despojo había iniciado diez años atrás, con la segregación de Texas, realizada con la ayuda del gobierno estadounidense por colonos anglosajones descontentos con nuestras leyes, que prohibían la esclavitud humana, por ellos practicada; pero nuestro vecino no quedó satisfecho con ese enorme territorio y provocó una guerra injusta para adueñarse de California y Nuevo México.

La ineptitud de Paredes y sus ideas monárquicas y antidemocráticas, así como las derrotas del ejército mexicano en Palo Alto y Resaca de Guerrero, provocaron la rebelión de los liberales, aliados con la mayoría de los jefes del ejército, que llevaron al poder a Antonio López de Santa Anna como presidente y Valentín Gómez Farías como vicepresidente.

A pesar de sus defectos, Santa Anna era, en ese momento, el único hombre capaz de unificar a los jefes militares, galvanizar el sentimiento nacional, obtener recursos, organizar el ejército y conducirlo eficazmente en el campo de batalla. Gómez Farías, jefe de los liberales puros, se encargaría de gobernar el país, en tanto que Santa Anna conduciría la guerra.

Mientras Santa Anna reunía al ejército en San Luis Potosí, en México se restauró la vigencia de la Constitución federal de 1824 y se convocó a elecciones para un Congreso Constituyente, que se instaló el 6 de diciembre de 1846. El Congreso quedó dividido casi por la mitad entre puros y moderados, y Benito Juárez, diputado por el primer distrito de Oaxaca, se integró a la precaria mayoría de los puros, encabezada por el presidente accidental, Valentín Gómez Farías.

La labor del gobierno era inmensa y la situación angustiosa: la nación estaba en bancarrota, el ejército y la marina estadounidenses cercaban al país y las clases privilegiadas se negaban a secundar los esfuerzos para cubrir las necesidades básicas del ejército. Gómez Farías intentó hipotecar las rentas de la nación, trató de obtener un préstamo de Gran Bretaña y, finalmente, decidió echar mano de los bienes de la Iglesia.

El 3 de enero de 1847, Gómez Farías propuso al Congreso la redacción de una ley de expropiación de bienes de la Iglesia. De inmediato se formó una comisión para discutir y redactar la ley, encabezada por Manuel Crescencio Rejón, de la que formaba parte Benito Juárez. La comisión presentó la propuesta de ley el día

Juárez. La Rebelión interminable
7 y el 11 el Congreso la aprobó en lo general, pero los moderados iniciaron una lenta y marrullera discusión de sus artículos en lo particular, con la intención de retrasar al máximo su promulgación. El diputado Juárez, inexperto en esas maniobras, las observaba con impaciencia creciente y las calificó de “antipatrióticas”.

La aprobación de la ley y su promulgación, mediante un decreto de Gómez Farías del 11 de enero, provocó una vergonzosa tempestad: mientras el ejército, penosamente reunido y armado por Santa Anna, avanzaba más penosamente aún por el altiplano de San Luis Potosí, en la ciudad de México el clero levantó el grito contra el decreto, y la recién reclutada guardia nacional del Distrito Federal se levantó en armas contra Valentín Gómez Farías, en un episodio que ha pasado a la historia como “la rebelión de los polkos”, porque la opinión popular, de manera acertada, bautizó a los rebeldes con el apellido del presidente estadounidense, James Polk, que declaró la guerra a México mediante prodigios de argumentación falaz.

Mientras la ciudad de México vivía esta “campana sin gloria y guerra como de cacomixtles”, según la bautizó Carlos María de Bustamante, el ejército reunido por Santa Anna se batía con mucho mayor honor para la patria: en una estrecha garganta cerca de Saltillo, nuestros soldados libraron una ruda batalla de dos días contra el enemigo, en la que desde el general en jefe hasta los más humildes soldados de leva hicieron lo mejor que supieron y pudieron. Sin embargo, la suerte estuvo contra los nuestros y no se logró, por los pelos,

destruir al enemigo. Agotados los víveres y las municiones, el ejército debió replegarse rumbo a San Luis, sin haber alcanzado la victoria, pero habiendo aniquilado la capacidad operativa de esa columna enemiga en la batalla que nosotros llamamos de la Angostura y los estadounidenses, de Buenavista. Durante la contramarcha del ejército a San Luis Potosí, Santa Anna recibió las noticias de los conflictos que ocurrían en México y regresó aceleradamente a la capital. Lo que ocurrió lo cuenta Juárez muy bien en sus *Apuntes...*

Santa Anna, inconsecuente como siempre, abandonó a los suyos y vino a México violentamente a dar el triunfo a los rebeldes. Los pronunciados fueron a recibir a su protector a la Villa de Guadalupe llevando sus pechos adornados con escapularios y reliquias de santos como defensores de la religión y de los fueros. Don Valentín Gómez Farías fue destituido de la Vicepresidencia de la República y los diputados liberales fueron hostilizados.

Entre tanto, Juárez había sido admitido en el Rito Nacional Mexicano de la masonería. La ceremonia se realizó el 15 de enero y asistieron a ella Valentín Gómez Farías y algunos jóvenes liberales puros, como Manuel Crescencio Rejón, Miguel Lerdo de Tejada y Pedro Lemus. Las logias ocupaban entonces en México el papel de los inexistentes partidos políticos, de modo que con ese acto Juárez quedaba reconocido como uno de los dirigentes nacionales del partido liberal, pues ni

Juárez. La Rebelión interminable
él ni los otros jefes liberales concedían importancia a los ritos masónicos. De hecho, Juárez siguió siendo, hasta el fin de sus días, católico convencido y practicante.

El triunfo de los polkos y de Santa Anna en la ciudad de México fue imitado en Oaxaca, donde el gobierno liberal perdió el poder en manos de los conservadores. Al quedarse sin el respaldo de su gobierno, Juárez volvió a Oaxaca en agosto, por lo que no fue testigo de las terribles batallas libradas a fines de ese mes y en el siguiente en torno a la capital de la República, ni la ocupación de la misma por el ejército enemigo. Tres meses después, otra revuelta regional arrojó a los conservadores del gobierno de Oaxaca y el 23 de noviembre se restablecieron las instituciones liberales.

7. La gran reflexión nacional

El 29 de noviembre de 1847 el licenciado Benito Juárez García tomó posesión del gobierno de Oaxaca, por disposición del Congreso local restaurado seis días antes. Era la primera vez que un indígena gobernaba un estado cuya población pertenecía mayoritariamente a las antiguas naciones zapoteca y mixteca. Durante cinco años Juárez dirigió los destinos de su patria chica, pues al irregular nombramiento de 1847 siguió su triunfo electoral en 1848, para un periodo de cuatro años que cumplió día por día en territorio del estado.

Oaxaca contribuyó de manera notable a la defensa de la patria durante la guerra contra los Estados Unidos. El antiguo jefe de don Benito, el general Antonio León, murió como héroe al frente del contingente oaxaqueño, en la batalla de Molino del Rey. Uno de los más severos críticos del estado de desorganización y de postración de la patria, el liberal moderado José Fernando Ramírez, escribió: “Un solo estado, Oaxaca, se ha mantenido firme, consecuente y aun heroico, facilitando tropas y dinero, en medio de sus angustias”.

Pero si la contribución de Oaxaca fue ejemplar durante la desventurada guerra, fue de mayor importancia en los años que siguieron a los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, por los que México perdió los inmensos territorios de California y Nuevo México y re-

Juárez. La Rebelión interminable conoció la pérdida de Texas. Entre 1847 y 1852 el estado de Oaxaca, gobernado por Benito Juárez, fue uno de los ejes que permitieron la rearticulación nacional, cuando numerosos factores conspiraban para el desmembramiento del país. Una de las prioridades de Juárez fue combatir las tendencias centrífugas, para lo cual fomentó el espíritu y la unidad nacionales, a fin de integrar a Oaxaca al universo mexicano. Parte fundamental de este programa fue el apoyo incondicional que prestó durante su gobierno a la obra restauradora de los presidentes José Joaquín de Herrera y Mariano Arista.

Esos cinco años de gobierno juarista en Oaxaca coincidieron con uno de los periodos más dolorosos y a la vez más fructíferos de nuestra historia. La derrota de México en la guerra con los Estados Unidos representa el ocaso del infundado optimismo nacionalista con el que los criollos emprendieron la independencia, al creer que México era un país de extraordinarias riquezas naturales, llamado a figurar en primera fila entre las grandes potencias. La realidad del aislamiento de México, de la pulverización de su reducida población en infinidad de aldeas aisladas, la miseria y la incuria de la mayoría de sus habitantes, lo áspero y árido de buena parte del territorio nacional y la inexperiencia política de nuestras elites fueron realidades que se revelaron poco a poco, aunque sólo fueron aceptadas tras la terrible derrota que nos costó la mitad del territorio.

El desastre nacional de 1847 borró aquel optimismo infundado. Entonces, más que pensarse que México estaba llamado a ser una gran potencia, se temía la

desaparición de la nación. La urgencia de saber qué había pasado y qué perspectivas había hizo aumentar en cantidad y calidad la expresión política inteligente, y abrió un periodo de profunda reflexión y de renovada búsqueda de remedios para los males del país.

Ese periodo de reflexión se dio entre 1846 y 1853, bajo los gobiernos de los generales José Joaquín de Herrera y Mariano Arista, liberales moderados que se esforzaron por mantener la cohesión nacional, combatir los ánimos separatistas y, sobre todo, poner un poco de orden en las finanzas públicas al aprovechar los 15 000 000 de dólares de indemnización pagados por los Estados Unidos a cambio de las dilatadas tierras que nos arrebataron por la fuerza. Eso permitió que por primera vez, desde el gobierno de Guadalupe Victoria, el país conociera una calma política relativa, que hizo posible la reflexión y el debate.

Este debate se ventiló principalmente en cuatro diarios de la ciudad de México: *El Siglo XIX*, liberal moderado; *El Universal* y *El Tiempo*, conservadores; y *El Monitor Republicano*, liberal; pero también en numerosos folletos y en los libros de reinterpretación de la historia de México escritos por Lucas Alamán, el doctor José María Luis Mora, el general José María Tornel y Luis G. Cuevas.

El espíritu de la reflexión fue anunciado por un notable ensayo publicado en diciembre de 1847, escrito probablemente por el joven liberal Mariano Otero, quien exponía cómo ningún grupo social mostró durante la guerra un verdadero interés patriótico. “En México — dijo —, no hay ni ha podido haber eso que se llama espíritu nacional, porque no hay nación.”

Juárez. La Rebelión interminable

Al calor del debate nació el programa político de una nueva generación de liberales, programa que partía de la defensa de la república democrática, representativa y federal. Los liberales reconocían que la nación estaba desunida o, incluso, que no era tal, y propusieron diversos proyectos de poblamiento y colonización, así como de articulación de la política y de la economía nacional, problemas que traían consigo la revisión de la intolerancia religiosa y del papel de la Iglesia.

La Iglesia fue atrayendo cada vez más la atención de los liberales. En tiempos de crisis se volvía insoportable la presencia de una institución poseedora de vastas propiedades, concentradora de buena parte del capital líquido, que vivía como una entidad jurídica separada con sus propios fueros y tribunales, que pretendía monopolizar la educación y la moral y que, peor aún, no había mostrado lealtad patriótica alguna durante la guerra.

El gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo, inició la polémica con un proyecto de ley para regular los honorarios de los sacerdotes, tras el cual salió a flote una discusión sobre la soberanía de los obispos, los bienes de manos muertas, la jurisdicción privilegiada (fuero), el control eclesiástico sobre la educación y el registro de las estadísticas vitales.

Los liberales hicieron de la exigencia de la nacionalización de la propiedad eclesiástica una de sus banderas. La reforma debería librar al propietario de las garras de la Iglesia y transferir su lealtad y obediencia

a la nación, al secularizar por fin al Estado y convertir al súbdito sumiso en ciudadano consciente y activo; de paso, se perseguía el ideal liberal de la república de propietarios, que formaran una sociedad secular progresista basada en la libre iniciativa individual.

Benito Juárez, aunque no participó directamente en esos debates, con su obra al frente del gobierno de Oaxaca, se fue convirtiendo en una de las figuras significativas de la nueva generación liberal que buscaría instrumentar este programa.

8. Gobernador de Oaxaca

Cuando Benito Juárez tomó posesión del gobierno de Oaxaca, en octubre de 1847, México agonizaba. Vastos territorios del norte de México pertenecían de hecho a los Estados Unidos y seis meses después se formalizó la tremenda mutilación del territorio nacional mediante los Tratados de Guadalupe-Hidalgo. Otra porción de la patria, en la que se contaban los principales puertos de mar y la capital de la República, estaba ocupada por el ejército invasor y la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en Palacio Nacional, mientras un gobierno herido y debilitado se reunía en Querétaro para tratar de salvar lo que quedaba de la patria.

El mandatario oaxaqueño respaldó completa e incondicionalmente al frágil gobierno nacional, a cuyas órdenes puso los restos de la guardia nacional de Oaxaca, que rechazó al general Santa Anna cuando éste intentó entrar en Oaxaca para prolongar una guerra ya perdida; después, la guardia nacional colaboró con el gobierno nacional para someter una revuelta antifederalista encabezada por el general Mariano Paredes y Arrillaga.

Esa guardia nacional que, según carta de Juárez al presidente José Joaquín de Herrera, fue arreglada de acuerdo con “las circunstancias peculiares” de Oaxaca (es decir, la difícil geografía del estado y el aislamiento

de la mayoría de sus pueblos), se organizó en respuesta a un decreto publicado en plena guerra por Valentín Gómez Farías.

La guardia nacional —constituida por ciudadanos iguales que elegían de manera democrática a sus jefes y oficiales, opuesta al espíritu corporativo y jerárquico del ejército permanente— fue un vehículo formidable para la difusión de las ideas liberales, al articular a la nueva clase política regional con los pueblos y sus ayuntamientos, a los que llevó los principios de igualdad, democracia y ciudadanía.

La guardia nacional fue una matriz en donde se forjaron alianzas e identidades regionales rápidamente consolidadas y proyectadas a nivel nacional durante la guerra de Reforma y la intervención francesa para construir una simbología nacional, secular y moderna, es decir, ese sentimiento de nación ausente durante la guerra contra los Estados Unidos.

Además de impulsar la construcción del espíritu nacional y de respaldar al gobierno de la República, el gobernador Juárez fue un ejemplo de cómo podían conseguirse progresos concretos mediante una administración moderada, prudente y ordenada.

Como liberal de su época, una prioridad de su gobierno fue la educación, con particular énfasis en la educación básica enfocada a los indígenas; pero a diferencia de muchos de sus contemporáneos, por su propia experiencia, Juárez comprendía que la educación no era una panacea y que no resolvería los problemas del pueblo si no se atendía antes a la “miseria pública”,

Juárez. La Rebelión interminable pues – como informó al legislativo local – “el hombre que carece de lo preciso para alimentar a su familia, ve la instrucción de sus hijos como un bien muy remoto, o como un obstáculo para conseguir el sustento diario”.

La miseria sólo podía combatirse, según Juárez, por medio de la generación de riqueza, por lo que impulsó la construcción de caminos y puertos, fomentó el comercio, combatió las alcabalas y otras trabas tradicionales al libre mercado e intentó cubrir la bancarrota del erario público mediante una administración austera y ordenada, de la que fueron ejemplo su propia vida privada y su estilo de trabajo, en el que privaban como principios cardinales la eficiencia, la puntualidad, la seriedad y, sobre todo, la austeridad.

Coherente con su espíritu conciliador, Juárez no tocó a la Iglesia, a pesar de que como diputado local, en 1833, y diputado federal, en 1847, estaba imbuido de las propuestas que exigían la profunda reforma de la relación entre la Iglesia y el Estado y del papel de la Iglesia en la sociedad. A diferencia del gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo, que inició la ofensiva contra los privilegios de la Iglesia, Juárez se mantuvo dentro de la línea de prudencia, moderación y conciliación que había trazado como ejes de su gobierno.

Con estos hechos, Juárez se mostraba, una vez más, como hombre de su época, moderado en un tiempo de moderados, y aún lo seguiría siendo durante varios años. Sólo la guerra civil, el desafío franco planteado por la Iglesia y el Ejército a las leyes supremas del país, lo llevarían a abandonar esa línea de acción, al comprender

finalmente que las contemporizaciones no habían llevado a nada, que México había perdido 20 años.

Un hecho aún más discutido por los historiadores fue la represión del movimiento indígena de Juchitán, donde la inquietud, el descontento e incluso la rebelión eran comunes desde 1834. Una larga polémica en torno a las salinas cercanas a ese pueblo, cuya propiedad comunal exigían los indígenas, terminó con el enfrentamiento entre estos y fuerzas de la guardia nacional de Tehuantepec, que defendían los intereses de un grupo oligárquico que pretendía el monopolio de la sal. El gobernador Juárez había tratado de mediar entre ambos grupos, que descalificaron por igual su moderación, pero ante el ataque de los indígenas a las fuerzas del orden —aunque, en realidad, fueron los indígenas los agredidos— declaró: “Yo puedo condonar las ofensas personales que se me hagan, pero no está en mi arbitrio permitir que se ultraje impunemente la dignidad del gobierno”.

La rebelión fue reprimida por la guardia nacional, que puso fin a los intentos segregacionistas de los istmeños, impulsados bajo cuerda por el cónsul de Estados Unidos en Tehuantepec. Reducidos a pequeñas pero ágiles partidas guerrilleras, los juchitecos se mantuvieron en pie de guerra durante el último año del gobierno de Juárez, quien se negó a transigir con ellos, al rechazar las propuestas de amnistía del presidente Mariano Arista.

Así pues, este gobernante moderado fue intransigente ante situaciones que implicaran el abierto de-

Juárez. La Rebelión interminable safió del orden legal y las amenazas a la soberanía y unidad de la nación: para Juárez, la rebelión de los ju-chitecos se entrelazaba con la abierta ambición estadounidense por el Istmo de Tehuantepec, que don Benito trató de frenar, al impedir el desembarco de misiones supuestamente científicas y al oponerse frontalmente a varios intentos de colonización anglosajona de las tierras bajas del Istmo.

9. Las lecciones del exilio

En 1852 Benito Juárez entregó el gobierno de Oaxaca y fue designado director de su Alma Mater, el Instituto Científico y Literario de Oaxaca, cargo que detentó hasta marzo de 1853, cuando lo alcanzaron la intolerancia y las leyes persecutorias de un gobierno dictatorial y promonárquico, presidido por el general Santa Anna, quien —mediante un cuartelazo militar— había derribado la administración moderada de Mariano Arista.

El ideólogo y promotor del nuevo gobierno era Lucas Alamán, quien durante los años anteriores le había dado solidez ideológica al conservadurismo, al que dotó de un programa consistente, distinto de la mera inercia antidemocrática, antifederalista y defensora de los fueros y privilegios que hasta entonces había orientado la actuación política de los llamados “hombres de bien”.

Alamán gestó la alianza de las clases privilegiadas, la Iglesia y el Ejército en torno a la defensa de la religión católica como principio articulador de la nación, el rechazo al federalismo y a la representatividad sustentada en el voto popular. Pero Alamán falleció a fines de 1853 y de su programa sólo quedó el espíritu antidemocrático que, de la mano de Santa Anna, se convirtió en un intento dictatorial sin proyecto ni sentido.

Sin embargo, la persecución de los más prominentes liberales inició todavía en vida de Alamán y uno de los señalados fue el licenciado Juárez, aprehendido en la sierra de Ixtlán durante el despacho de un litigio, recluido en Xalapa durante tres meses, encerrado varios días en las siniestras “tinajas” de San Juan de Ulúa y, finalmente, expulsado del país.

Juárez residió unos meses en La Habana y en diciembre de 1853 se trasladó a Nueva Orleáns, donde se habían asilado otros liberales perseguidos, como Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga y José María Mata. El destierro en Nueva Orleáns consolidó la amistad de los liberales y fortaleció las ideas de Juárez gracias a la discusión permanente con sus brillantes compañeros.

Entre los exiliados en Nueva Orleáns sobresalía la personalidad de Melchor Ocampo, que influyó de manera decisiva en la conversión de Benito Juárez de liberal moderado en liberal “puro”. Nacido en un rancho cercano a Maravatío ocho años después que Juárez, Ocampo pasó sus primeros años aprendiendo los trabajos del campo y viendo de cerca el dolor y la miseria de los campesinos, lo que contribuyó a convertirlo en un precoz crítico del sistema social del país. Fue un estudioso dedicado y un voraz lector, que complementó lo aprendido en las aulas y los libros con lo que vio en sus viajes por el mundo, con la observación científica de la naturaleza y con el análisis de los problemas de México.

Como gobernador de Michoacán, Melchor Ocampo empezó una serie de modestas pero consistentes reformas materiales, similares a las que emprendió Juárez en Oaxaca, pero su discurso radical y su participación en los grandes debates en torno al papel de la Iglesia le granjearon la fama de liberal intransigente, y lo convirtieron en el blanco de los escritos de Alamán y de la persecución de Santa Anna.

Ocampo, culto y brillante, de familia criolla de buena posición, no podía ser más distinto a Juárez por su origen y trayectoria, pero pronto empezaron a coincidir en voluntades y propósitos. Por haber gobernado al mismo tiempo dos entidades con mayoría indígena, en donde el poder y la influencia de la Iglesia eran enormes, Juárez y Ocampo compararon sus respectivas experiencias. Ambos habían buscado la paz y la unidad de la nación; ambos habían fortalecido a la guardia nacional y respaldado decididamente a los gobiernos de Herrera y Arista; ambos habían rechazado el cuartelazo que regresó a Santa Anna al poder. Pero frente a la Iglesia, mientras el oaxaqueño había contemporizado, el michoacano la desafió y, en el destierro, Juárez se fue convenciendo de que, ante la nueva situación nacional, los métodos de Ocampo eran mejores que los suyos.

Los exiliados diseñaron en Nueva Orleans el programa de la Reforma: emancipación completa y definitiva del poder civil, destruyendo el poder temporal de la Iglesia, mediante la supresión de los fueros, los privilegios y las comunidades religiosas; y nacionalización de los bienes del clero.

Juárez. La Rebelión interminable

Ocampo se puso al frente del grupo de Nueva Orleans y lo vinculó con los liberales que, dentro de México, se oponían a la dictadura de Santa Anna. Bajo la batuta intelectual de Ocampo y la inagotable capacidad de trabajo de Juárez, el grupo de Nueva Orleans se convirtió en el foco ideológico del nuevo liberalismo y el vehículo transmisor de la rebeldía nacida en Ayutla, un pequeño pueblo del estado de Guerrero. Cuando Ocampo se movió a la frontera para estimular a los caudillos norteños a unirse a la rebelión de Ayutla, Juárez tomó el mando del grupo de Nueva Orleans, cada vez más numeroso e influyente.

No obstante, la lucha contra la dictadura fue larga y difícil, y la desesperación empezó a hacer presa de los liberales exiliados. Las penurias económicas propias del destierro no arredraban a Ocampo, forjado en una autodisciplina espartana, ni a Juárez, que nació pobre, pero los demás fueron desertando hasta que quedaron únicamente los cuatro del principio: Ocampo, Juárez, Mata y Arriaga. Aunque había gobernado Oaxaca durante cinco años, Juárez carecía de fortuna, por lo que trabajó como torcedor de puros mientras su esposa, doña Margarita, mantenía a sus hijos con una tienda en Etlá, abierta con el apoyo de la familia Maza.

Durante los meses de mayor penuria salieron a la superficie algunas de las cualidades de Juárez: su sobriedad, su templanza, su capacidad de resistencia, su solidaridad con los compañeros de infortunio y su orgullo indomeñable. Permaneció en Nueva Orleans, en donde mantuvo el foco intelectual de la rebelión, hasta

que el jefe efectivo de ésta, Ignacio Comonfort, le pidió la ayuda de sus luces y su trabajo. Así, mientras Ocampo regresaba a la frontera, a insistir en la retrasada rebelión nortea, Juárez se embarcó rumbo a Acapulco, donde se puso a las órdenes de los jefes de la rebelión en julio de 1855.

Ya no era el oscuro liberal de pueblo: dos años de estudios disciplinados en las bibliotecas de La Habana y Nueva Orleans, dos años de discusión continua con algunos de los intelectuales más brillantes y de mayor mundo que tenía México, dos años de hacer frente a la penuria y la desesperanza habían templado su carácter y sus ideas. Era un nuevo Juárez el que regresaba a México, aunque su talante modesto y moderado, su negra levita y su discreta presencia seguían siendo las mismas.

10. La rebelión de Ayutla

Mientras Juárez permanecía en el exilio, el intento dictatorial de Santa Anna unificó, aunque fuera sólo en su contra, al inconexo partido liberal e incluso a muchos conservadores sensatos, huérfanos desde la muerte de Alamán, acaecida a fines de 1853.

En ese contexto, un desconocido coronel, Florencio Villarreal, de guarnición en Ayutla, Guerrero, promulgó el 1 de marzo de 1854 uno más de los planes políticos que en el siglo XIX llamaban a sustituir un gobierno por otro. Sin embargo, la revuelta a que el plan convocaba se convirtió en una auténtica rebelión popular, con lo que adquirió un significado distinto y novedoso.

Fue el general Juan Álvarez, antiguo insurgente, cacique de las ásperas montañas del sur, quien le dio la fuerza de su prestigio y su espada al Plan de Ayutla; fue él quien prendió la llama de la lucha popular contra la dictadura y quien la mantuvo durante largos meses, acaudillando a sus valientes "pintos", descendientes directos de los insurgentes de José María Morelos y Vicente Guerrero; pero el alma verdadera de la rebelión, el hombre que unificó al partido liberal y llevó la bandera de Ayutla a todo el país, fue Ignacio Comonfort.

Nacido en Puebla, Comonfort había sido oficial de la guardia nacional, diputado y burócrata. Un hom-

bre honorable de segunda fila, que tenía un cargo de tercer orden, administrador de la aduana de Acapulco, cuando unió su nombre al del Plan de Ayutla. Justamente identificado con los moderados, Comonfort hizo posible el triunfo de este plan mediante la moderación con la que fue convenciendo a hombres de peso en todo el país, con la convicción que contagiaba, de que la reforma podía hacerse sin rupturas y sin violencia. En 1853, Juárez habría sido de los suyos, pero en 1855, cuando se unió a Comonfort, ya estaba más cercano al radicalismo de Ocampo, aunque todavía habrían de pasar dos años para que don Benito dejara de oscilar entre puros y moderados.

Llamado de su exilio en Nueva Orleáns por Ignacio Comonfort, Juárez llegó a Acapulco en julio de 1855. Sucio y casi en harapos, se presentó ante el coronel Diego Álvarez, hijo del cacique de Guerrero, con las palabras siguientes: “Sabiedo que aquí se pelea por la libertad, he venido a ver en qué puedo ser útil”.

Diego Álvarez lo presentó a su padre como un recluta casual, lo socorrió con ropa y calzado y, al escuchar que ese indio de mediana edad sabía leer y escribir, lo utilizó en la secretaría del movimiento, hasta que varios días después llegó una carta dirigida al “licenciado Benito Juárez”.

— Aquí hay un pliego con su nombre -le dijo Diego Álvarez al secretario vestido de calzón de manta. ¿Es usted licenciado?

— Sí, señor.

Juárez. La Rebelión interminable

— Conque, ¿es usted el que fue gobernador de Oaxaca?

— Sí, señor.

— ¿Por qué no me lo había dicho? —exclamó Álvarez, sofocado de vergüenza.

— ¿Para qué? ¿Qué tiene de particular? —respondió Juárez.

Eso tenía de particular: la reserva mostraba su modestia personal, pero también su tacto político. Don Benito había salido de Nueva Orleans cuando la causa parecía desesperada, pero cuando llegó a Acapulco la rebelión estaba a punto de triunfar: 15 días después, en agosto, Santa Anna huyó del país. Llegado en la penúltima hora, enviado por un grupo que pensaba dirigir el movimiento, entendió que éste ya había sido ganado por otros y sólo podría cumplir su encargo actuando con gran discreción. Una vez identificado, Comonfort y Juan Álvarez lo hicieron su consejero político, cargo que desempeñó Juárez con prudencia y sin buscar protagonismo.

Tras la fuga de Santa Anna, un grupo de militares dieron cuartelazo en la ciudad de México y se declararon partidarios del Plan de Ayutla. El júbilo estalló en Acapulco y Juárez intervino por primera vez, para mostrar a los Álvarez que se trataba de una maniobra del enemigo, a fin de robar los frutos de la lucha. La advertencia de Juárez fue atendida y gracias a ella fracasó el intento de los militares santanistas de imponerle a Álvarez su candidato presidencial. Poco después, los

“pintos” de Guerrero, vanguardia de una rebelión popular que ardía en todo el país, se instalaron en Cuernavaca donde vieron que su idolatrado jefe, el viejo y radical caudillo insurgente Juan Álvarez, era designado presidente interino de la República.

Mientras tanto, en diversas partes del país se habían hecho con el poder local jóvenes políticos liberales, muchos de ellos procedentes de las filas de la guardia nacional, que habían realizado la revolución contra Santa Anna en sus regiones y entonces aplicaban a su manera el programa de la revolución de Ayutla, en realidad construido por ellos en sus campamentos guerrilleros. Así se conocieron y empezaron a pesar en el país los nombres de Santos Degollado, Epitacio Huerta, Manuel Doblado, Santiago Vidaurri y otros más.

El 4 de octubre de 1855, al triunfo de la rebelión de Ayutla, el general Juan Álvarez ocupó la presidencia de la República. El nuevo mandatario designó al general Ignacio Comonfort secretario de Guerra y le encargó que avanzara a la ciudad de México y formara ahí el nuevo gobierno, lo que éste hizo con Melchor Ocampo como secretario de Relaciones Exteriores y Gobernación; Guillermo Prieto en la Secretaría de Hacienda y Benito Juárez en la de Justicia e Instrucción Pública. El gobierno de un país en bancarrota endémica y sin verdadera administración central sólo necesitaba esas cuatro dependencias

El gobierno de Juan Álvarez duró menos de cuatro meses, asediado por los conservadores, el ejército permanente que el presidente intentó reducir, la Igle-

Juárez. La Rebelión interminable sia y los liberales moderados, así como los sectores altos y medios de la capital, llenos de prejuicios clasistas contra él y sus “pintos”. Pero en aquellos 100 días se abrió la puerta de la reforma liberal gracias a una ley propuesta por el secretario Benito Juárez. Además, el propio cacique del sur anunció a la nación los nuevos tiempos: “Una bandera he levantado – declaró – : ¡República popular representativa! Uníos en derredor de esta bandera y ayudadme a desarrollar ese programa y contad con la sinceridad de vuestro conciudadano y amigo”.

11. La Ley Juárez

El breve gobierno de Juan Álvarez fue un escaparate de las profundas divisiones del partido liberal y del complicado tránsito de la toma de decisiones a los jóvenes (y no tanto) políticos liberales. Los conflictos permanentes entre Comonfort y Ocampo obligaron a éste último a renunciar y el propio presidente Álvarez fue obligado a hacerlo por algunos políticos moderados que empezaban a dominar vastas regiones, como Manuel Doblado y José López Uruga. El general Álvarez, viejo y cansado, dejó el gobierno a Comonfort el 30 de noviembre de 1855 y se retiró a sus montañas del sur. Por su parte, Juárez renunció al ministerio de Justicia el 9 de diciembre de 1855 para asumir provisionalmente el gobierno de Oaxaca.

Pero los escasos meses en los que Juárez sirvió la cartera de Justicia le permitieron presentar al general Álvarez, para su promulgación, la denominada Ley Juárez, la primera de las leyes de reforma que, según palabras de don Benito, fue “la chispa que inició el incendio de la Reforma”.

Benito Juárez, que presentó su renuncia cuando Ocampo salió del gabinete, fue convencido por Álvarez de continuar en su cargo, con lo que se convirtió en el representante de los puros en el gobierno. Parece contradictorio que el ex gobernador de Oaxaca, conocido

Juárez. La Rebelión interminable por su moderado talante, quedara como el último liberal puro del gabinete y postrero soporte en el gobierno del presidente Álvarez, asediado por los moderados y las clases dominantes, pero ya hemos dicho que la estancia en Nueva Orleans había transformado a don Benito.

Con prisa, casi con urgencia, Juárez se entregó a la redacción de una ley que marcara el inicio de la Reforma y fuera el punto de partida del programa trazado por el grupo de Nueva Orleans. Ganó la carrera contra el tiempo, gracias a que el jefe accidental de los moderados, Comonfort, apoyó su trabajo. De ese modo, el 25 de noviembre de 1855 el general Juan Álvarez, recién llegado a la capital de la República y a punto de renunciar a la presidencia, promulgó la ley Juárez.

Redactada apresuradamente, la Ley Juárez era imperfecta, pero ya señalaba la separación de la Iglesia y el Estado, el primer paso para el anhelado Estado laico. La Ley Juárez organizó la administración de justicia, suprimió los tribunales especiales, que eran muchos todavía, con excepción de los militares y los religiosos que quedaron vigentes únicamente mientras otra ley regulara el fuero. Los tribunales religiosos se encargarían sólo de los delitos comunes de los individuos que gozaban de fuero eclesiástico y, aun a estos, se les concedió el derecho de renunciar al derecho de ser juzgados por los tribunales eclesiásticos.

De esta manera, los negocios civiles pasaron a la exclusiva competencia de los tribunales civiles, lo que acercaba al Estado al monopolio sobre la administración de justicia. Pero también se dio un paso enorme en mate-

ria de igualdad ante la ley, uno de los artículos de fe del credo liberal-democrático. La Ley Juárez modernizó la administración de justicia del país, inició el desmantelamiento de los fueros y privilegios de las corporaciones, con lo que dio el banderazo de arranque de la Reforma que convirtió al país en un Estado laico y moderno.

Cinco días después de la promulgación de esa ley, Álvarez renunció y tomó posesión de la presidencia Ignacio Comonfort, quien formó su gobierno con liberales moderados. Pero no cedió en todo ante su partido: dejó vigente la Ley Juárez y, aprovechando las facultades que le otorgaba el Plan de Ayutla, designó gobernador sustituto de Oaxaca al propio don Benito.

De esa manera, en diciembre de 1855 Juárez se fue a Oaxaca. Quizá Comonfort no quería despedirlo sin recompensarle los servicios prestados, o quizá quería alejarlo de la ciudad de México cuando iba a discutirse una Constitución y los otros tres miembros del grupo duro de Nueva Orleans (Ocampo, Mata y Arriaga) habían sido electos diputados al Congreso Constituyente. Pero si Juárez se fue a Oaxaca, su nombre y la ley que lo llevaba se quedaron en el centro de la discusión.

La importancia de la ley Juárez quedó de manifiesto en las primeras sesiones del Congreso Constituyente, instalado el 18 de febrero de 1856, cuando José María Mata propuso su ratificación como un deber primordial de los constituyentes, pues dicha ley era —según él— “piedra de toque [que] se ha elevado a la categoría de dogma entre los verdaderos republicanos, y sin el cual la democracia sería imposible”.

Juárez. La Rebelión interminable

Esa propuesta de Mata fue aprobada casi por unanimidad —sólo tuvo un voto en contra— y de esa manera, la Ley Juárez, aclamada como “una de las bases de la futura Constitución”, fue el mascarón de proa del Congreso Constituyente, que iniciaba su navegación en el agitado mar de las revueltas políticas y la creciente oposición de conservadores y moderados.

El Congreso Constituyente, que sesionó mientras el país era sacudido por feroces polémicas y rebeliones armadas, fue la puerta grande de entrada a la política de la generación liberal, ya anunciada por el general Álvarez al conformar su gabinete. Álvarez, que era uno de los últimos representantes activos de la generación de la Independencia, formó su gobierno con los liberales nacidos entre 1810 y 1825, con excepción de Benito Juárez, ligeramente mayor.

Uno de los primeros actos de gobierno del general Álvarez fue convocar a elecciones para el Congreso Constituyente, a fin de cumplir con un compromiso explícito de la Revolución de Ayutla. La convocatoria respondía a la convicción, generalizada entre las clases dirigentes del país, de la urgente necesidad de construir un Estado capaz de consolidar el sentimiento nacional y la propia nación, a la que veían en riesgo de desaparecer, luego de décadas de guerras intestinas y extranjeras y de la pérdida de más de la mitad del territorio nacional en manos del invasor estadounidense.

Entre los diputados de la generación saliente estaba Valentín Gómez Farías, que —viejo y enfermo— asistió contadas veces a las sesiones, pero fue

la generación nueva, encabezada en el Constituyente por Arriaga, Mata y Ocampo –aunque éste se retiró a la mitad de las sesiones, harto de las transacciones parlamentarias–, generación formada por los jóvenes liberales, casi desconocidos entonces, quienes durante las discusiones del Constituyente se descubrieron a sí mismos en la empresa común de reconstituir a la patria.

12. La Constitución de 1857

Benito Juárez tomó posesión del gobierno de Oaxaca el 10 de enero de 1856, autorizado por el presidente Comonfort para enfrentar la resistencia que se hiciera al nuevo régimen. Pero la oposición de la Iglesia y los conservadores fue meramente formal y Juárez volvió a poner en práctica sus métodos de moderación y firmeza. Durante más de un año gobernó Oaxaca sin llamar la atención sobre su persona, con sobriedad y buen juicio, manteniendo al estado lo más lejos posible de la permanente agitación de los años 1856 y 1857.

El asunto más señalado de la segunda administración de Juárez fue el de la añeja rebeldía de los juchitecos, complicada por un decreto de Santa Anna, que en 1853 había formado un "departamento" (según la Constitución centralista), segregándolo del territorio oaxaqueño.

Los diputados constituyentes de Oaxaca y las demandas constantes del propio Juárez consiguieron que el Congreso Constituyente decretara la reunificación de Oaxaca y Tehuantepec en el nuevo pacto federal. Pero Juárez no aguardó a que entrara en vigor la Constitución de 1857 para solucionar de manera definitiva aquel asunto, pues envió fuerzas de la guardia nacional de Oaxaca para terminar con los conflictos de la región. Después, ya siendo presidente de la República,

Juárez emitió un bando por medio del cual reconocía a los juchitecos los derechos a las salineras. Con ello, Juárez admitió la justicia de las demandas de los indígenas, a los que reprimió durante su primer mandato en Oaxaca.

Mientras tanto, el Congreso sesionaba en la ciudad de México, discutiendo el proyecto de Constitución desde principios de julio de 1856. Los diputados enfrentaban el problema de constituir un país como México, con poca e infortunada experiencia política, con el antecedente de los errados intentos previos, tanto el federalista de 1824, que arrojó un régimen político infuncional, como el centralista de 1836, que terminó en la creación de un monstruo jurídico. Además, ambos ensayos constitucionales habían carecido de consenso y resultaron inaplicables.

Frente a esos intentos, la Constitución de 1857, promulgada el 5 de febrero de ese año, representa el edificio constitucional más elaborado y ambicioso que hasta entonces había intentado levantar México. Los largos y acalorados debates del Congreso, hechos a la luz del día, frente a la opinión pública, lograron unificar los pareceres de puros y moderados, de modo que la Carta resultante lograra el consenso del partido liberal.

Los constituyentes eran en su mayoría jóvenes ilustrados nacidos después de 1810, incluso, después de 1820. Ninguno de ellos era militar de carrera ni eclesiástico: estudiaron y se recibieron dentro de las profesiones liberales, en los colegios civiles fundados al calor de la Constitución federal de 1824. Por edad, por

Juárez. La Rebelión interminable formación, eran muy distintos de la oscilante y ambivalente clase política de la generación anterior.

Cuando finalmente el Congreso terminó sus labores y el presidente Comonfort promulgó la Carta Magna, el 5 de febrero de 1857, los diputados explicaron sus afanes y sus objetivos mediante un “Manifiesto a la nación”, que muestra muy claramente el tipo de país que querían los liberales y los principios que se convirtieron en sus banderas en la difícil década siguiente.

Los constituyentes –decía el Manifiesto– tomaron como guía la opinión pública, aprovecharon las amargas lecciones de la experiencia para evitar los escollos del pasado, y les sonrió halagüeña la esperanza de mejorar el porvenir de la patria [...] Por esto, en vez de restaurar [...] las instituciones de 1824 [...], emprendieron la formación de un nuevo Código Fundamental que [...] correspondiese a los visibles progresos consumados de entonces acá por el espíritu del siglo.

El Congreso estimó como base de todo engrandecimiento, la unidad nacional, y por tanto, se ha empeñado en que las instituciones sean un vínculo de fraternidad, un medio seguro de llegar a estables armonías, y ha procurado alejar cuanto producir pudiera choques y resistencias, colisiones y conflictos.

La nueva Constitución –decía el Manifiesto–, consagra en sus primeros artículos “las garantías individua-

les, poniéndolas a cubierto de todo ataque arbitrario". Consagra también a la igualdad como "la gran ley de la República":

no habrá más mérito que el de las virtudes; no manchará el Territorio Nacional la esclavitud, oprobio de la historia humana; el domicilio será sagrado; la propiedad inviolable; el trabajo y la industria libres; la manifestación del pensamiento sin más trabas que el respeto a la moral, a la paz pública y a la vida privada; el tránsito, el movimiento, sin dificultades; el comercio, la agricultura, sin obstáculos; los negocios del Estado examinados por los ciudadanos todos: no habrá leyes retroactivas, ni monopolios, ni prisiones arbitrarias, ni jueces especiales, ni confiscación de bienes, ni penas infamantes, ni se pagará por la justicia, ni se violará la correspondencia; y en México, para su gloria ante Dios y ante el mundo, será una verdad práctica la inviolabilidad de la vida humana [...].

La Federación, bandera de los que han luchado contra la tiranía, recuerdo de épocas venturosas, fuerza de la República para sostener su independencia, símbolo de los principios democráticos, es la única forma de gobierno que en México cuenta con el amor de los pueblos, con el prestigio de la legitimidad, con el respeto de la tradición republicana.

El Congreso proclamó altamente el dogma de la soberanía del pueblo; y quiso que todo el sistema constitucional fuese consecuencia lógica de esta verdad luminosa e incontrovertible. Todos los poderes

Juárez. La Rebelión interminable
se derivan del pueblo. El pueblo se gobierna por el pueblo. El pueblo legisla. Al pueblo le corresponde reformar, variar sus instituciones. Pero siendo preciso por la organización, por la extensión de las sociedades modernas recurrir al sistema representativo, en México no habrá quien ejerza autoridad sino por el voto, por la confianza, por el consentimiento explícito del pueblo.

Era, pues, una Constitución republicana, democrática, representativa y federal, la bandera de un partido, por más que los constituyentes afirmaran que: “No se ha hecho una Constitución para un partido sino una Constitución para todo un pueblo”.

Los Estados Unidos Mexicanos –seguían– vuelven al orden constitucional. El Congreso ha sancionado la Constitución más democrática que ha tenido la República, ha consagrado los derechos del hombre, ha trabajado por la libertad, ha sido fiel al espíritu de su época, a las inspiraciones radiantes del cristianismo, a la revolución política y social a que debió su origen; ha edificado sobre el dogma de la soberanía del pueblo y no para arrebatárselo, sino para dejar al pueblo el ejercicio pleno de su soberanía.

Esta Constitución, espejo del ideal liberal, fue promulgada por Juárez en Oaxaca con toda pompa y solemnidad. De inmediato, don Benito dispuso las elecciones locales para que el Congreso resultante redactase

la Constitución del estado, arreglada de acuerdo con la Carta nacional y, antes de abandonar su estado natal para siempre, se dio el gusto de promulgar la nueva Constitución local y de ser electo gobernador de acuerdo con ella.

13. Juárez en la antesala del poder

Los liberales promulgaron la Constitución de 1857 con enorme júbilo, pero gran parte de la población la recibió con indiferencia, e importantes sectores de la sociedad mexicana con abierta hostilidad. Los conservadores se negaron a reconocerla y a participar en las elecciones convocadas con base en la misma, de las que resultó electo Ignacio Comonfort para ocupar la presidencia de la República, una Cámara de Diputados dominada por los liberales puros y Benito Juárez como presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y, por lo tanto, según la nueva ley suprema, vicepresidente de la República.

La Constitución sometía al presidente a la autoridad incuestionable del Congreso de la Unión, formado por una sola cámara, la de diputados. Quienes propusieron este desequilibrio de poderes, favorable al legislativo, argumentaron que la facultad de revisión de los representantes del pueblo (depositarios de la soberanía) debía estar sobre todos los poderes. Los defensores de esta idea, como Francisco Zarco e Ignacio Ramírez, confiaban en la bondad innata del hombre, pero en la práctica la debilidad del ejecutivo se tradujo en la imposibilidad de los presidentes para gobernar y, de inmediato, en el golpe de Estado del presidente constitucional contra la propia Constitución, en diciembre de 1857.

El general Comonfort triunfó en las elecciones de 1857 sin rival al frente. Respaldado por el ejército, los funcionarios de gobierno y un importante sector del pueblo que lo veía como el caudillo victorioso de Ayutla, don Ignacio era aún el hombre de la situación y no en vano: había demostrado notables cualidades como gobernante, entre las que destacaban la moderación de su carácter, su valor, su honradez y su talento organizador, además de la capacidad de rodearse de hombres inteligentes y probos. Sin embargo, a pesar de ratificar a Comonfort al frente del ejecutivo, la masa de los electores dio un voto de confianza a los puros, al otorgarles la mayoría del congreso y al elegir al gobernador de Oaxaca, Benito Juárez, como presidente de la Suprema Corte.

Desde antes de tomar posesión como presidente constitucional, Comonfort tuvo que adaptarse al nuevo equilibrio político y el 16 de septiembre de 1857, al inaugurar las sesiones del Congreso de la Unión, renovó su gabinete dando a los puros cuatro de las seis carteras en que, según la Constitución, se dividía el gabinete. De esa manera, Juan Antonio de la Fuente quedó en Relaciones Exteriores, Benito Juárez en Gobernación, Manuel Ruiz en Justicia e Instrucción Pública y Bernardo Flores en Fomento.

Al recibir el nuevo nombramiento, Benito Juárez, que acababa de tomar posesión como gobernador constitucional de Oaxaca, tras triunfar en las elecciones, pidió licencia al Congreso local y el 25 de octubre abandonó su patria chica para no volver a ella nunca más. El 3 de noviembre asumió su nuevo encargo, tomando

Juárez. La Rebelión interminable desde luego el mando del grupo radical del gabinete, respaldado por el canciller De la Fuente y por Ruiz, su cercano amigo y antiguo colaborador. De inmediato, Juárez, Fuente y Ruiz se opusieron a los intentos de Comonfort de reformar la Constitución y equilibraron a los moderados, representados por Comonfort y los secretarios de Guerra y Hacienda, Juan García Conde y Manuel Payno.

Según Payno, amigo y colaborador de Comonfort, las disposiciones constitucionales y la beligerancia del Congreso, que dejaron al presidente con menos facultades que un jefe de oficina, terminaron por convencer a este último de la inaplicabilidad de la Constitución y a aceptar, meses después, el Plan de Tacubaya, que propuso su abrogación.

Pero antes de eso, cuando el 1 de diciembre Ignacio Comonfort tomó posesión como presidente constitucional, prometió al Congreso mandar las iniciativas que considerara necesarias para la buena marcha de los negocios públicos. Para los “puros”, estas iniciativas debían ser enmiendas que fortaleciesen las reformas ya introducidas en el texto constitucional e iniciadas por la ley Juárez y la ley Lerdo, que comenzaba el camino de la desamortización de los bienes del clero y las corporaciones; pero los moderados, incluido el propio presidente, pensaban en cambios legales que disminuyesen la fuerza de las disposiciones más polémicas de la nueva Carta Magna. Un tercer grupo, a cuya influencia no era ajeno el presidente, consideraba como única salida para evitar la discordia civil, el desconocimiento de la Constitución.

Comonfort había luchado durante casi dos años contra las constantes asonadas conservadoras. Había defendido los principios liberales con una firmeza superior a sus propias convicciones moderadas, porque consideraba superior el respeto a la ley que la fuerza de las espadas del viejo ejército y de la oposición del clero, pero a fines de 1857 su resistencia estaba apagándose. Demasiadas discordias, profundas amenazas percibía en la nueva ley. Los puros del Congreso y del gabinete le impedían matizar, suavizar la polémica Carta Magna, y su espíritu conciliador y cauteloso se asomaba con espanto al abismo de la guerra civil y del conflicto perpetuo.

14. Juárez frente al golpe de Estado

Benito Juárez -como ya dijimos- asumió su encargo de secretario de Gobernación el 3 de noviembre de 1857 y, poco después, juró ante el Congreso de la Unión como presidente de la Suprema Corte y, como tal, vicepresidente efectivo de la nación.

Con esos cargos y el respaldo de sus compañeros de gabinete, los secretarios De la Fuente, Ruiz y Flores, así como de la mayoría del Congreso, Juárez se erigió como garantía de preservación de la ley suprema, por lo que Comonfort buscó otros apoyos para sus intentos reformistas: hizo venir a la capital de la República a varios gobernadores afiliados al partido moderado.

Uno de los mejores amigos y de los más firmes sostenedores del presidente, Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, llegó a México el 24 de noviembre, pero en lugar de respaldar los propósitos de Comonfort, se opuso a ellos e intentó convencer al primer magistrado de la nación de que no abandonara el camino de la ley. Doblado le pidió a Comonfort que no renunciara a la presidencia, que no traicionara la Constitución, porque su figura y su investidura eran, en ese momento, el único dique puesto a las pasiones políticas.

Lo que había que hacer, dijo Doblado a Comonfort, era proponer al Congreso de la Unión las reformas necesarias por las vías previstas por la propia Constitu-

ción. Si las reformas eran aceptadas, el objeto se habría conseguido; si eran rechazadas, sería entonces tiempo de disolver al Congreso, siguiendo también los caminos establecidos por la Constitución. Manuel Payno escribió después que la pintura que hizo Doblado de la situación que vendría, en caso de ruptura del orden constitucional, fue tan exacta que pareció que el gobernador de Guanajuato estaba mirando en un espejo el porvenir.

Las palabras de Doblado parecieron convencer a Comonfort, quien empezó a preparar los proyectos de reforma constitucional con el auxilio de Payno, Juan Antonio de la Fuente y Juan García Conde. Ya avanzado el trabajo, Comonfort quiso presentarlo a su amigo Benito Juárez:

—Es necesario que cambiemos de política y deseo que tú tomes parte y me acompañes.

—De veras — contestó Juárez con toda calma y como si hablara de cualquier cosa —, de veras te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas a emprender, pero yo no te acompañe en él.

Ése era el ambiente político y ésa la indecisa posición de Comonfort cuando el 17 de diciembre de aquel agitado año de 1857 un grupo de militares, encabezados por Félix Zuloaga, proclamaron el Plan de Tacubaya, que revocaba la Constitución y estipulaba la elección de un Congreso Constituyente, aunque reconocía a

Juárez. La Rebelión interminable
Comonfort como presidente y le otorgaba poderes extraordinarios. El grueso de la guarnición de la capital se pronunció contra la Constitución y por la dictadura de Comonfort.

Frente a esa situación, y respaldado por algunos de sus colaboradores y partidarios, Comonfort tomó un camino increíble: disolvió el Congreso, encarceló a varios destacados liberales puros, incluido Benito Juárez; y anunció su decisión de apoyar el Plan de Tacubaya, confiando que lograría conciliar a los extremistas de ambos bandos. La moderación del presidente resultó suicida y enseñó que había pasado la época de las transacciones: la vieja historia de acuerdos a nivel de cúpula había terminado, como aprendió el propio Comonfort al verse convertido, de presidente constitucional, en vulgar jefe de pronunciamiento, y quedarse solo, aislado, en un país en guerra.

Tras dos días de vacilaciones, Comonfort hizo suyo el nuevo plan, que promulgó por bando nacional, creyendo que bastaba la lealtad del ejército permanente para garantizar la paz; pero no sólo los puros le reprocharon su traición a la ley suprema sino también los moderados, que en la ciudad de México le expresaron valerosamente su inconformidad, y que en el resto del país se aprestaron a responder con las armas en la mano al golpe de Estado que había dado el presidente constitucional de la República, devenido, como él mismo confesó, en vulgar jefe de facción.

Así, de inmediato saltaron en defensa de la Constitución, desconociendo a Comonfort y formando

una coalición con las guardias nacionales de sus estados, los gobernadores Anastasio Parrodi, de Jalisco; Manuel Doblado, de Guanajuato; José María Arteaga, de Querétaro; y Epitacio Huerta, de Michoacán; a quienes se sumaron luego los de Zacatecas, Veracruz y Nuevo León, Jesús González Ortega, Manuel Gutiérrez Zamora y Santiago Vidaurri. Por si esto fuera poco, en Querétaro se reunieron algunos diputados del Congreso disuelto por Comonfort y lanzaron un manifiesto sobrio y digno, enérgico y llano, que legitimaba dentro del marco constitucional la coalición de gobernadores.

Ante la evidencia de una resistencia creciente, Comonfort comprendió su error y trató de rectificarlo, pero era demasiado tarde: el 11 de enero de 1858 sus aliados conservadores se lo impidieron con un nuevo plan, que proclamaba presidente a Félix Zuloaga, quien se pronunció contra él.

Durante diez días combatieron en la ciudad las tropas de Comonfort y las de Zuloaga. Comonfort resistió por la fuerza, sin lograr otra cosa que la consolidación de la popularidad de dos jóvenes coroneles conservadores: Luis G. Osollo y Miguel Miramón. El 21 de enero, Comonfort se rindió, renunció a la presidencia y el 7 de febrero marchó al exilio. Con él se iba la moderación como fuerza dominante de la política mexicana; en su lugar quedaron otros hombres, otra forma de hacer política.

Los conservadores, victoriosos en la capital, formaron un gobierno fundamentado en el Plan de Tacubaya y las viejas leyes centralistas, y llamaron a la guerra contra las "ideas disolventes" de los liberales.

Juárez. La Rebelión interminable

La posición de estos fue mucho más clara, apoyada en un orden legal bien definido y organizado, pues con todos los defectos que se le pudiera ver a la Constitución, la ley suprema formaba un poderoso núcleo de unión, una bandera en derredor de la cual habrían de agruparse y combatir los defensores de la reforma. Las elecciones federales y locales de 1857 se habían verificado dentro del marco constitucional; por lo tanto, en todo el país había autoridades legítimas que evitarían la disputa por el mando, y estas autoridades se opusieron al Plan de Tacubaya y al golpe de Estado de Comonfort.

El último servicio de Comonfort a la causa liberal, antes de que éste se fuera del país, fue la excarcelación de Benito Juárez, el 11 de enero de 1858, lo que dio al partido liberal una bandera: la de un hombre que encarnaba la legalidad constitucional. Una vez liberado, don Benito se dirigió a Querétaro, donde lo acogió el gobernador Arteaga, quien le proporcionó los recursos para proseguir el camino a Guanajuato, donde habían establecido su cuartel general los defensores de la Constitución.

Tan pronto llegó a Guanajuato, bajo la protección de Manuel Doblado, Juárez asumió la presidencia de la República y formó su gabinete con cuatro destacados liberales: Melchor Ocampo, Guillermo Prieto, Manuel Ruiz y León Guzmán. De inmediato, dirigió un manifiesto a la nación, fechado el 19 de enero, en el que decía:

Mexicanos: El gobierno constitucional de la República, cuya marcha fue interrumpida por la defección

del que fue depositario del poder supremo, queda restablecido. La Carta Fundamental del país ha recibido una nueva sanción, tan explícita y elocuente, que sólo podrán desconocerla los que voluntariamente quieran cerrar los ojos a la evidencia de los hechos.

[...]

La voluntad general, expresada en la Constitución y en las leyes que la nación se ha dado por medio de sus legítimos representantes, es la única regla a que deben sujetarse los mexicanos para labrar su felicidad a la sombra de la paz.

[...]

Obedeciendo al mandato de la nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para hacerlo. Llamado a este difícil puesto por un precepto constitucional, y no por el favor de las facciones, procuraré [...] que el gobierno sea el protector imparcial de las garantías individuales, el defensor de la nación y de las libertades públicas.

15. México a la hora de Juárez

Cuando Benito Juárez asumió la presidencia de la República, el 19 de enero de 1858, no tenía más poder que el que quisieran prestarle los gobernadores de los estados que habían reasumido su soberanía. Era un presidente sin poder real, sin fuerza propia, sustentado en una ley suprema rechazada por amplios sectores de la población. Y era el presidente de un país pobre y dividido, al que conviene echar un rápido vistazo, para entender la inmensa tarea que Juárez y sus compañeros de generación tenían por delante.

Por los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, México perdió dos millones de kilómetros cuadrados, pero se quedó prácticamente con los mismos ocho millones de habitantes que tenía antes de la guerra con los Estados Unidos, pues los territorios perdidos estaban casi despoblados, lo mismo que buena parte de los que se conservaron: era bajísima la densidad de población en Baja California, la mitad de Sonora, el vastísimo norte, el noreste de Tamaulipas, las ciénagas de Tabasco, las selvas de Chiapas y las costas de Nayarit, Jalisco, Michoacán, Guerrero y Oaxaca.

Cinco de los ocho millones de habitantes vivían en el Altiplano Central. El 90% se repartía en millares de aldeas y ranchos aislados y sólo el 10% se apretujaba en 25 pequeñas ciudades, en la mayor de las cuales, Mé-

xico, residían 200,000 habitantes. Puebla, Guanajuato, Guadalajara y Querétaro tenían unos 40,000 cada una. La esperanza de vida era de 24 años y si bien la tasa de natalidad era de 40 por millar al año, la mortalidad infantil era tan alta que la población crecía muy lentamente. Las pulmonías en las sierras, y la fiebre amarilla y el paludismo en el trópico hacían su agosto.

Durante más de treinta años (1821-1858) de vida independiente, las esperanzas de los criollos de convertir a México en la nación más rica, próspera e igualitaria del mundo, eran cada vez más irrealizables. Habían menguado la fuerza y la fortuna de la sociedad, y se acentuaba la desigualdad. Fuera de pequeños grupos de mineros, mercaderes y comerciantes, un clero poseedor de muchos bienes inmuebles y agiotista, que acaparaba la quinta parte de la riqueza nacional (y pretendía también el monopolio de la educación y las conciencias), y una reducida clase media, la mayor parte de la población urbana vivía en la pobreza, la suciedad y la ignorancia, entre robos y cuchilladas, en la holgazanería del que no tiene trabajo ni esperanzas.

En el campo, la gran masa del pueblo empobrecido se encerraba en multitud de pequeñas aldeas aisladas, en endebles y restringidas economías de autoconsumo. La vida rural era el vivo retrato del infortunio: dentro de ese país pobre y dividido, la peor parte la llevaban los campesinos, que formaban el 80% de la población.

La agricultura, sin tecnología moderna, sin riego ni abonos, sujeta a la inestable temporada de lluvias, satisfacía las necesidades elementales: maíz, frijol y chi-

Juárez. La Rebelión interminable le eran los cultivos principales; caña de azúcar, café y tabaco para los gustos de los ricos; maguey para las bebidas. Sólo algunas haciendas, con mano de obra sobre-explotada, producían algodón, añil y vainilla para un mercado más amplio. No había forma de capitalizar el campo, de mejorar sus condiciones; no había tampoco vías de comunicación para vender los productos de la tierra lejos de su lugar de origen.

Muchas de las numerosas naciones indígenas eran nómadas o seminómadas, dedicadas parcialmente a la agricultura, con los métodos más primitivos que puedan imaginarse. Algunos de estos grupos, como los apaches y los comanches, mantenían asediadas y casi despobladas grandes extensiones de los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila, y amenazaban de manera permanente a todo el norte del país, de Matamoros a Guaymas, desde la frontera hasta Zacatecas y San Luis Potosí.

La modernidad tecnológica sólo había llegado a algunas minas y manufacturas. Aunque la producción minera se triplicó entre 1821 y 1850, aún no alcanzaba los niveles de 1810. El comercio exterior era la rama más vigorosa de la economía, pero la venta de minerales preciosos y la compra de artículos suntuarios no aprovechaban a la nación. El comercio interno era casi nulo, pues no había una sola vía natural de comunicación y los caminos, escasos y malos, estaban infestados de bandidos: la mayor novela costumbrista mexicana, *Los bandidos de Río Frío*, de Manuel Payno, muestra de manera muy clara la inseguridad permanente del camino más importan-

te y mejor vigilado del país, el de México a Veracruz, incluso en la vecindad de la capital de la República (así como el cinismo y la corrupción de la clase política y la miseria de los pobres urbanos). Los costos y riesgos de trasladarse de una parte a otra habían reducido el comercio interregional a su mínima expresión. Todavía las elites creían que México era potencialmente rico, pero lo cierto es que se producía muy poco y que el escaso producto estaba muy mal distribuido.

Los grupos privilegiados aspiraban a concentrar en sus manos toda la riqueza, y las haciendas crecieron en detrimento de las tierras de los pueblos y de las comunidades, lo que generó inconformidades y resistencias que, a partir de la derrota en la guerra contra los Estados Unidos, se tradujeron en las formidables rebeliones indígenas de Yucatán, Sierra Gorda y Nayarit. Pero esta hambre de tierras y bienes, común a las elites y a las clases medias, se traducían también en la presión para que salieran al mercado las vastas propiedades de la Iglesia, además de las tierras del Estado, de los pueblos y de las comunidades.

La pobreza de la producción no era sólo resultado de la mala organización social: tenía sus raíces en la geografía. México estaba aislado del resto del mundo. Los dos océanos no representaban para nuestro país las magníficas vías de comunicación que eran para otros, pues los puertos eran pocos, malos y separados de la parte habitada del territorio por regiones insalubres y abruptas serranías. La frontera sur no nos acercaba al mundo y la nueva frontera norte era un desierto deshabitado, asolado por los apaches y los comanches.

Juárez. La Rebelión interminable

La tierra agrícola era poca y mala. Más de la mitad del territorio nacional es montañoso y las serranías no sólo dificultaban la agricultura y la ganadería, sino también eran un obstáculo enorme para las comunicaciones y la creación de mercados.

A las montañas hay que sumar los desiertos y semidesiertos. México está ubicado a lo largo del trópico de Cáncer y buena parte de nuestro territorio se encuentra en la franja geográfica de los grandes desiertos del hemisferio norte. Debido a esa situación, el 43% del territorio nacional está constituido por zonas áridas y el 34% por regiones semiáridas, en donde, para levantar cosechas, se depende del riego o de un régimen de lluvias irregular. Muchas de las tierras con agua suficiente eran improductivas e inhabitables a mediados del siglo XIX, por ser extremadamente insalubres: Tabasco, el actual estado de Quintana Roo, el sur de Veracruz y las costas del Pacífico sur.

El principal factor limitante de la agricultura en México es la falta de agua. Los ríos son escasos, irregulares, de cortos y pronunciados recorridos y de muy difícil aprovechamiento en su estado natural, por lo que a mediados del siglo XIX prácticamente no había en México tierras de riego. Toda la gran plataforma continental, que comprende la planicie septentrional o mexicana, la planicie meridional o del Anáhuac y la depresión del Balsas, que abarcan más de la mitad del territorio nacional y en donde se concentraba casi toda la población, carece de un abastecimiento de agua suficiente.

Ese país pobre, rural, aislado, con una población analfabeta y sin sentimiento de nación, fue el que encontraron Juárez y sus compañeros cuando en enero de 1858 se pusieron nominalmente al frente del gobierno.

16. “Los valientes no asesinan”

Cuando los conservadores triunfantes en la ciudad de México, con Félix Zuloaga autoproclamado presidente y los jóvenes y audaces Luis G. Osollo y Miguel Miramón como jefes militares, supieron que en Guanajuato el licenciado Juárez se había reunido con un grupo de puros y formado con ellos un gobierno que se reclamaba sustentado en la novísima Constitución, no se lo tomaron muy en serio: frente al ministerio de demócratas idealistas y poco prácticos formado por don Benito, ellos oponían un gobierno firmemente asentado en la capital de la República; legitimado en las Bases Orgánicas centralistas de 1843, restauradas como ley suprema; apoyado en las fuerzas reales de la nación, el ejército permanente y la Iglesia; y sostenido por el partido conservador pensante, creado y educado por Lucas Alamán.

De esa manera, los conservadores levantaron la bandera de la república antidemocrática fundada en los llamados “hombres de bien”, con la Iglesia y el ejército como pilares fundamentales, contra el dogma liberal de la soberanía popular, contra el régimen republicano, democrático, representativo y federal, y contra el anhelo del Estado laico. Pero desde Guanajuato, Juárez dijo fuerte y claro:

Llamaré al orden a los que con las armas en la mano o de cualquier manera nieguen obediencia a la ley, y si por alguna desgracia lamentable se obstinasen en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde.

Melchor Ocampo añadió que los liberales no perseguían la religión, como afirmaban los conservadores, sino que era el clero el que incitaba a la guerra civil en defensa de fueros y privilegios que nada tenían que ver con la misión espiritual y pastoral de la Iglesia.

La guerra, la primera auténtica guerra civil desde la revolución de Independencia, era inminente e inevitable: en la ciudad de México, Osollo y Miramón preparaban al ejército de línea para la campaña, mientras en el Bajío, los gobernadores de la coalición liberal reunían a los voluntarios de la guardia nacional, y el presidente Juárez trasladaba el gobierno a Guadalajara, para ponerlo a cubierto del enemigo.

El 11 de febrero confluyeron en Querétaro las fuerzas de Osollo y Miramón con los indígenas serranos del valiente caudillo conservador Tomás Mejía. Los liberales los esperaban en la entrada del Bajío y retrocedieron hasta Salamanca ante el avance de los conservadores. El 10 de marzo se libró la batalla de Salamanca, que terminó con la derrota de los liberales y su fuga, a la que siguió la capitulación de Doblado y la retirada de Parrodi hacia Guadalajara, perseguido por Miramón.

Juárez. La Rebelión interminable

Benito Juárez había llegado a Guadalajara el 14 de febrero y pudo ahí convocar al Congreso de la Unión y a la Suprema Corte, extender el radio de acción del gobierno y reunir suficientes elementos de fuerza y prestigio para consolidar su posición. Pero ésta era aún demasiado frágil, pues apenas llegaron a la Perla Tapatía las noticias de la derrota de Salamanca y la rendición de Doblado, exageradas por el rumor, una parte de la guarnición, encabezada por el coronel Antonio Landa, se pronunció contra el gobierno constitucional. Al grito de "¡Viva la religión!", los amotinados se apoderaron del Palacio de Gobierno y capturaron a Juárez y a los ministros Ocampo, Guzmán y Ruiz. El ministro de Hacienda, Guillermo Prieto, estaba a las puertas del Palacio y pudo haberse evadido, pero se entregó para compartir la suerte de Juárez y sus compañeros.

A pesar de la prisión de Benito Juárez, las fuerzas que le eran leales se agruparon fuera de Palacio y le pusieron sitio, iniciándose un fuerte combate en el mismo centro de la Perla Tapatía. Por esa razón, varios de los oficiales amotinados pedían a Landa que fusilara a Juárez, e incluso alguno de los rebeldes amenazó la vida del presidente y lo insultó soezmente, sin que don Benito mudara en ningún momento su seria e inescrutable expresión, dando un ejemplo de firmeza imitado por sus colaboradores.

El coronel Landa, jefe del motín, pretendía que Juárez ordenara que las fuerzas leales que atacaban el Palacio se rindieran o que suspendieran el ataque, pero el presidente se negó resueltamente a firmar ningún

documento mientras permaneciera preso. Entre tanto, correos urgentes salieron a Lagos de Moreno, a donde habían llegado Anastasio Parrodi y Santos Degollado, para informarles de los sucesos de Guadalajara.

Al fragor de los combates del día siguiente, y ante las noticias de la próxima llegada de las fuerzas leales de Degollado, oficiales del 5º Batallón y algunos civiles conservadores, pasando por encima de la autoridad del coronel Landa, decidieron ejecutar al presidente y sus ministros, llevándolos incluso al paredón de fusilamiento. Ya se preparaba la ejecución cuando Guillermo Prieto se interpuso entre las bocas de los fusiles y Benito Juárez y, con inspiración repentina, arengó a los soldados con palabras que recogieron numerosos testigos: "Levanten esas armas, ¡los valientes no asesinan!", exclamó el poeta metido a secretario de Hacienda, diciendo luego que los hombres del 5º Batallón habían sido siempre valientes y leales soldados, y que el hombre al que pretendían fusilar era el presidente que la nación se había dado. Los soldados entonces, sin aguardar otra orden, echaron sus armas al hombro y se quedaron impasibles. En ese momento llegó Landa, quien contuvo los ánimos, y Juárez y sus compañeros fueron regresados al cuarto que les servía de prisión.

Todos los testigos presenciales refieren con admiración el valor frío y tranquilo de Juárez, que no se movió del puesto que ocupaba, no pronunció palabra alguna, ni dio señales de emoción cuando los fusiles apuntaban a su pecho y el oficial daba las voces de "¡Preparen!... ¡Apunten!..." Todos los testigos refieren

Juárez. La Rebelión interminable también la presencia de ánimo de Guillermo Prieto, quien, con su elocuente y oportuna palabra, salvó al presidente de la República.

Dos días más continuó Juárez como prisionero, siendo su persona la única garantía de los amotinados, rodeados por fuerzas cada vez más numerosas, enviadas a marchas forzadas por Parrodi y Degollado. Finalmente, el 16 de marzo, Landa entregó a sus prisioneros a cambio de que le permitieran salir libremente de Guadalajara con sus hombres. De inmediato, el presidente publicó un manifiesto a la nación en el que explicaba la situación que había pasado y llamaba a los pueblos de México a levantarse, a hacer un último y supremo esfuerzo para acabar con la era del oscurantismo, para terminar “con la explotación infame de los muchos para beneficio de unos cuantos”, y para restablecer la paz y el orden dentro de la libertad.

La gratitud de don Benito con los hombres de la guardia nacional de Jalisco, que en esos días de angustia lucharon sin descanso en defensa de la integridad personal del presidente, se expresó en un manifiesto dirigido por “el presidente constitucional de la República a los defensores de la libertad y de las leyes”, dado a conocer el 17 de marzo, como último acto público de Juárez en Guadalajara.

17. Veracruz

El 18 de marzo de 1858 llegaron a Guadalajara los generales Anastasio Parrodi y Santos Degollado, que encomendaron a un joven capitán de ingenieros, Leandro Valle, el plan de fortificación y defensa de Guadalajara. Valle, que estaba llamado a figurar de manera distinguidísima entre los defensores de la Constitución, había estudiado en el Colegio Militar y tomó parte en la heroica defensa del castillo de Chapultepec frente al invasor estadounidense, aquel triste y glorioso 13 de septiembre de 1847: era, pues, un niño héroe sobreviviente de aquella épica jornada.

Dos días después, el presidente Juárez salió de la ciudad rumbo a Colima, escoltado por Leandro Valle. Aunque el general Sóstenes Rocha intentó limpiar el camino del gobierno, cerca estuvo Juárez de caer en manos de los conservadores, pero se impuso serenamente al peligro y llegó bien a Colima. Muy oportuna fue esta retirada, pues ante el arribo de las fuerzas de Osollo y Miramón, Parrodi decidió que no tenía elementos para defender Guadalajara y el 23 de marzo siguió el camino de Doblado, capitulando con todos sus elementos, salvo las fuerzas de la guardia nacional que no quisieron rendirse y marcharon al sur de Jalisco para impulsar la resistencia guerrillera, encabezada por Degollado.

Algunos historiadores han reprochado a Juárez esta fuga continua, este afán de poner a salvo su perso-

Juárez. La Rebelión interminable na en lugar de permanecer en la línea de fuego. Se trata, como señaló Justo Sierra, de un despropósito:

Es excesivamente singular, íbamos a decir insensato, que se haya reprochado al presidente interino el afán de poner en salvo su personalidad; era su obligación primordial, lo fue en la Guerra de Tres Años, como lo fue después durante el Imperio. La desaparición temporal pero completa de los órganos superiores de la Constitución, lo convertían precisamente en la personificación de la Constitución misma; en él vivía; desapareciendo él, desaparecía todo cuanto de la Constitución quedaba [...] Juárez era un símbolo, era algo más concreto, era un título, era el título del partido reformista la lucha, era el derecho a la victoria. Por lo demás, estas verdades simples no se ponían en duda entonces.

Tampoco se ponían en duda el valor personal ni la serenidad de don Benito cuando tuvo que arrostrar la muerte. Así la enfrentó en Guadalajara, sereno, inmutable, sin transigir en ningún momento ni firmar documento alguno, inflexible frente a las amenazas y a la boca de los fusiles. Así la enfrentaría otras veces. No era, pues, falta de valor, sino conciencia de su posición y del significado de la misma, lo que llevó a Juárez durante la guerra de tres años y durante la resistencia contra la intervención francesa y el Imperio, a poner tierra y ejércitos entre su persona y el enemigo.

Refugiado en Colima, Juárez se enteró de la capitulación de Parrodi y tomó dos decisiones que resulta-

ron acertadísimas: designó al general Santos Degollado secretario de Guerra y Marina, con el mando supremo de los ejércitos del norte y del occidente, y facultades extraordinarias en los ramos de Gobernación y Hacienda, por lo que lo convirtió en dictador militar de medio país; y él, con el gobierno a cuestas, decidió aceptar la hospitalidad que le ofrecían, en Veracruz, el gobernador Manuel Gutiérrez Zamora y el general Ignacio de la Llave.

Santos Degollado, el nuevo dictador militar de medio país, era un hombre muy peculiar: nacido en Guanajuato, su infancia, como la de Juárez, fue de orfandad y pobreza, hasta que ya joven se abrió camino como artesano en Morelia y se vinculó a los círculos liberales, a los que sorprendió con el tesón que dedicaba al estudio autodidacta de la historia y la filosofía política. Fue director de Educación en Michoacán durante el gobierno de Melchor Ocampo. Su carrera militar la inició durante la revolución de Ayutla; se destacó rápidamente tanto por sus magníficas dotes de organizador como por su capacidad para llenar de entusiasmo y conducir a centenares de campesinos y artesanos a la lucha, y aunque fue vencido en la mayor parte de las acciones de armas que emprendió, éstas fueron las cualidades que Juárez quiso aprovechar en la angustiosa situación de la primavera de 1858.

A mediados de abril, Juárez y sus colaboradores se embarcaron en Manzanillo, cruzaron el insalubre Istmo de Panamá, tocaron La Habana, pasaron a Nueva Orleans y llegaron a Veracruz luego de tres semanas

Juárez. La Rebelión interminable de viaje, el 4 de mayo de 1858. Así le quitaron al gobierno conservador de la ciudad de México la principal fuente de ingresos del erario público: los recursos de la aduana de Veracruz. Con eso, Juárez daba al gobierno una sede segura, defendida por el mar, las dunas y marismas, las murallas, el castillo de San Juan de Ulúa y, sobre todo, por la lealtad incondicional de los liberales veracruzanos y del pueblo jarocho, y por las fiebres endémicas que no permitían a los soldados del centro del país permanecer en la región más de tres meses al año.

Juárez fue recibido en Veracruz con gran solemnidad y, tras las ceremonias de rigor, el gobernador Gutiérrez Zamora lo felicitó por su feliz arribo, en unión de los distinguidos ciudadanos que integraban el gabinete. Le manifestó que veía en su llegada un acontecimiento lleno de esperanzas, un anuncio del triunfo de la nación “sobre la inmoralidad y el oscurantismo”; triunfo –dijo Gutiérrez Zamora–, al que cooperarían “la reputación y la constancia de Vuestra Excelencia”. El presidente respondió:

Señor Gobernador: Agradezco la felicitación que Vuestra Excelencia dirige al primer magistrado de la República por su arribo a esta heroica ciudad, donde se defienden la Constitución del país y los derechos del pueblo. Celebro debidamente la buena disposición del pueblo veracruzano para sostener el gobierno legítimo y contando con la cooperación de Vuestra Excelencia yo le ofrezco que redoblaré mis esfuerzos, hasta sacrificar mi existencia, si fuere necesario, para

restablecer la paz y consolidar la libertad y la independencia de la Nación.

Entre tanto, la guerra arreciaba en todo el país. Mientras los conservadores extendían sus dominios hasta Durango por el norte y Yucatán por el sureste, los liberales preparaban un ejército en el norte y continuaban la resistencia en el occidente y Veracruz. A fines de abril, uno de los jefes norteños, el general Juan Zuazua, tomó Zacatecas y ordenó el fusilamiento de cinco oficiales conservadores, entre los que se contaba Antonio Landa, aquel coronel cuyo amotinamiento en Guadalajara estuvo a punto de cobrar la vida de Benito Juárez. Con ese acto se anunciaba que la guerra civil ya llegaba a un punto en que desaparecía la clemencia entre los contendientes para convertirse en una lucha a muerte, definitiva, entre dos proyectos de nación irreconciliables.

18. El programa del gobierno de Veracruz

Durante el resto de 1858 la guerra civil continuó su obra destructora y sangrienta. El general Osollo murió de tifoidea en San Luis Potosí y al frente de los ejércitos conservadores quedó el general Miguel Miramón, secundado por militares que cobrarían fama por su valor y constancia, como Tomás Mejía, o por su crueldad y diligencia, como Leonardo Márquez. A su vez, los caudillos liberales Santos Degollado y Pedro Ogazón formaron un ejército en Jalisco; Epitacio Huerta y Miguel Blanco otro en Michoacán; Santiago Vidaurri, Juan Zuazua y un joven oficial de la guardia nacional nacido en Texas cuando ese territorio era mexicano, Ignacio Zaragoza, creaban uno más en la frontera. Se combatió en torno a San Luis Potosí y Guadalajara; se tiñeron de sangre Tampico y Xalapa. Remotos lugares, como Sayula, Ahualulco y San Joaquín, se hicieron famosos por las sangrientas batallas que en ellos se libraron, e incluso la ciudad de México fue amenazada por los liberales y el puerto de Veracruz por los conservadores.

Aquel año sangriento y terrible terminó sin que ninguno de los bandos hubiese logrado una victoria sobre el otro, lo que provocó finalmente la caída del presidente conservador, Félix Zuloaga, y el irresistible ascenso de Miguel Miramón, quien asumió la presidencia en enero de 1859, con lo que la legitimidad conser-

vadora quedó asentada en el carisma de un caudillo afortunado, ambicioso y audaz, que declaraba “santa y hermosa” a la “reacción” y que intentó gobernar como dictador militar.

Frente a este gobierno sin más sustento que la espada del caudillo y la bendición del arzobispo, se alzaba en Veracruz uno muy distinto, presidido por Benito Juárez. El año de 1858 convenció a los liberales que la lucha por hacer de México un auténtico Estado nacional sería larga y sangrienta, lo que los llevó en 1859 a mostrar a la nación, mediante una legislación novedosa y audaz, su proyecto y sus ideas.

El acicate último de esta legislación fue la ofensiva emprendida por Miramón contra Veracruz y los actos sangrientos perpetrados por Leonardo Márquez en Tacubaya. Miguel Miramón, tras destruir a las fuerzas de Degollado y Vidaurri en célebres batallas, formó un ejército que avanzó sobre Veracruz en los primeros meses de 1859. El gobierno de Juárez estuvo entonces al borde de la derrota total, aislado del exterior, desconocido por Francia y España, que veían con simpatía a los conservadores; sin el reconocimiento británico ni estadounidense, que preferían la neutralidad; frente a la posibilidad de un bloqueo comercial y casi en bancarrota.

Pero entonces se alzó Degollado, el general de origen civil, el infatigable organizador de ejércitos destinados a la derrota. En diciembre de 1858, Degollado había perdido todos sus elementos en la batalla de San Joaquín; pero en marzo de 1859 se presentó con un nuevo ejército a las puertas de la ciudad de México, amena-

Juárez. La Rebelión interminable zando la retaguardia de Miramón. Entre la ofensiva de don Santos, a quien empezaban a llamar “el héroe de las derrotas”, y la llegada de los calores a Veracruz, es decir, los mosquitos portadores de mortales vómitos y fiebres, Miramón levantó el sitio y regresó al altiplano, para vengar en Degollado su fracaso. Pero ni eso alcanzó: se le adelantó Leonardo Márquez, quien venció a los liberales en Tacubaya y ordenó al día siguiente el fusilamiento en masa de los prisioneros de categoría, jefes y oficiales del ejército, pero también de varios paisanos y estudiantes de medicina que habían socorrido a los liberales heridos, lo que llevó la crueldad de la guerra civil a extremos inauditos y le hizo ganar un apodo que lo acompañó el resto de su accidentada vida: El Tigre de Tacubaya.

Terminó la primavera con los ecos de la masacre de Tacubaya y con los ejércitos liberales rehaciéndose en Jalisco, en Michoacán, en Zacatecas, en Sinaloa y en la frontera norte. La victoria parecía indecisa aún, entre la sangre de los mexicanos derramada por los mexicanos, entre las pasiones, la crueldad y el heroísmo que la guerra sacaba a la superficie. Fue entonces cuando Juárez y sus ministros, Melchor Ocampo, Manuel Ruiz y Miguel Lerdo de Tejada, publicaron en Veracruz un ambicioso y detallado programa de gobierno, fechado el 7 de julio de 1859.

En ese programa de gobierno aparecían ideas excelentes para modernizar la hacienda pública, impulsar la colonización, fomentar la pequeña propiedad y extender la instrucción pública a todo el país, ideas que

eran la expresión del credo liberal y la condensación de buenos deseos para un futuro de paz y estabilidad; pero lo que trajo el interés inmediato de la opinión pública, que reavivó el entusiasmo de los liberales y el odio de los conservadores, fue la presentación del programa de la Reforma.

La reforma — exigida por los caudillos liberales que libraban la guerra en el interior, principalmente Santos Degollado, que cruzó el país entero para presionar al gobierno; y Jesús González Ortega, gobernador de Zacatecas, que en 1859 demostró ser un organizador tan infatigable como Degollado y que esperaba 1860 para llevar su nombre a mayor altura incluso que la del héroe de las derrotas — fue finalmente anunciada por el gobierno de Veracruz. En el programa del 7 de julio se expuso la nacionalización de los bienes de la Iglesia, se reiteró la necesidad de eliminar los obstáculos puestos a la libre circulación de la riqueza y se puso ésta en manos de la naciente burguesía, activa y emprendedora, que en diversas regiones sostenía a los ejércitos liberales; además, se señaló — como regla general invariable — la más completa independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos; y se anunció la legislación relativa a las corporaciones y cofradías eclesiásticas, que eliminaban los fueros y privilegios que hasta entonces habían hecho de la Iglesia, para todo fin práctico, otro estado dentro del Estado.

El presidente Juárez explicó este programa en una carta a Pedro Santacilia:

Juárez. La Rebelión interminable

Tengo el gusto de remitir a usted el decreto que acabo de expedir. Lo más importante que contiene, como verá usted, es la independencia absoluta del poder civil y la libertad religiosa. Para mí estos puntos eran los capitales que debían conquistarse en esta revolución y si logramos el triunfo nos quedará la satisfacción de haber hecho un bien al país y a la humanidad.

El programa finalizaba con la declaración de que el gobierno se proponía “ir dictando, en el sentido que ahora manifiesta, todas aquellas medidas que sean más oportunas para terminar la sangrienta lucha que hoy aflige a la República”. Anunciaba así las leyes de Reforma, la gran obra legislativa de los liberales puros, que empezaron a publicarse, con la firma del presidente Juárez, menos de una semana después.

19. Las leyes de Reforma

El programa de los liberales, presentado por Benito Juárez a la nación el 7 de julio de 1859, anunció y precedió a las Leyes de Reforma, que dieron el golpe de gracia, en el terreno legal, a los restos del antiguo régimen. Estas leyes no fueron letra muerta: las disposiciones que separarían la Iglesia del Estado; que quitarían a la Iglesia, a las comunidades y corporaciones sus bienes para ponerlos a circular; que acabarían con los fueros, privilegios y tribunales especiales; que darían el monopolio de la educación básica y el control de las estadísticas vitales al Estado y, en fin, que garantizarían la libertad de conciencias tenían consigo los mecanismos que regularían su aplicación y las harían efectivas.

Esta reforma del Estado, para modernizarlo de acuerdo con la concepción liberal, había iniciado con la Ley Juárez relativa a la administración de justicia, promulgada el 25 de noviembre de 1855; y con la Ley Lerdo, del 26 de junio de 1856, que preveía las formas y los mecanismos de la desamortización de los bienes de la Iglesia, comunidades y corporaciones; continuó con la elevación a rango constitucional de la libertad de enseñanza, la supresión de los fueros, la prohibición a las corporaciones de poseer bienes raíces y la libertad de cultos, y terminó con las leyes de Reforma.

Juárez. La Rebelión interminable

La primera de las Leyes de Reforma fue la Ley de Nacionalización de los Bienes Eclesiásticos, del 12 de julio de 1859, que además estableció la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos. En los considerandos de la ley, se decía que el motivo principal de la guerra civil era el esfuerzo del clero por sustraerse a la autoridad civil, un clero que había resistido reiteradamente a las leyes dictadas por el poder soberano y que dilapidaba sus caudales para mantener la guerra civil; y que debido a eso, siendo “imprescindible poner en ejecución todas las medidas que salven la situación y la sociedad”, se decretaba:

1º Entran al dominio de la Nación todos los bienes que el clero secular y regular ha estado administrando con diversos títulos, sea cual fuere la clase de predios, derechos y aplicaciones que hayan tenido...

Es decir, no se trataba solamente, como preveía la Ley Lerdo, de desamortizar, sino de nacionalizar por decreto los bienes del clero.

Más adelante la ley tenía otro artículo que causó honda indignación entre los conservadores:

3º Habrá perfecta independencia entre los negocios del Estado y los negocios puramente eclesiásticos. El Gobierno se limitará a proteger con su autoridad el culto público de la religión católica, así como de cualquier otra.

Con ello, se rompían las relaciones entre la Iglesia y el Estado como entidades de igual importancia, y quedaba el Estado como órgano del poder social, y la Iglesia, transformada en una de las tantas asociaciones que viven sin privilegios especiales.

Otro artículo de la ley anulaba toda operación hecha con los bienes del clero fuera de las disposiciones de la misma, al declarar la nulidad de esos contratos y penar a los contratantes, notarios y testigos, con lo que se golpeó efectivamente la capacidad operativa de la Iglesia y, por lo tanto, del ejército conservador. Así, muchos capitalistas, indecisos entre ambos partidos o desconfiados del triunfo de los conservadores, se abstuvieron de prestarle a la Iglesia o de contratar negocios con ella, y los caudales del clero bajaron drásticamente en la segunda mitad de 1859. De ese modo, al impulsar ese artículo de la ley, Degollado obtuvo una victoria sobre los conservadores de mayor trascendencia que todas sus derrotas en el campo de batalla.

Tras ésta siguieron la Ley del Matrimonio Civil, del 23 de julio, que convertía al matrimonio en un contrato previsto por el derecho; el decreto del 28 de julio, que creó los jueces del estado civil; la Ley del 31 de julio, que secularizó los cementerios; el retiro de la legación mexicana ante la Santa Sede, dispuesto el 3 de agosto, con lo que quedaron rotas las relaciones entre México y el papado; la Ley del 11 de agosto, que fijó los días festivos obligatorios y reglamentó las funciones públicas de la Iglesia; además de algunas otras disposiciones que se fueron publicando para reglamentar esas leyes y

Juárez. La Rebelión interminable algunos de los principales artículos de la Constitución. Finalmente, casi al terminar la guerra de Tres Años, el 4 de diciembre de 1860, se estableció sin lugar a dudas la libertad de creencias y conciencias.

La más importante de estas Leyes de Reforma es la del 12 de julio, que resume los principales temas que importaban al liberalismo: nacionalización de los bienes del clero y separación de la Iglesia y el Estado. Con esta ley nace el Estado secular. A partir de ese momento, el hombre podía nacer, vivir y morir dentro de la legislación dictada por la autoridad civil y regular su vida conforme a ésta. De esta manera, al afirmar la supremacía del poder público en la vida social, la Iglesia quedó sujeta a la autoridad del Estado en los mismos términos que cualquier otra corporación.

Con la publicación del programa del 7 de julio, Santos Degollado supo que la legislación reformista era inminente, por lo que abandonó Veracruz para dirigirse a San Luis Potosí vía Tampico, a fin de reactivar a los liberales con una nueva bandera y una poderosa herramienta económica. La guerra, pues, tomaría un cariz diferente, anunciado por la exaltada condena de los obispos a la Ley del 12 de julio.

20. La amenaza extranjera

La segunda mitad de 1859 fue casi mortal para la República. El primer efecto de las leyes de Reforma fue exacerbar las pasiones y recrudecer la guerra civil. Los políticos conservadores se empeñaron en acentuar el carácter religioso de su lucha denunciando las propias leyes y algunos hechos concretos de los liberales, que para los conservadores eran sacrílegos, como el que los gobernadores de Zacatecas y Michoacán, Jesús González Ortega y Epitacio Huerta, tomaran la plata de los templos para armar a sus ejércitos, amparándose en la Ley del 12 de julio.

Las derrotas de Degollado estuvieron a punto de causar un grave daño a la causa liberal y al país: ensoberbecido el cacique de Nuevo León y Coahuila, Santiago Vidaurri, por la fortaleza de sus fronterizos, espina dorsal de los ejércitos liberales, ordenó la reconcentración de las fuerzas nortenas en Monterrey, en búsqueda, quizá, de la autonomía del noreste. Degollado reaccionó de inmediato, destituyó a Vidaurri y al jefe de la guardia nacional de Nuevo León, Juan Zuazua, y en su lugar puso a José Silvestre Aramberri y a Ignacio Zaragoza. Con esa medida no sólo evitó la amenaza de la escisión y domeñó momentáneamente el orgullo de Vidaurri, sino que puso un nombre, casi oscuro entonces, al lado del de los grandes jefes militares

Juárez. La Rebelión interminable del partido liberal: el de Ignacio Zaragoza, que en 1860 sería el jefe efectivo y eficaz de los fronterizos.

En términos militares, la segunda mitad de 1859 fue muy parecida a 1858: los conservadores ganaban batallas, pero no había indicios de solución militar del problema por ninguno de los dos bandos, que se desangraban mutuamente y agotaban sus recursos. Sin embargo, los efectos de las leyes de Reforma permitieron que la desesperación asomara primero en el bando conservador, que a fines de año estaba sin fuentes de ingresos, por lo que pusieron nuevos elementos en la balanza.

Así, al estar en esas condiciones, el ministro del gobierno conservador ante el emperador de los franceses, el general Juan Nepomuceno Almonte, firmó con el embajador español, Alejandro Mon, un tratado que, entre otras cosas, implicaba una amenaza inmediata para el gobierno liberal, el cual lo denunció en seguida. Mediante el Tratado Mon-Almonte, España se metía en la cuestión mexicana, asomando de forma efectiva su faceta clerical, monárquica y antidemocrática. Para complementar, los diplomáticos conservadores trataban de granjearse el reconocimiento y la amistad del emperador de los franceses, quien también tenía intereses particulares en México.

De manera simultánea, apareció una amenaza aún más grave, porque quien la pronunciaba era más fuerte que la corona española y porque su amenaza era más inmediata que la del emperador de los franceses: en diciembre de 1859 el presidente de los Estados Uni-

dos, James Buchanan, se dirigió al Congreso de su país, diciendo que las reclamaciones de ciudadanos estadounidenses contra México eran justas y estaban creciendo a causa de la anarquía que reinaba en nuestro país; decía también que la política de Estados Unidos rechazaba tajantemente cualquier intervención de las potencias europeas en México y que esa intervención se estaba convirtiendo en una amenaza real; y por esas razones, tanto para evitar la intervención europea como para cobrar los agravios infligidos a ciudadanos estadounidenses, Buchanan pedía al Congreso “que dicte una ley autorizando al Presidente, bajo las condiciones que parezcan más convenientes, para que emplee una fuerza militar suficiente para invadir México con el propósito de obtener indemnización por lo pasado y seguridad para lo futuro”.

Buchanan pertenecía al partido esclavista y hacía poco se había roto el equilibrio entre esclavistas y antiesclavistas en el senado estadounidense en favor de estos últimos, por lo que reaparecía la amenaza de los sureños de acrecentar su territorio a costa de México, dirigiendo su ambición, principalmente, a Sonora y Sinaloa. Pero más allá de favorecer a un partido, Buchanan trataba de fortalecer la presencia de Estados Unidos en América Latina, por lo que tenía el respaldo de numerosos políticos y no únicamente de los esclavistas. Esa agresiva posición mostraba que las potencias podían hablar de México como un objeto o un botín, que aún no era el nuestro un Estado nacional de soberanía respetada e indiscutible.

Juárez. La Rebelión interminable

Todas esas noticias llegaban a Veracruz al mismo tiempo que los informes sobre la terrible derrota de Degollado en la batalla de Estancia de Vacas, y aunque Degollado reunió en San Luis Potosí los elementos dispersos y lanzó un manifiesto diciendo “ya estoy en la obra, ya reorganizo, ya me preparo, ya reemprendo la lucha, ya venceremos; de seguro venceremos”, de momento Miramón quedaba con las manos libres para dirigir otra ofensiva sobre Veracruz, que entonces sí parecía seria, pues el caudillo conservador gestionaba en La Habana, gracias a su nueva amistad con la corona española, la adquisición de unos barcos para bloquear desde el mar el puerto jarocho.

De esa manera, la amenaza inminente del enemigo interior, apoyado por España, se conjuntaba con la amenaza latente del enemigo extranjero. Sin saber que en el senado estadounidense se había formado una mayoría contraria a Buchanan, Juárez y sus colaboradores sintieron, como 13 años atrás, al ejército estadounidense a las puertas de México. En ese momento regresó de una comisión diplomática en los Estados Unidos Miguel Lerdo de Tejada, quien, unido a José María Mata, estudioso de la historia y la política de aquel país, sugirió, como única salvación posible, acercarse al gobierno de Buchanan.

El acuerdo con ese gobierno era, pues, obligatorio para los próceres de Veracruz. No buscarlo implicaba el suicidio no sólo del partido liberal, sino el de la patria. Firmar un acuerdo era quitarle a Buchanan los pretextos que esgrimía, según los cuales la anarquía en

México causaba daños a intereses y vidas estadounidenses: se tenía que buscar un acuerdo y prometer que cesaría la anarquía, haciendo cesiones y concesiones que salvaran quizá no el honor, pero sí la nación.

Antes de analizar el Tratado MacLane-Ocampo, que formalizó ese acuerdo, debemos suscribir la declaración previa de Justo Sierra: “el tratado o pseudo tratado MacLane-Ocampo, no es defendible; todos cuantos lo han refutado lo han refutado bien; casi siempre han tenido razón y formidablemente contra él”. Pero una vez sentado esto, hay que buscar una explicación del tratado, hay que entender las razones por las cuales hombres con un valor civil y un patriotismo como los que caracterizaban a Melchor Ocampo y Benito Juárez firmaron un documento semejante; y por qué Degollado, González Ortega y los grandes caudillos liberales, casi sin excepción, aceptaron esa señal de desesperación, de pérdida de fe de la patria en sí misma. Eso es lo que hay que intentar comprender y la comprensión inicia por la pintura de la situación internacional de entonces.

21. Las supuestas traiciones de Juárez

La figura histórica de Benito Juárez ha estado rodeada siempre por la polémica. Su personalidad y su actuación han sido atacadas fundamentalmente por dos grandes razones: en primer lugar, algunos historiadores, opuestos a la construcción de su estatua de bronce, hicieron un ejercicio crítico, con el cual descalificaron y desecharon las virtudes heroicas y sobrehumanas de don Benito, que le adjudicaba la historia oficial.

Ningún personaje histórico reúne en su persona las cualidades extrahumanas que les atribuyen los constructores de héroes y ninguno, tampoco, resiste el cómodo juicio extemporáneo en el que cayeron muchos de los críticos de Juárez, empezando por el pionero y más inteligente de ellos, Francisco Bulnes, para quien Juárez, en 1857, era un oscuro político de provincia, lento, moderado, oportunista y no muy inteligente, llegado a la cumbre por la protección de Comonfort, y a la Presidencia por una serie de casualidades. Y esto, que podría ser cierto, aunque abstrae a Juárez de su tiempo y circunstancia, para juzgarlo desde una pacífica época posterior, es aderezado por una serie de gravísimas acusaciones de traición a la patria.

Estas acusaciones las comparte el otro grupo de detractores de Juárez, formado por quienes están convencidos de que la moral católica es la única aceptable,

que la fe católica es la base de la identidad mexicana y debe ser el elemento estructurador de la sociedad, y que la Iglesia católica debe ser la institución rectora de la vida pública y privada. Para quienes así piensan, la labor de Juárez y su generación fue destructora y disolvente.

Si se hacen a un lado los juicios que son resultado de la incomprensión de Juárez como hombre de su tiempo, hay que hablar aquí de las acusaciones de traición a la patria. ¿En qué consisten éstas? Se acusa a Juárez de haber solicitado al gobierno de los Estados Unidos un general yanqui que viniera a mandar a todo el ejército de la República Mexicana; de haber ofrecido parte del territorio nacional a los Estados Unidos a cambio de su ayuda material en la lucha contra los conservadores y el Imperio de Maximiliano; de alentar que fuerzas de la marina de los Estados Unidos intervinieran directamente en nuestras contiendas internas, al capturar la escuadrilla fletada en La Habana por el gobierno de Miramón; y de haber firmado un tratado que convertiría a México, para todo fin práctico, en un protectorado o semicolonias de los Estados Unidos.

Los dos primeros cargos son absolutamente falsos y no tienen ningún sustento, fuera de la fértil imaginación de Francisco Bulnes y del encono de los enemigos conservadores de Juárez. La captura de la escuadrilla de Miramón ocurrió efectivamente y se desprende del Tratado MacLane-Ocampo, firmado por el sabio liberal michoacano y ratificado por Benito Juárez. Las acusaciones de traición a la patria no tienen más sustento real que dicho tratado, cuyo contexto explicamos anteriormente y que ahora revisaremos con cuidado,

Juárez. La Rebelión interminable tanto para saber de qué se trata como para apreciar el sustento que tienen las acusaciones hechas a Juárez.

El Tratado MacLane-Ocampo, firmado el 14 de diciembre de 1859 entre Robert MacLane, enviado especial del presidente Buchanan, y Melchor Ocampo, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno mexicano, consta de 11 artículos más dos convencionales. El artículo primero concedía a los ciudadanos y bienes de los Estados Unidos derecho de tránsito a perpetuidad por el Istmo de Tehuantepec; por el artículo tercero, el gobierno mexicano se comprometía a no imponer derechos a las mercancías estadounidenses que transitaran por el Istmo, salvo las dedicadas a consumirse en México; el artículo quinto especificaba que fuerzas de los Estados Unidos, "con el consentimiento o a petición" del gobierno de México, podrían ayudar a la defensa de los puertos y las rutas de dicho Istmo; "sin embargo, en caso excepcional de peligro imprevisto o inminente para la vida o las propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos, quedan autorizadas las fuerzas de dicha república" para obrar en protección de aquellos, sin previo consentimiento.

El artículo sexto concedía libre tránsito de tropas, abastos y pertrechos de guerra de los Estados Unidos por el Istmo de Tehuantepec y entre el puerto de Guaymas y Nogales, Sonora, previo aviso a las autoridades mexicanas; el séptimo cedía a perpetuidad el derecho de paso entre las ciudades de Camargo o Matamoros, por la vía de Monterrey, hasta el puerto de Mazatlán; finalmente, el artículo décimo estipulaba que a manera de compensación por las rentas que el gobier-

no mexicano perdería por semejante acuerdo, recibiría 4 000 000 de pesos, la mitad de los cuales se pagarían al firmar el tratado (dinero que efectivamente puso MacLane en manos del gobierno mexicano).

En eso consiste el célebre tratado, que nunca tuvo vigencia, pues no fue ratificado por el Senado de los Estados Unidos. Su firma fue, como reconoce Fernando Iglesias Calderón en el libro que se titula como este capítulo “imprudente y desacertada”, pero sus estipulaciones “en modo alguno, pueden constituir una traición a la patria”. Según Iglesias Calderón, aunque de haberse ratificado sus consecuencias hubiesen sido muy lesivas para el país, de acuerdo con las leyes nacionales y el derecho internacional, el tratado no constituye traición a la patria, porque no pone en riesgo la soberanía ni la independencia nacionales ni cede palmo ninguno de territorio a otra soberanía: se limita (que no es poco, pero es otra cosa) a dar derecho de paso. Hay que considerar, además, añade el autor al que seguimos, que los tratados internacionales pueden ser denunciados en todo momento por cualesquiera de las partes firmantes.

Tal es, pues, el famoso tratado. Era pésimo, pero ésa es la condición de la alianza con el fuerte. Y dadas las particulares condiciones internas de los Estados Unidos, en vísperas de dividirse en una sangrienta guerra civil, el gobierno de Juárez obtuvo del tratado 2 000 000 de pesos y la captura de la escuadrilla de Miramón sin dar nada a cambio, aunque eso no justifica su firma, que marca el punto más bajo de la vida pública de Benito Juárez y de sus compañeros.

22. Antón Lizardo y Loma Alta

Miguel Miramón apareció el 1 de marzo de 1860 a la vista de Veracruz, al frente de la crema y nata del antiguo ejército. Traía tropas suficientes, bien mandadas y entrenadas, y confiaba en sus hombres, en su pericia y en los dos barcos de vapor, improvisados como buques de guerra, que —atendiendo sus instrucciones— había comprado Tomás Marín en La Habana. El 5 de marzo, los dos barcos pasaron frente a Veracruz para fondear en el puerto natural de Antón Lizardo, desde donde su comandante podía ponerse en contacto con Miramón para combinar el ataque a la capital del gobierno liberal.

El gobierno de Juárez no temía a la escuadrilla conservadora, que podía ser rechazada por la artillería de San Juan de Ulúa y los fuertes, sino a la escuadra española de Cuba, parte de la cual ya estaba fondeada junto a la isla de Sacrificios, claramente dispuesta a intervenir en favor del gobierno conservador, con el que había signado el Tratado Mon-Almonte.

Pero también estaban cerca de Veracruz una escuadrilla francesa, una británica y una estadounidense, y, pensando en ésta, el gobierno liberal apeló a la alianza firmada en el Tratado MacLane-Ocampo, tan válida o tan inválida como la de los conservadores con España. Benito Juárez declaró que los dos barcos comprados por Miramón no podían usar la bandera nacional; por lo tanto, al no tener nacionalidad, eran piratas.

El comandante de los buques conservadores, general Tomás Marín, no enarboló la bandera mexicana cuando pasó frente a Veracruz, ni se detuvo en la isla de Sacrificios, donde habría podido quedar bajo la protección de los cañones españoles. En lugar de eso — como dijimos — continuó hasta Antón Lizardo, donde recibió a los enviados de Miramón y acordó con ellos el inicio del desembarco de las granadas de sitio que había traído de Cuba para los cañones de Miramón.

Mas el Tratado MacLane-Ocampo rindió sus frutos: el comandante de la escuadrilla estadounidense, convencido por los liberales de Veracruz, salió esa misma noche hacia Antón Lizardo en compañía del general Ignacio de la Llave. Llegados frente a los buques conservadores, abrieron fuego contra ellos y, tras breve combate, los capturaron como “buenas presas”, tal como dictaba la ley internacional respecto a los piratas. Cuando los estadounidenses regresaron a la isla de Sacrificios, remolcando ambos buques, los españoles ya no estaban en posibilidad de secundar a un aliado, sino en la disyuntiva de enfrentar a la escuadra de una poderosa nación, con lo que todo el plan de Miramón se vino abajo. Hay que añadir que los dos barcos comprados por Miramón no tenían posibilidad ninguna de forzar las defensas de San Juan de Ulúa: seguramente su deseo no confesado era, que su ataque a las mismas bajo bandera española, provocara la intervención de la flota de aquella monarquía y, junto con ella, probablemente de la marina francesa.

Juárez. La Rebelión interminable

La actuación de la escuadrilla estadounidense, en estricto sentido, era contraria al derecho internacional y los propios tribunales de los Estados Unidos así lo resolvieron, pero en la terrible angustia de la guerra, Benito Juárez no reparó en eso y consiguió darle a su enemigo un golpe que sería definitivo.

Tras perder sus buques (mejor dicho: la posibilidad de que interviniera la marina española), Miramón no podía capturar Veracruz; entonces descargó su despecho bombardeando la plaza hasta agotar el parque de sus cañones de sitio, para regresar al centro del país en abril de 1860, y notar que la situación militar de su partido era angustiosa. Y es que al llevarse las mejores tropas a Veracruz, Miramón había dejado el Bajío y el occidente guardado por reclutas, y la marea liberal había crecido. Los caudillos de la guardia nacional mandaban ejércitos ya fogueados en combate y estrechaban cada vez más el corto espacio vital que conservaba el gobierno establecido en la ciudad de México.

Además, para 1860 en la mayor parte de las ciudades de la República se había formado una fuerte opinión favorable al partido liberal tanto entre la clase media y la embrionaria burguesía artesanal y comercial, como entre los moderados, que habían llegado a aborrecer el intento de dictadura militar y la restauración de las Siete Leyes Constitucionales de 1836, en que pretendía sustentarse el gobierno de Miramón, y se pasaban en bloque al partido liberal. Es decir, que además del agotamiento de los recursos de que los conservadores podían disponer, se estaba formando una fuerte corriente de apoyo, invencible ya, en la base del partido liberal.

Mientras Miramón atacaba Veracruz, Jesús González Ortega formó en Durango un ejército con el que amagó los estados de Zacatecas y San Luis Potosí. Ya entrada la primavera, Pedro Ogazón y Antonio Rojas se apoderaron de Colima y el sur de Jalisco, amén de amenazar a Guadalajara. A fines de abril se produjo la batalla de Loma Alta, que anunció la nueva realidad militar: la victoria la obtuvo la guardia nacional de San Luis Potosí y Zacatecas, que González Ortega puso a las órdenes de José López Uruga, militar profesional, héroe de la guerra contra los Estados Unidos que, recién llegado de Europa, puso su espada a las órdenes del gobierno de Juárez. Tras su victoria, López Uruga ocupó San Luis Potosí y se preparó para marchar hacia el Bajío.

Alarmado, Miramón salió de la capital al frente de sus fuerzas, no sin deshacer antes un intento de golpe militar encabezado por Zuloaga y llevarse a este militar, factor del Plan de Tacubaya, en la impedimenta de su ejército, como una muestra más de las endeble bases legales del gobierno conservador: “Voy a enseñarle a usted cómo se ganan las presidencias”, dijo Miramón a Zuloaga, mostrando así, efectivamente, el meollo de su filosofía política: la punta de la espada.

Los ejércitos de Miramón y López Uruga estuvieron a punto de enfrentarse en el Bajío, pero éste no esperó ahí, sino que marchó hacia Guadalajara, plaza que intentó tomar a viva fuerza sin éxito, en una batalla terrible, en la que lució el temple del general conservador Adrián Woll. En el combate quedaron heridos el

Juárez. La Rebelión interminable imprudente general López Uruga y su joven lugarteniente, Leandro Valle, por lo que el mando del ejército liberal, que se replegó al sur de Jalisco, recayó en Ignacio Zaragoza.

Pero ésa fue la última victoria importante de los conservadores, pues Miramón no pudo destruir a las fuerzas de Zaragoza, reforzadas por Pedro Ogazón, Antonio Rojas y Ramón Corona, por lo que tuvo que encerrarse en Guadalajara. Un mes después, los generales liberales Felipe Berriozábal y Manuel García Pueblita ocupaban el Bajío y la ciudad de Guanajuato, donde Degollado tomó el mando de esas fuerzas; más que el pequeño ejército de Miramón, el mayor obstáculo puesto a la marejada liberal era la crónica falta de recursos y la de un caudillo capaz de derrotar a Miramón en el campo de batalla. El caudillo y los recursos aparecerían en el verano de 1860.

23. Peñuelas, Silao y Calpulalpan

En junio de 1860 empezó el último acto de la guerra de Reforma, cuando Jesús González Ortega derrotó en la batalla de Peñuelas al general Santiago Ramírez, con lo que aseguró el control liberal de todos los territorios del norte. González Ortega, un abogado zacatecano, periodista y poeta, furibundo anticlerical, liberal radical de retórica feroz, romántico y galante, estaba llamado a convertirse en el caudillo victorioso que le hacía falta al partido liberal. Había sido diputado, jefe de la guardia nacional y finalmente gobernador de Zacatecas, tierra de exaltado federalismo. Como todos los jefes liberales, conoció la derrota constante en los campos de batalla: su escuela fue la guerra civil, hasta que culminó su duro aprendizaje al derrotar a Ramírez en Peñuelas. Ya no habría militar conservador capaz de vencerlo en el campo de batalla. Como López Uruga después de Loma Alta, González Ortega liberó a todos los prisioneros: la guerra —él lo sabía— se acercaba a su fin y había que pensar en la reconciliación nacional.

La batalla de Peñuelas dejó al pequeño ejército que tenía Miramón en Guadalajara en una situación sumamente comprometida, amagado desde el sur por Ignacio Zaragoza, desde el norte por Jesús González Ortega y desde el oriente por Santos Degollado. El caudillo conservador se movió hacia el Bajío para enfren-

Juárez. La Rebelión interminable
tarlos y dejó en Guadalajara una división al mando de Severo del Castillo.

Jesús González Ortega reunió bajo su mando las fuerzas de Zaragoza, Antillón, Doblado, Berriozábal, García Pueblita y otros connotados jefes liberales, mientras Pedro Ogazón amagaba Guadalajara para evitar que Castillo auxiliara a Miramón. La cita entre el abogado zacatecano, fogueado en la dura escuela de los reveses militares, y el hasta entonces invicto caudillo conservador, se concertó en los llanos aledaños a Silao, Guanajuato, el 10 de agosto de 1860.

Esa batalla campal, en la que se derrochó valor por ambos bandos, terminó con la destrucción del ejército de línea tan trabajosamente construido y entrenado por Miramón, y con la fuga de este jefe hacia la ciudad de México. En manos de González Ortega quedaron la artillería y la impedimenta de los conservadores, así como multitud de prisioneros a los que, en un nuevo alarde de generosidad, liberó el caudillo zacatecano.

La victoria liberal fue tan completa que la guerra podía haberse acabado con una rápida marcha a la ciudad de México, pero González Ortega carecía por completo de los recursos necesarios para movilizar una gran masa de gente armada, lo que dio tiempo a Miramón de hacer un último gran esfuerzo para formar un ejército en la ciudad de México.

Esa carencia de recursos se solucionó cuando Manuel Doblado y Santos Degollado resolvieron apoderarse de una conducta de carros que transportaba dinero de comerciantes extranjeros. Con ese dinero, Gon-

zález Ortega movió su ejército a Guadalajara, reunió las fuerzas de Doblado, Zaragoza, Valle, Ogazón, Régules, Huerta, Aramberri y otros jefes, mientras el general Felipe Berriozábal retrocedía de Querétaro a Guadalajara al ritmo del avance de una columna conservadora enviada desde la ciudad de México para auxiliar la capital de Jalisco, columna que tenía por jefes a Leonardo Márquez y Tomás Mejía.

En esas circunstancias, difíciles pero esperanzadoras para la causa liberal, el general Santos Degollado, de forma incomprensible, propuso una solución negociada de la guerra que pasara por la deposición de Benito Juárez y la suspensión de la Constitución de 1857. Los jefes liberales que sitiaban Guadalajara reprobaron la conducta de este caudillo y desde Veracruz se dispuso su cese como comandante en jefe del ejército federal, orden aceptada y aplaudida por todos los próceres que hasta entonces, durante más de dos años, habían aceptado su mando indiscutible.

La remoción de Degollado permitió el ascenso definitivo de Jesús González Ortega al puesto de jefe supremo del ejército federal. En esas circunstancias ya no era necesario el infatigable organizador y galvanizador de masas que era Degollado; en su lugar, se requería un caudillo capaz de conducir a los liberales a la victoria, y ése fue González Ortega.

Cuando Márquez ya estaba cerca de Guadalajara, el general Zaragoza, jefe del ejército liberal por enfermedad de González Ortega, logró tomar esa plaza a viva fuerza para destruir de inmediato la división de

Juárez. La Rebelión interminable
Leonardo Márquez, tras lo cual los conservadores quedaron reducidos a las ciudades de México y Puebla.

A lo largo del mes de noviembre, las fuerzas liberales avanzaron sobre la ciudad de México desde todos los rumbos. No obstante, Miramón obtuvo todavía una sorprendente victoria en Toluca, como consecuencia de la cual capturó a los generales Degollado y Berriozábal, pero la suerte de sus armas ya era insuficiente frente al avasallador movimiento de los ejércitos liberales. A pesar del desastre de Toluca, Jesús González Ortega reunió, en la entrada del valle de México, un ejército de 16 000 hombres de las guardias nacionales de Zacatecas, San Luis Potosí, Jalisco, Guanajuato y Michoacán, además de los nortños de Zaragoza y Aramberri.

Con enormes esfuerzos y reuniendo todos sus recursos, Miramón salió de la ciudad de México al frente de 8 000 soldados, que el 22 de diciembre avistaron a las fuerzas liberales en los llanos de San Miguel Calpulalpan, donde, tras reñido combate, se hicieron humo las últimas fuerzas conservadoras, resto final del ejército de línea que durante tres décadas había sido, junto con la Iglesia, el principal factor de la vida pública nacional.

Totalmente vencidos, Miramón, Márquez y Zuloaga entregaron el gobierno de la ciudad de México al valiente general Felipe Berriozábal, quien hasta ese momento había sido su prisionero, y abandonaron la capital de la República. El 1 de enero de 1861 los 28 000 hombres del ejército liberal realizaron un desfile triunfal por las calles de la ciudad de México, encabezados

por González Ortega y los jóvenes caudillos Ignacio Zaragoza y Leandro Valle. Al llegar la cabeza del desfile al hotel donde se alojaban los generales Degollado y Berriozábal, Jesús González Ortega los hizo bajar y entregó el estandarte de mando a don Santos, tras abrazarlo entre los vítores de la multitud. También fueron incorporados al desfile los señores Melchor Ocampo, José María Mata e Ignacio de la Llave, recién llegados de Veracruz en representación del presidente Juárez.

Mucho menos brillante y emotiva que el desfile encabezado por González Ortega fue la entrada del presidente Benito Juárez a la capital de la República, en una humilde calesa y con modesta escolta. No obstante, era él quien había hecho posible el triunfo liberal y era en su persona en la que seguían depositados los poderes legítimos.

24. Miseria de la victoria

El 10 de enero de 1861, desde la villa de Guadalupe-Hidalgo y en vísperas de entrar a la ciudad de México, el presidente Juárez dirigió un Manifiesto a la Nación, que llamó la atención por la claridad con la que expresaba su política, liberal y reformadora, y por la amnistía tan amplia como era posible que ofrecía a los conservadores.

Ese año parecía abrirse con el triunfo definitivo de los liberales. Tras la aprobación de las leyes de Reforma, la causa liberal adquirió claramente el carácter de una revolución, en la que finalmente triunfaron los ejércitos populares, encabezados por caudillos ajenos en su mayoría a la carrera militar, pues eran abogados, periodistas o artesanos que, obedeciendo a las inspiraciones de su conciencia, se lanzaron a la lucha.

Restablecido el imperio de la ley en todas las ciudades de la República, quedaba resuelto para siempre el problema de la separación de la Iglesia y el Estado, que tantos males había causado a la nación. Muchos de los jefes conservadores se sometieron al gobierno de Juárez y parecía que la guerra civil había terminado.

El 21 de enero Benito Juárez organizó el más radical de todos sus ministerios, con Francisco Zarco en Relaciones Exteriores, Pedro Ogazón en Gobernación,

Guillermo Prieto en Hacienda, Ignacio Ramírez (El Ni-gromante) en Justicia, Miguel Auza en Fomento y Je-sús González Ortega en Guerra. Al mismo tiempo, se declaró terminado el estado de sitio y excepción, con lo que se restablecieron las garantías individuales, y se anunció la convocatoria a elecciones federales.

Respecto a los conservadores vencidos, la opi-nión del gobierno fue clara y vehemente, y aunque pa-recía contradictoria con la amnistía ofrecida por Juárez 11 días antes, en realidad respondía al hecho de que guerrillas conservadoras continuaban en armas, negán-dose a someterse. El programa de gobierno expresaba que no podía perdonárseles simplemente, pues duran-te tres años habían formado una numerosa gavilla ile-gal, que ensangrentó al país. No habría represalias ni venganzas, pero se aplicaría la ley con toda severidad.

Como de costumbre, la mayor dificultad del go-bierno consistía en la completa carencia de los recursos necesarios para llevar a cabo la reorganización social prevista en la Constitución y las leyes de Reforma. El ministro Guillermo Prieto presentó a la opinión públi-ca un informe de la situación económica, en la que se veían completamente empeñados los ingresos de las aduanas y comprometidos los recursos del Estado en empréstitos onerosos contratados por el gobierno con-servador, principalmente uno que traería grandes ma-les, contratado con el banquero suizo Jecker. Esa falta casi total de recursos impidió también acabar con las guerrillas conservadoras.

La campaña electoral dividió al partido liberal: frente a la candidatura natural de Juárez se presentó la

Juárez. La Rebelión interminable de Miguel Lerdo de Tejada, a quien muchos consideraban el verdadero motor de las leyes de Reforma. Cuando una epidemia cobró la vida de Lerdo, sus partidarios postularon al general Jesús González Ortega, quien renunció a la Secretaría de Guerra mediante una carta de censura a la política de Juárez. El presidente contestó con dureza y muchos pensaron que se consumaría la ruptura entre ambos personajes, pero el patriotismo del caudillo zacatecano y la dignidad del presidente se conjugaron para mantener precariamente la unidad del partido liberal.

El 9 de mayo se instaló el Congreso recién electo, al que Juárez presentó un panorama de la situación, sin maquillarla ni disimular los graves problemas a que se hacía frente, pero agradeciendo al mismo tiempo por el triunfo alcanzado y la restauración del orden constitucional:

Encargado del Ejecutivo en los momentos en que [se hundía] la República en los horrores de la guerra civil, siempre anhelé como única recompensa de mis afanes durante la lucha, que la Providencia me concediera la satisfacción de presenciar el triunfo del pueblo mexicano y la restauración completa del orden constitucional.

Disfruto en este momento esa satisfacción, al veros reunidos para ejercer libremente, conforme a la Constitución, el poder Legislativo, como representantes del pueblo.

Continuaba Juárez explicando los esfuerzos hechos por el Ejecutivo a su cargo para conseguir la reunión del Legislativo, aunque ya no en la situación de 1857, sino en una más halagüeña, pues en el ardor de la lucha,

el pueblo sintió la imperiosa necesidad de no limitarse a defender sus legítimas instituciones, sino de mejorarlas, de conquistar nuevos principios de libertad, para que el día del vencimiento de sus enemigos no volviese al punto de partida de 1857, sino que hubiera dado grandes pasos en la senda del progreso y afianzado radicales reformas que hicieran posible el derrumbamiento de sus instituciones.

Y tras explicar de manera somera la situación de la República, en uno de sus escasos arranques de entusiasmo, concluía así: “¡Ojalá y hoy comience una nueva era que no tenga término, en que reine sólo la legalidad!”.

Con este discurso, Juárez presentaba un balance de las acciones de su gobierno durante la guerra civil, declaraba que la crisis había pasado; anunciaba la reanudación del orden constitucional, con lo que cesaban las facultades extraordinarias de que estaba investido desde enero de 1858. Pero estos anuncios, que suscitaron una oleada de optimismo, fueron destruidos por la realidad de una guerra civil que se negaba a extinguirse, y por las medidas radicales que tuvo que tomar el gobierno para hacer frente a la virtual bancarrota del Estado.

25. Ocampo, Degollado y Valle

A la instalación del Congreso de la Unión, el 9 de mayo de 1861, siguió la renuncia del gabinete encabezado por Francisco Zarco. Juárez designó a León Guzmán como jefe del nuevo ministerio, del que formaban parte Joaquín Ruiz e Ignacio Zaragoza. Guzmán y Ruiz habían colaborado con Juárez al principio de la guerra civil, y fueron hombres clave en la redacción y discusión de la Carta de 1857, por lo que, aunque de talante más moderado que Zarco, se comprendía que su política sería la misma: pacificar el país, aplicar las leyes de Reforma y hacer frente a la carencia de recursos.

Mientras la falta de recursos impedía la eficaz persecución de las guerrillas conservadoras y en el Congreso se discutía la pertinencia de suspender las garantías individuales y otorgar a Juárez amplias facultades, el 1 de junio se conoció un suceso que conmovió al partido liberal entero: el guerrillero conservador Lindoro Cajiga aprehendió a Melchor Ocampo en su hacienda de Pomoca, Michoacán, en donde vivía retirado de la política, y lo entregó a Félix Zuloaga, quien seguía diciéndose presidente aunque no tuviera más mando que el de pequeñas partidas guerrilleras. Leonardo Márquez y otros cabecillas exigieron el inmediato fusilamiento del prisionero; Zuloaga intentó conducirlo a un consejo de guerra, pero fue desobedecido y el sabio liberal, ideólogo de la Refor-

ma, fue ejecutado el 3 de junio. Avisado de la decisión, Ocampo pidió pluma y papel para redactar con mano segura un sencillo testamento. Tras eso, el sabio michoacano se negó a recibir los consuelos espirituales, repartió 40 pesos entre los soldados encargados de fusilarlo, les rogó que apuntasen bien, y murió con la tranquilidad de un hombre de bien.

Enorme impresión causó la ejecución de Ocampo, un hombre que en su vida pública se había caracterizado por su clemencia y su generosidad. Se propusieron las medidas más violentas y la Cámara aprobó un decreto por el cual declaró “fuera de la ley y de toda garantía en sus personas y sus propiedades” a Félix Zuloaga, Leonardo Márquez, Tomás Mejía, José María Cobos, Juan Vicario y Lindoro Cajiga, y ofreció 10 000 pesos en recompensa por cada uno de ellos.

En la misma sesión de la Cámara se presentó Santos Degollado, sometido a proceso por su intento de negociación con los conservadores, a través del consulado británico, en los últimos meses de la guerra. El héroe de las derrotas pidió al Congreso permiso para salir a combatir a los asesinos de Ocampo, y el Congreso lo autorizó tras una enconada discusión. Trece días después de la ejecución de Ocampo, Degollado encontró la muerte en combate contra los guerrilleros conservadores, que rindieron a su cuerpo solemnes exequias. Y una semana más tarde, en el Monte de las Cruces, cayó preso de Leonardo Márquez el joven caudillo liberal Leandro Valle, quien fue fusilado de inmediato sin formación de causa.

Juárez. La Rebelión interminable

La muerte sucesiva de dos de los más ameritados generales liberales dio nuevas fuerzas a las guerrillas conservadoras, que el 25 de junio atacaron la ciudad de México y, aunque fueron fácilmente rechazadas por el general Anastasio Parrodi, mostraron su audacia y disposición, y fortalecieron sus posiciones en un amplio semicírculo en torno a la capital, que incluía las lomas de Tacubaya y las poblaciones de Tlanepantla, Cuautitlán y Teotihuacán. Sin atender a su rivalidad política con González Ortega, sino al interés de la República, el presidente Juárez reunió todos los recursos disponibles y los puso a las órdenes del caudillo zacatecano, quien salió en persecución de Márquez.

No sin trabajos, en julio mejoró de manera notable la situación militar gracias a una serie de éxitos parciales obtenidos por la división que mandaban Felipe Berriozábal y José María Arteaga, y por las fuerzas de González Ortega y Parrodi. Estos triunfos parciales fueron coronados por la victoria sobre Márquez en Jalatlaco, el 14 de agosto, en la que los conservadores perdieron toda su artillería y casi todo su armamento. Y aunque el triunfo de las fuerzas del gobierno aflojó considerablemente la presión, al acabar con la capacidad operativa de los guerrilleros conservadores, para entonces estos ya no eran la principal causa de problemas, porque sobre la República se cernía la amenaza de la intervención extranjera.

Mientras se libraban esas acciones de armas, el Congreso continuaba sesionando y el 11 de junio declaró a Juárez presidente constitucional. Unos días des-

pués el general Jesús González Ortega fue nombrado, por el mismo Congreso, presidente de la Suprema Corte de Justicia, cargo que llevaba adjunto el de vicepresidente de la República.

Al tomar posesión de la Presidencia constitucional, Benito Juárez prometió servir bien y lealmente a la República, dentro del marco de las leyes y no de manera dictatorial, como lo había hecho durante la guerra civil, obligado por las circunstancias. Entonces, ya que las instituciones se habían restablecido, sometía sus actos al examen de los representantes de la nación, aunque sentía que el voto popular que lo acababa de llevar a la primera magistratura era un voto de confianza que le daba el pueblo. Sin embargo, la situación era muy complicada y amenazaba agravarse —explicó Juárez a los diputados—, sin tratar de suavizar las dificultades existentes, al exponer los puntos que serían la guía de su gobierno:

Fijaré como punto principal de mi política, la resolución invariable en que estoy, de respetar y hacer que sean respetadas la ley y los fueros de la autoridad. No me permitiré un solo acto que conculque derechos legítimos; pero seré severo e inexorable con los transgresores de la ley y con los perturbadores de la paz pública.

Profundamente convencido de que la Constitución de 1857 es la expresión de la voluntad nacional, la he sostenido con lealtad y la seguiré sosteniendo con la misma constancia que hasta aquí.

Juárez. La Rebelión interminable

Las leyes de Reforma [...] serán respetadas por mi administración, y cuidaré que tengan completo desarrollo, haciendo todos los esfuerzos que quepan en mi posibilidad para que la Revolución democrática y regeneradora, que la nación está ejecutando, siga su camino de conquistas sociales y humanitarias.

Yo no reconozco otra fuente de poder que la opinión pública. Mi afán será estudiarla, mi invariable empeño sujetarse a sus preceptos. A los hombres que están al frente de ella toca ilustrarme y advertirme; y mi mayor satisfacción será obsequiar las indicaciones que me hagan, fundadas en la justicia y la razón.

26. La suspensión de pagos

La toma de posesión de Juárez como presidente constitucional no resolvió los conflictos internos del partido liberal; de hecho, la intransigencia del Congreso y las enormes facultades que tenían los diputados causaron la tercera crisis ministerial del año, que se resolvió el 3 de julio, cuando entró en funciones un gabinete encabezado por Manuel María de Zamacona. Para entonces, los gastos militares y el servicio de la deuda externa habían llevado al gobierno a una auténtica bancarrota.

A efectos de resolver el problema económico, Benito Juárez y sus colaboradores encontraron una fórmula que afectaría drásticamente la vida de México. El 17 de julio de 1861 el gobierno, asediado por las guerrillas conservadoras que el mes anterior habían cobrado las vidas de Ocampo, Degollado y Valle; dividido por los conflictos entre las diversas facciones del partido liberal, paralizado por la rivalidad entre los poderes Ejecutivo y Legislativo y al borde de la quiebra, recurrió a un expediente grave y extraordinario: suspender por el término de dos años todos los pagos de las deudas interna y externa.

Apenas tuvieron conocimiento del decreto, el ministro inglés en México, Charles Wyke, y el francés, Pierre Dubois de Saligny, exigieron la revocación del decreto e incluso pusieron al gobierno una fecha límite

Juárez. La Rebelión interminable para hacerlo: el 25 de julio. Como no era posible satisfacer materialmente esas exigencias, ni decoroso aceptar un ultimátum semejante, el 25 de julio ambos diplomáticos declararon rotas las relaciones entre sus países y el nuestro.

También le debíamos a Estados Unidos, pero esa deuda sería arreglada por una convención bilateral de reclamaciones y, por lo tanto, no urgía; menos aún desde abril de 1861, cuando empezó la terrible guerra de Secesión, que bañaría en sangre a nuestros vecinos, impidiéndoles intervenir en las cuestiones mexicanas. Finalmente, le debíamos a España, pero la mayor parte de esa deuda surgía de compromisos del gobierno tacubayista, que Juárez no reconocía. España había sido una amenaza constante para el gobierno liberal y a principios de 1861 Francisco Zarco había expulsado al embajador español, Joaquín Francisco Pacheco, por la notoria y activa ayuda que había prestado a Miramón, aunque, al hacerlo, se cuidó de no lesionar el honor de España, así que nuestro gobierno estaba aún a la espera de la respuesta española.

A Juárez le preocupaba la reacción de la corona española, pero no se le temía excesivamente: era una potencia en declive y su intervención directa galvanizaría los ánimos populares y uniría a la nación en torno al gobierno. El catolicismo antidemocrático de la corona española, sus aspiraciones de imponer en México una monarquía, la simpatía de los liberales mexicanos por los patriotas cubanos que buscaban la independencia de la isla, todo, en fin, hacía de México y España ene-

migos posibles. Mayores eran las deudas con Gran Bretaña y Francia, pero menos se temía su intervención, pues para los juaristas, ambas potencias eran ejemplo de democracias liberales.

Pero lejos de esa imagen romántica, eran también potencias imperialistas en expansión. A la Francia la gobernaba un aventurero, que llegó a la presidencia gracias a la fuerza de su apellido, Bonaparte, y que, instalado en ella, dio un golpe de Estado mediante el cual intentó reconstruir, como caricatura, el trono imperial de su tío, Napoleón el Grande. Este aventurero, este conspirador, Luis Bonaparte, que se hizo llamar Napoleón III, había llevado la guerra a tres continentes y pretendía expandir los intereses franceses a la América continental, confiando en la exagerada idea de las riquezas de México y en la versión, también exagerada, de la fuerza de un partido conservador que vería con buenos ojos una monarquía bajo la protección de las armas francesas.

Y es que en Europa había mexicanos que desde años atrás conspiraban en aras de la instalación de una monarquía en México bajo la protección de España o Francia. José Manuel Hidalgo redactó el plan de ese protectorado, presentándoselo al gobierno español, en tanto que José María Gutiérrez Estrada, autor de la Carta monárquica propuesta a Santa Anna años atrás, convenció a la emperatriz francesa (nacida española) de respaldar sus planes. Hidalgo y Gutiérrez Estrada buscaban afanosamente la participación activa de Napoleón III.

Juárez. La Rebelión interminable

Para empeorar la situación, el embajador francés en México, Pierre Dubois de Saligny tenía intereses particulares en uno de los más dudosos negocios del gobierno de Miramón: el crédito contratado con el banquero suizo Jecker, que endeudaba al país con una emisión de bonos de quince millones, a cambio de 750 mil pesos entregados a Miramón. Este negocio, a todas luces fraudulento, fue rechazado de plano por el gobierno de Juárez, en tanto que Napoleón III lo dio por bueno, pues le serviría como pretexto para enmascarar sus objetivos imperiales.

Ésa era la situación cuando llegaron a París, Madrid y Londres las noticias de la suspensión de pagos y de la ruptura de relaciones entre las potencias y México. Los tenedores de bonos de la deuda, sobre todo los del empréstito Jecker, presionaron a sus gobiernos. Napoleón III, que tenía varios años escuchando las propuestas de Gutiérrez Estrada y José Manuel Hidalgo, decidió que llevar a México una monarquía moderada con un príncipe europeo permitiría a Francia extender su imperio a América continental. Como el emperador francés, la corona española creía que en México había un poderoso grupo monárquico que sólo necesitaba una pequeña ayuda. La corona británica, cuyo interés fundamental era cobrar sus adeudos (que le permitirían mantener el control económico sobre nuestro país), convocó a los representantes de Francia y España, que el 31 de octubre de 1861 firmaron la Convención de Londres, por medio de la cual concertaron una acción común para enviar a México fuerzas combinadas de mar

y tierra, a fin de obligar a nuestro gobierno a garantizar la seguridad de los súbditos de las tres potencias firmantes y asegurar el pago de las deudas respectivas.

El gobierno de Juárez desplegó una fuerte labor diplomática. El ministro De la Fuente explicó en persona al emperador de los franceses la terrible situación mexicana y presentó la suspensión como medida temporal, emergente y cuidadosamente estudiada; el canciller Zamacona buscó desesperadamente un acuerdo por separado con la corona británica, pero sólo consiguió el descrédito de su gabinete y otra crisis ministerial, la que se resolvió en diciembre, cuando el Congreso aprobó la formación de un gabinete encabezado por Manuel Doblado, y otorgó, además, facultades extraordinarias al presidente Juárez para resolver la situación: ya era tiempo, porque el 10 de diciembre la escuadra española estaba a la vista del puerto de Veracruz.

27. Manuel Doblado y Juan Prim

El 17 de diciembre de 1861 el gobernador de Veracruz, general Ignacio de la Llave, cedió a la fuerza y entregó la fortaleza de San Juan de Ulúa y el puerto de Veracruz a la poderosa escuadra española llegada de Cuba. Por tercera vez en 23 años, el principal puerto del país era ocupado por un ejército extranjero. México quedó así frente a frente con las tres potencias europeas. Era demasiado para una nación débil militarmente, de pobreza crónica, agudizada por la reciente guerra civil, y profundamente dividida, pues algunos conservadores decidieron respaldar los planes del emperador de los franceses.

Al día siguiente de la ocupación de Veracruz, el presidente Juárez, a quien el Congreso de la Unión acababa de otorgar facultades extraordinarias, expidió un Manifiesto a la Nación en el que contó a los mexicanos, en un tono digno y mesurado, la historia de la deuda con España, mostrando que faltaba la razón a los españoles y que el conflicto se debía a la aparente debilidad del Estado mexicano que los europeos querían aprovechar, y advirtió:

Si la nación española encubre otros designios bajo la cuestión financiera y con motivo de infundados agravios, pronto serán conocidos. Pero el gobierno, que

debe preparar a la nación para todo evento, anuncia como base de su política que no declara la guerra, pero que rechazará la fuerza con la fuerza hasta donde sus medios de acción se lo permitan. Que está dispuesto a satisfacer las reclamaciones que se le hagan, fundadas en justicia y en equidad, pero sin aceptar condiciones que no puedan admitirse sin ofender la dignidad de la nación o comprometer su independencia.

La ocupación de Veracruz y la firme actitud del gobierno de Juárez galvanizaron a los soldados liberales, que en el transcurso del mes de diciembre derrotaron a las principales guerrillas conservadoras hasta reducirlas a su mínima expresión. Con esa nueva posición de fuerza y con las facultades extraordinarias otorgadas por el Congreso, el presidente Juárez se preparó para negociar con los enviados especiales de las potencias europeas, que acompañaban a sus fuerzas de desembarco, al mismo tiempo que ordenaba la reunión de cuantos elementos militares fueran posibles para formar, con los que ya estaban listos para el servicio, el Ejército de Oriente, puesto a las órdenes del general José López Uraga, quien bloqueó por tierra la plaza de Veracruz, haciendo pasar serias dificultades a los españoles por falta de víveres.

A principios de enero de 1862 llegaron a Veracruz las escuadras francesa e inglesa, y desembarcaron los representantes de las tres potencias: el general Juan Prim, conde de Reus y marqués de los Castille-

Juárez. La Rebelión interminable jos, por España; Sir Charles Wyke por Gran Bretaña; y el almirante Jurien de la Gravière por Francia, que poco después fue sustituido por el hostil ex embajador Dubois de Saligny. La primera declaración de Prim al pisar nuestro suelo fue prudente, respetuosa y moderadamente elogiosa para México, y esa sola declaración, en medio de las innumerables e injustificadas injurias que los extranjeros habían pronunciado en los últimos meses, hizo simpático al general español a los ojos de los mexicanos.

En uso de las facultades extraordinarias de que estaba investido, el general Prim convenció a los enviados de Inglaterra y Francia de firmar un manifiesto conjunto que rebasaba las instrucciones de los ingleses, que los franceses sólo firmaron para no separarse de sus aliados, y que los conservadores mexicanos vieron como un abandono del sencillo plan que preveían, que estaba conforme con las instrucciones de Napoleón III. Ese plan disponía el inmediato avance de las fuerzas combinadas hacia la ciudad de México para derribar a Juárez; en cambio, el manifiesto redactado por Prim abría una posibilidad que frustraba los deseos de los conservadores y de los franceses: el reconocimiento virtual del gobierno de Juárez como un interlocutor válido.

Entre tanto, las enfermedades tropicales aparecieron, y muchos ingleses y franceses empezaron a sufrir las enfermedades tropicales. También se presentaron los conflictos entre los plenipotenciarios, pues Prim y Wyke se negaron a introducir en el ultimátum conjunto, que se presentaría al gobierno de México, el

leonino y escandaloso negocio Jecker, defendido interesadamente por Dubois de Saligny.

El presidente Juárez recibió el ultimátum el 20 de enero y respondió con prudencia y moderación, a la vez que con firmeza. Explicó a los plenipotenciarios que todos los estados de la federación mexicana respaldaban al gobierno constitucional, como consecuencia de la voluntad general “que conquistó la reforma después de la Revolución”. El país tenía pues un gobierno constituido por la ley y reconocido por el pueblo, por lo que carecía de objeto la misión “civilizadora” que pretendían los europeos. En cuanto a las reclamaciones, el gobierno se declaró dispuesto a negociar y a cumplir con las exigencias justas, para lo cual invitaba a los representantes extranjeros a esperar en Orizaba a los comisionados del gobierno nacional.

Hubo todavía algunas notas diplomáticas intercambiadas entre nuestro gobierno y los plenipotenciarios, a quienes urgía cada vez más sacar a sus hombres de las zonas malsanas, y por fin, el 19 de febrero de 1862 nuestro canciller, el general Manuel Doblado, y el plenipotenciario español, general Juan Prim, firmaron los preliminares de la Soledad, ratificados por el presidente Juárez y los enviados inglés y francés.

En los preliminares, también llamados acuerdos Prim-Doblado, se fijaba claramente que México tenía un gobierno legal, legítimo y lo bastante fuerte como para enfrentar los problemas internos del país, por lo que era innecesaria la misión civilizadora que se arrogaban las tres potencias y “el auxilio que tan benévolamente

Juárez. La Rebelión interminable han ofrecido al pueblo mexicano”. De lo que se trataba, por lo tanto, era de entrar “en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones”.

Según el acuerdo, las negociaciones se efectuarían en Orizaba y, mientras durasen, las fuerzas españolas, inglesas y francesas ocuparían las ciudades de Orizaba, Córdoba y Tehuacán, estipulándose que en el caso de ruptura de las negociaciones, las fuerzas aliadas desocuparían esas poblaciones y regresarían a Veracruz, quedando sus hospitales bajo la salvaguardia de la nación mexicana.

En una carta al gobernador de Guanajuato, Juárez explicó la trascendencia de los acuerdos:

Mi querido amigo. Oficialmente remito a usted los preliminares que se han celebrado entre el señor ministro de Relaciones y los señores comisarios de las potencias aliadas. Como verá usted, se salvan la independencia y la soberanía de la nación, así como nuestras actuales instituciones, por eso no he vacilado en aprobarlos. Creo que es lo mejor que podíamos conseguir, atendidas nuestras actuales circunstancias.

28. El inicio de la intervención francesa

Los acuerdos Prim-Doblado pusieron a México a la altura de los estados soberanos, dejando nuestra dignidad a salvo; pero además, por medio de ellos nuestro gobierno ganó dos meses, que aprovechó al máximo para imponer contribuciones, a fin de financiar al ejército, declarar el estado de sitio en los territorios hostilizados por las guerrillas conservadoras, y aumentar la fuerza del Ejército de Oriente, a cuya cabeza puso al general Ignacio Zaragoza en sustitución de López Uruga, que expresó sus dudas sobre la capacidad militar de la nación. Al mismo tiempo, se verificaba la concentración de la guardia nacional de los estados del norte, bajo la diligente actividad del general Jesús González Ortega.

Gracias a la generosidad y nobleza de Juan Prim, que en los 45 días que llevaba en México había entendido la realidad política de la nación, y merced al patriotismo y la entereza de Benito Juárez y Manuel Doblado, se afirmó frente a los enviados de esas potencias la soberanía nacional, la legitimidad del gobierno emanado de la Constitución de 1857, y se dio un paso fundamental para desarticular la Convención de Londres y desmascarar los ocultos designios de los franceses.

Pero además del tiempo ganado para México, se salvó la vida de numerosos soldados franceses, ingleses y españoles, a los que ya les acometía la fiebre amarilla.

Juárez. La Rebelión interminable

Los franceses, sobre todo, hicieron una marcha penosísima de Veracruz a Tehuacán, con un elevado porcentaje de soldados aquejados de enfermedades malignas. Los propios observadores extranjeros comprendieron que, en esas condiciones, los franceses habrían podido ser fácilmente destruidos por los guerrilleros mexicanos habituados al trópico. Mes y medio de estancia en el saludable clima de Tehuacán los puso en estado de combatir.

En marzo llegaron a tierras mexicanas otros 4 500 franceses, comandados por el general Charles Latrille, conde de Lorencez, con la orden de avanzar hacia el centro de México tan pronto como fuera posible, y los comisionados franceses Saligny y Gravière buscaron afanosamente la ruptura de las negociaciones con el gobierno mexicano, para que sus fuerzas militares pudieran acatar las órdenes de su emperador.

Con Lorencez llegó el general conservador Juan N. Almonte, con la intención de convertirse en la parte mexicana de los planes de Napoleón III. Almonte se entrevistó con el general Prim y el comodoro Dunlop, jefe de las fuerzas británicas, manifestándoles que contaba con su apoyo para derribar al gobierno mexicano y establecer una monarquía. Prim declaró que su opinión era enteramente opuesta a semejante proyecto. El silencio británico fue igualmente significativo, pues aquella potencia no tenía ningún interés en favorecer los desig-nios franceses.

Así las cosas, con las instrucciones que traía Lorencez, la presencia de Almonte y la actitud altanera

y provocativa de Dubois de Saligny, la ruptura de la Convención de Londres era sólo cuestión de tiempo. Prim explicó a su gobierno, en una extensa carta, que la situación pintada por los conservadores emigrados a las cortes de Madrid y París era completamente falsa y mostró la realidad de la situación mexicana, las enormes dificultades de una campaña de conquista, la legitimidad del gobierno de Juárez, así como la segura incompatibilidad futura entre las ambiciones francesas y los propósitos españoles, y obtuvo la autorización para su política de entendimiento con México.

La ruptura de la alianza se consumó el 9 de abril, cuando Saligny y Gravière, en una conferencia con Charles Wyke y Juan Prim, se negaron a retirar el apoyo francés al general Almonte y a otros conservadores mexicanos puestos fuera de la ley por el gobierno de Juárez, y argumentaron, además, que en lugar de reparar los ultrajes inferidos a los extranjeros, el gobierno de Juárez había aumentado la tiranía, violencia y arbitrariedad con que trataba a los súbditos europeos, por lo que el tiempo de las negociaciones y los miramientos había pasado, y era el momento de romper las hostilidades y derrocar al gobierno mexicano.

El general Prim, apoyado por Wyke, declaró que las afirmaciones de los comisionados franceses eran falsas e injustas y, tras agria discusión, ambos declararon que la actitud francesa violaba la Convención de Londres y los preliminares de la Soledad, por lo que se retirarían con sus tropas del territorio mexicano.

Disuelta la triple alianza, los plenipotenciarios lo comunicaron al gobierno de México, informándole

Juárez. La Rebelión interminable que los españoles iniciarían de inmediato su reembarco y que las fuerzas francesas se concentrarían en Paso Ancho, como lo estipulaban los preliminares de la Soledad, tan pronto como se retiraran los españoles. Manuel Doblado contestó que lamentaba los hechos y declaró su decisión de entrar de inmediato en pláticas con los representantes de Inglaterra y España para resolver las justas demandas que le plantearan.

En cuanto a la injustificable conducta de los señores comisarios del emperador de los franceses — decía la nota de Doblado — el gobierno mexicano se limita a repetir [que] México hará justicia a todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes, pero defenderá hasta el último extremo su independencia y soberanía, y sin aceptar nunca el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza, y defenderá hasta derramar la última gota de sangre mexicana las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo: la independencia y la reforma.

El presidente Juárez reforzó estos conceptos mediante un Manifiesto a la Nación publicado el 12 de abril, que terminaba con un exhorto vigoroso:

Mexicanos: el supremo magistrado de la nación, libremente elegido por vuestros sufragios, os invita a secundar sus esfuerzos en la defensa de la Independencia; cuenta para ello con todos vuestros recur-

sos, con toda vuestra sangre, y está seguro de que siguiendo los consejos del patriotismo, podremos consolidar la obra de nuestros padres [...]

Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos y unidos salvaremos la Independencia de México, haciendo triunfar no sólo a nuestra patria, sino los principios de respeto e inviolabilidad de la soberanía de las naciones.

Ya dispuestos ambos bandos para la guerra, los franceses violaron uno más de sus compromisos: tras retirarse a Orizaba, el general Lorencez emprendió una serie de maniobras para no regresar a las posiciones acordadas en los preliminares de la Soledad, e iniciar la campaña contra México desde la tierra templada y no desde la insalubre.

El 19 de abril de aquel año de 1862 se rompieron las hostilidades entre nuestro país y Francia, cuando fuerzas francesas desarmaron a parte de una pequeña fuerza mexicana en las cercanías de Fortín de las Flores. Desde ese momento, nuestro país estaba en guerra con la entonces mayor potencia militar del planeta.

29. El 5 de mayo

Al iniciar la campaña contra el gobierno mexicano, en abril de 1862, el ejército francés estaba considerado el mejor del mundo y llegaba a México precedido por una enorme fama guerrera, conquistada en memorables campañas, lo mismo en las ardientes arenas del desierto del Sahara, que en las nieves de la península de Crimea. Mediante esas brillantes acciones militares, Napoleón III estaba creando un imperio con colonias en el norte de África, Indochina y algunas de las Antillas menores. Al enviar un cuerpo expedicionario a México, quería crear un protectorado que extendiera la presencia del imperio francés a la América continental.

Basado en la fama del ejército francés, en la superioridad de sus armas y en los falsos informes sobre la situación mexicana que le habían proporcionado tanto José Manuel Hidalgo y Juan Nepomuceno Almonte como su embajador Dubois de Saligny, Napoleón III creía que la pequeña fuerza expedicionaria mandada por el general Lorencez bastaba para decidir la campaña. El propio general, en una carta llena de soberbia y de desprecio por los mexicanos, afirmaba que al frente de sus 6 000 soldados era dueño de México, y con esos sentimientos, el 27 de abril las fuerzas francesas salieron de Orizaba camino a Puebla.

La situación era muy grave para el gobierno de México, pues el Ejército de Oriente había perdido casi

dos mil hombres en un desgraciado accidente ocurrido a la Brigada de Oaxaca en San Andrés Chalchicomula. Además, parte de los efectivos del ejército perseguían a las fuerzas de Leonardo Márquez y a otras partidas guerrilleras. A esto hay que sumar el hecho de que las fuerzas del norte aún no estaban disponibles: el general Ignacio Zaragoza contaba con apenas seis mil hombres para enfrentar al prepotente invasor.

El valiente general norteño dispuso que las fuerzas de José María Arteaga y Porfirio Díaz aprovecharan las ventajas topográficas de las Cumbres de Acultzingo para hacer el mayor daño posible a los franceses y que luego se replegaran a Puebla, donde preparaba la batalla contra la división de Lorencez. De acuerdo con sus órdenes, el 28 de abril los mexicanos combatieron durante tres horas a los invasores, causando una treintena de bajas al enemigo en la primera batalla de la guerra de intervención que, sin embargo, dejó un mal sabor de boca por las graves heridas que recibió en las piernas el general Arteaga, de las que nunca se curó del todo.

Los franceses llegaron al altiplano donde, para su sorpresa —pues se creían los salvadores de México y esperaban recibimientos entusiastas— encontraron abandonadas todas las poblaciones. Tras pernoctar en Amozoc, al amanecer del 5 de mayo se movieron a Puebla, a cuya vista llegaron a las nueve de la mañana, luego de enfrentar a las avanzadas mexicanas.

El general Ignacio Zaragoza había colocado el grueso de sus fuerzas en Loreto y Guadalupe, dos pequeños fuertes que coronan una elevación de pronun-

Juárez. La Rebelión interminable ciado relieve que domina la ciudad de Puebla. Lleno de soberbia, y sin escuchar los prudentes consejos de Almonte, el general Lorencez ordenó que se formaran tres columnas para atacar frontalmente el fuerte de Guadalupe luego de poco más de una hora de bombardeo inútil, por lo accidentado del terreno que rodea el cerro y por la precisión de la artillería mexicana, que impidió que avanzara la francesa.

Si bien el ataque francés fue formidable y llegó hasta el terraplén del fuerte de Guadalupe, la defensa, encomendada a los soldados de los generales Felipe Berriozábal y Miguel Negrete — un jefe conservador que había rechazado la intervención extranjera, poniéndose al servicio de la República — fue igualmente vigorosa y los franceses fueron obligados a retirarse con grandes pérdidas. Un segundo ataque, dirigido a la cresta que une Guadalupe con Loreto, fue igualmente rechazado por la resistencia de los mexicanos mandados por Francisco Lamadrid, apoyado por los fuegos de la gente de Negrete y Berriozábal. Al mismo tiempo, al pie del cerro, la caballería del coronel Antonio Álvarez cayó como rayo sobre dos compañías francesas separadas del grueso del ejército invasor.

Al rechazarse el tercer ataque francés y evitarse el cuarto asalto gracias a la maniobra del coronel Álvarez, los franceses empezaron a replegarse y el general Zaragoza ordenó a la columna del general Porfirio Díaz, cuyos 1 000 hombres aún no habían intervenido en el combate, que rechazara al enemigo hasta el pie del cerro, para forzarlo a regresar a sus posiciones origina-

les. Díaz quería continuar su marcha, pero Zaragoza, consciente de que los franceses eran aún más numerosos y de que lo principal en ese momento era la conservación íntegra de su pequeño ejército, le ordenó al valiente oaxaqueño detener el contraataque.

Cuatro horas duró la batalla y durante otras tres los ejércitos enemigos se observaron desde sus posiciones, hasta que Lorencez ordenó la retirada. Los franceses tuvieron 177 muertos, 305 heridos y 25 prisioneros; las pérdidas mexicanas fueron de 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos. En el parte que el general Zaragoza rindió esa misma noche al Supremo Gobierno, se asentó:

El ejército francés se ha batido con mucha bizarría; su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque. Las armas nacionales se han cubierto de gloria. Puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

Ése fue el resultado de la primera batalla propiamente dicha entre el ejército mexicano y el francés, y sus efectos fueron enormes, pues hicieron cambiar mucho la opinión sobre México y sobre la intervención. Lorencez estaba furioso y quiso echar la culpa a Saligny y a Almonte, pues en ninguna parte vio, según dijo, los ejércitos ofrecidos, el partido monárquico, las flores y los repiques de campanas de la conservadora ciudad de Puebla, aunque ya de vuelta los franceses a Orizaba, se le incorporaron las menguadas fuerzas de Márquez.

Juárez. La Rebelión interminable

En la ciudad de México, una multitud acogió los informes sobre el resultado de la batalla con enormes muestras de júbilo, rápidamente contagiadas al resto del territorio nacional. La pequeña acción bélica del 5 de mayo parecía probar lo que Juárez afirmaba: México existía y era una nación soberana.

30. Juárez frente a la intervención

Volvamos al lado del verdadero protagonista de esta historia, el presidente constitucional de la República, licenciado Benito Juárez García, para recordar cómo enfrentó esas circunstancias.

Durante los últimos meses de 1861, en medio de las tempestades diplomáticas causadas por la suspensión de pagos de la deuda, el presidente trataba de reunir en sus manos un poder que en la realidad estaba disperso entre los gobernadores, los caudillos militares, los jefes de banda y de facción. Tal como confió a su íntimo amigo y paisano, el siempre leal general Ignacio Mejía, “El gobierno está en una situación desesperante: tiene en las manos todas las facultades y no logra hacerse obedecer en ninguna parte”.

La suspensión de pagos respondía a esa situación y a esa necesidad: sin recursos, no había forma de someter a todos esos dictadorzuelos al imperio de la ley, brújula de la actuación pública de Juárez tanto como el respeto a las garantías individuales. La libertad de imprenta, de asociación y de palabra fue total en aquel año de 1861, y la tolerancia de Juárez al respecto tan grande como su intolerancia frente a los guerrilleros conservadores, que subvertían el orden y la tranquilidad del país.

Juárez. La Rebelión interminable

Dura fue la labor de Juárez, ingrato su trabajo en 1861; excomulgado él, creyente de corazón; viendo morir a hombres a los que respetaba enormemente, como Ocampo, Valle, Degollado, Gutiérrez Zamora y Miguel Lerdo de Tejada; atacado en su persona y en la de sus colaboradores por la misma prensa liberal; sin recursos de qué echar mano; mediante un trabajo exhaustivo canalizó la vida pública por el camino de la ley, convocó a elecciones y supervisó su verificación, de modo que pudo establecerse esa segunda legislatura a la que se sometió durante largos meses y a la que presentó el fruto de su dictadura nominal durante la guerra de Tres Años: las Leyes de Reforma.

Otra acción pública de Juárez en 1861, poco conocida pero de enorme trascendencia en la región afectada, fue el decreto mediante el cual suprimió la caza de indígenas mayas en Yucatán, para venderlos en Cuba como esclavos, y la persecución de tan indigno negocio, resultante de la guerra de castas que azotaba a la península desde 1848.

Luego vino la delicadísima decisión de suspender los pagos. Podemos conjeturar las largas discusiones que la prepararon en el círculo del gabinete; podemos suponer la complejidad que significó recurrir a ese expediente extremo para un hombre como Juárez, tan respetuoso de la ley, de los compromisos formales y de las garantías de propiedad, pero no conocemos a ciencia cierta las razones que llevaron finalmente a Juárez a promulgar el decreto del 17 de julio, que dio pretexto a la intervención francesa.

Pero antes que la francesa, más que ella, se temía la intervención española, y se le temía en un país al que la inyección periódica de recursos, proveniente de la suspensión de pagos, no sacó de la postración crónica, del bandidaje en los caminos, del malestar generalizado; un país que parecía deshacerse a pedazos. La coalición de las tres potencias europeas era aún más amenazadora que el ánimo intervencionista de España, y Juárez instruyó al canciller Zamacona para romper la alianza mediante la búsqueda de acuerdos por separado con Inglaterra. No fue posible, porque el Congreso rechazó, por onerosos, los resultados de las negociaciones con Sir Charles Wyke, lo que precipitó la caída del gabinete. Paradójicamente, fueron aún menos favorables los acuerdos que alcanzó con Wyke el canciller Manuel Doblado, ya iniciada la intervención francesa, pero entonces los diputados veían con claridad que había que atender lo urgente posponiendo lo importante.

Juárez vigiló de cerca y con atención las negociaciones de Doblado con los plenipotenciarios europeos, lo instruyó en cada momento e informó a la nación y a los políticos de los resultados obtenidos. Finalmente, la intervención extranjera fue un hecho; se materializó otra vez esa amenaza permanente de nuestros primeros pasos como nación, esa causa de nuestro trabajoso desenvolvimiento, que creó hábitos políticos nefastos y la necesidad de gastar el dinero que no había en ejércitos que, a su vez, creaban ambiciosos caudillos.

En efecto, durante los primeros 15 años de nuestra vida independiente, vivimos amenazados por la

Juárez. La Rebelión interminable reconquista española, respaldada por la llamada Santa Alianza, creada entre las restauradas monarquías europeas tras la caída de Napoleón el Grande. Hecha finalmente la paz con España, inició la guerra de Texas y la amenaza permanente del poderoso vecino del norte que, con el intermedio de una guerra con Francia, que fue simplemente un abuso de fuerza, se resolvió en la terrible guerra de 1846-1848 y el brutal despojo que sufrimos, así como la amenaza permanente de nuevas agresiones y despojos, que se concretaron en la compra de la Mesilla – bajo amenaza –, en 1853, y los Tratados MacLane-Ocampo – bajo amenaza también –, en 1859.

Hemos visto la firmeza de Juárez frente a los ministros extranjeros. Una firmeza realista y flexible, dispuesta a negociar todo lo negociable, pero no la independencia ni la soberanía. En este punto era inflexible. Pero ya hablaremos de eso: mientras tanto, y adelantándonos varios meses a los hechos que narraremos al principio del capítulo siguiente, veamos las emociones profundas de ese hombre que para algunos es “el im-pasible”, en su discurso a los soldados del Ejército de Oriente al entregarles personalmente, en Puebla, las medallas que les otorgó el Congreso de la Unión por la victoria del 5 de mayo, un discurso en el que muestra también la sensibilidad que tenía para hablar al pueblo humilde:

Soldados: Vengo a saludaros en nombre de la patria, que tan gloriosamente habéis servido; vengo a felicitaros por la espléndida victoria que lograsteis contra

los enemigos de la independencia nacional; vengo, en fin, a condecoraros con las insignias que la República os ofrece para premiar vuestro valor y vuestras grandes virtudes [...].

Soldados — decía más adelante el presidente, al recordar el pasado y prevenir lo que vendría — : Llevad con noble orgullo sobre vuestros pechos valerosos las medallas que hoy recibís y que os recordarán a un tiempo vuestros ilustres hechos y la grande y buena patria que debéis salvar a todo trance. Vencedores del 5 de mayo [...]: un enemigo injusto nos trae la guerra y avanza ya sobre nosotros, porque nos cree débiles y degradados; aprestaos al combate y probad al orgulloso invasor que México vive, que México no sucumbirá al capricho de ningún poderoso, porque defiende la causa de la justicia, de la civilización y de la humanidad, y porque cuenta con hijos leales y valientes como vosotros.

Y terminaba el discurso honrando la memoria del recientemente fallecido Ignacio Zaragoza e instando a los soldados a confiar en su nuevo jefe, Jesús González Ortega:

Soldados de Zaragoza: vosotros no empañaréis la gloria que a sus órdenes alcanzasteis. Tenéis su ejemplo que os alentará en el combate, y tenéis al frente al vencedor de Silao y Calpulalpan, que os conducirá a la victoria. Soldados, ¡Viva la independencia! ¡Viva la República!

31. Los objetivos de la intervención

Tras la derrota del 5 de mayo, el general Lorencez se retiró a Orizaba y, en espera de instrucciones y refuerzos, la intervención francesa se limitó a esa ciudad, al puerto de Veracruz y al camino entre ambas posiciones, bajo asedio permanente de los guerrilleros patriotas. Mientras tanto, llegaron a Puebla los seis mil soldados reclutados en el norte por Jesús González Ortega. Cuando esas fuerzas se reunieron con el Ejército de Oriente, Zaragoza quiso entregar el mando a su antiguo jefe, pero González Ortega se negó, reconociendo que desde el 5 de mayo no podía haber nadie sobre Zaragoza.

Validos de su superioridad numérica, ambos jefes planearon tomar Orizaba a viva fuerza, pero una desafortunada circunstancia frustró la brillante maniobra ordenada por Zaragoza y emprendida por González Ortega. Así, el ejército invasor, vencido en Puebla, pudo al menos asegurar sus posiciones en la región templada de Veracruz.

Cuando Napoleón III se enteró de lo ocurrido el 5 de mayo, se sintió herido en su orgullo y resolvió continuar con la intervención a toda costa, para "lavar el honor" de las armas francesas. De inmediato organizó el envío de refuerzos y designó jefe del cuerpo expedicionario al general Elías Federico Forey. En las instrucciones que entregó a este general, el emperador de los

franceses le aconsejaba atender los consejos de Saligny y Almonte y echaba toda la responsabilidad del fracaso del 5 de mayo a Lorencez; le ordenaba proteger a Almonte y a los demás partidarios de la intervención y sostener a las tropas que estos le proporcionasen; finalmente, le decía que al llegar a la ciudad de México debía reunir una junta de notables que decidiría la forma de gobierno del país, quedando claro que esto se reduciría a sentar en el trono de México al príncipe austriaco, quien ya era el candidato de los intervencionistas mexicanos y del propio Napoleón III: el archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo.

Las verdaderas razones de la intervención quedaban bien claras en esas instrucciones: se trataba de evitar el crecimiento de los Estados Unidos hacia el Golfo de México y las Antillas, para proteger las colonias francesas existentes en ellas, los territorios de América Central y los posibles pasos interoceánicos (otra vez saltaba a la superficie la enorme importancia geopolítica del Istmo de Tehuantepec). Si se lograba eso —le decía Napoleón III a Forey—, se asegurarían las colonias francesas y españolas de las Antillas, se extendería la influencia francesa a Centro y Sudamérica; y, por supuesto, se crearían “inmensos mercados”, donde se procurarían “las materias indispensables” para el comercio y la industria franceses. Es decir, se trataba claramente de extender a América el imperio francés mediante la imposición de un protectorado o semicolonía en donde reinaría el príncipe austriaco vinculado y obligado con Francia.

Juárez. La Rebelión interminable

En consonancia con esos propósitos, en julio de 1862 comenzaron a salir de Argelia fuerzas francesas con destino a México, y Lorencez recibió los primeros 2 000 soldados a principios de septiembre, cuando las guerrillas mexicanas y las operaciones de Zaragoza habían hecho miserable la vida del cuerpo expedicionario acantonado en Orizaba. Poco después llegó Forey, para ocupar el lugar de Lorencez y disolver el remedo de gobierno formado por Almonte en Orizaba; en adelante, y hasta la ocupación de la capital, no habría más autoridad que la del general francés, ni más voz que las de las armas que llegaban de allende el océano en cantidades crecientes.

Con estos refuerzos, el general Forey pudo asegurar por fin el camino entre Orizaba y Veracruz, incluyendo las ciudades de Córdoba y Fortín; ocupó Xalapa y Perote, remontó las cumbres de Acultzingo y estableció su vanguardia en las entradas del altiplano, de modo que al terminar 1862 estaba en posición de iniciar su avance sobre Puebla. Entre las numerosas operaciones militares ocurridas en ese periodo, ninguna de las cuales puede llamarse batalla, destaca el combate de Camarón, donde fue exterminado un destacamento de la Legión Extranjera que se batió con tal bravura, y cuyos heridos fueron tratados con tal generosidad por los guerrilleros mexicanos, que sentó uno de los mitos fundamentales de la Legión. También hay que recordar la breve ocupación francesa de Tampico, tan constante y vigorosamente asediado por los guerrilleros de Tamaulipas y la Huasteca que el puerto regresó a manos mexicanas.

Mientras tanto, el gobierno mexicano reunía todos los recursos posibles para armar nuevos contin-

gentes militares y ponerlos en capacidad de combatir y esa vez la nación entera contribuía al esfuerzo de guerra, galvanizada por el triunfo de Zaragoza. México se preparaba para resistir el ataque de un ejército francés mucho más potente y mejor organizado que la pequeña fuerza derrotada el 5 de mayo. Se reunían tropas, se fortificaban las ciudades de Puebla y México, se perseguía a los últimos guerrilleros conservadores, los caudillos indígenas Manuel Lozada y Tomás Mejía y, como nunca antes, el partido liberal se unía en torno a la figura de Benito Juárez.

En medio de esos trabajos, una noticia enlutó a la nación: la muerte del general Ignacio Zaragoza, de fiebres malignas, en la misma ciudad de Puebla en la que alcanzó la gloria. Las ceremonias fúnebres en todo el país fueron masivas y dolorosas y el Congreso lo nombró benemérito de la patria en grado heroico, escribiéndose su nombre con letras de oro en el salón de sesiones. El héroe moría a los 33 años de edad. Para sustituirlo en el mando del Ejército de Oriente, Juárez designó al caudillo zacatecano Jesús González Ortega.

Si las razones de la intervención quedaron claras en las instrucciones de Napoleón III al general Forey, las razones de la resistencia quedaron igualmente claras en el mensaje dirigido por Benito Juárez a los diputados, en la apertura de sesiones de la III Legislatura, el 20 de octubre de 1862:

Proclamar como lo hacen nuestros agresores, que no hacen la guerra al país sino a su actual gobierno, es repetir la vana declaración de cuantos emprenden

Juárez. La Rebelión interminable

una guerra ofensiva y atentatoria; y por otra parte, bien claro está que se ultraja a un pueblo cuando se ataca a un poder que él mismo se ha elevado y quiere sostener [...]. La resolución de no tratar con el gobierno legítimo de hecho y de derecho, es la declaración de guerra contra el derecho de gentes, porque cierra todas las puertas a satisfacciones convencionales. Si yo fuera simplemente un particular, o si el poder que ejerzo fuera la obra de algún vergonzante motín [...], entonces no vacilaría en sacrificar mi posición, si de este modo se alejaba de mi patria el azote de la guerra. Como la autoridad no es mi patrimonio, sino un depósito que la nación me ha confiado muy especialmente para sostener su independencia y su honor, he recibido y conservaré este depósito por el tiempo que prescribe nuestra ley fundamental, y no lo pondré jamás a discreción del enemigo extranjero, antes bien sostendré contra él la guerra que la Nación toda ha aceptado, hasta obligarle a reconocer la justicia de nuestra causa.

De los conceptos vertidos por Juárez en este discurso, José María Vigil dice:

Esto era lo que México necesitaba: un hombre de carácter superior, que viese sin pestañear la tempestad formidable que se cernía sobre su cabeza; que empuñase con mano firme la bandera de la patria, formando un centro de unión para todos los mexicanos que con su brazo o con su inteligencia coadyuvaran a la obra común de salvar a la República.

32. Juárez prepara la resistencia nacional

La diligente actividad del gobierno de Benito Juárez y la férrea voluntad de hacer frente a la intervención habían permitido, a fines de 1862, la construcción de fortificaciones en Puebla y la concentración de casi 20 000 soldados en dicha plaza. Para auxiliar al Ejército de Oriente, concentrado en Puebla, y para prepararse frente a cualquier eventualidad, Juárez dispuso la creación de otras dos corporaciones militares: el Ejército del Centro, que con la base de las milicias del norte se formaría en la ciudad de México a las órdenes del general Ignacio Comonfort, olvidando las rencillas políticas con el ex presidente en aras de la unidad nacional. Y el Ejército de Reserva, que se reunía y armaba en el Bajío a las órdenes del general Manuel Doblado.

Con la creación de estos tres ejércitos parecía que el gobierno de Benito Juárez optaba decididamente por una de las dos concepciones militares que se debatían entonces en la elite liberal: una que sostenía la necesidad de desarrollar la lucha militar conforme a los esquemas de la guerra regular y otra que abogaba por la guerra de guerrillas como forma de lucha. Sin embargo no era así, pues si bien Juárez dedicaba los mayores recursos y los principales esfuerzos del gobierno a fortalecer el Ejército de Oriente, también alentaba y reglamentaba la lucha guerrillera en los territorios ocupados por los franceses.

Juárez. La Rebelión interminable

Benito Juárez comprendió que, de momento, lo más importante era ofrecer al invasor la mayor resistencia formal posible y, para ser coherente con esta decisión, entregó el mando del ejército principal a su rival político, Jesús González Ortega, porque no había a la vista nadie más capacitado ni con mayor popularidad en el ejército, aunque careciere de estudios militares formales. Posteriormente algunos historiadores criticaron esta decisión y el plan general de operaciones, aprobado por Juárez, consistente en resistir el mayor tiempo posible en Puebla y México, para retrasar, de ser posible hasta fines de 1863, la ocupación de la capital por los franceses, para luego seguir el mismo sistema en el resto del país o tomar, entonces sí, la táctica guerrillera como principal recurso de resistencia frente al invasor.

Al optar por ese plan y esa estrategia, el gobierno de Juárez seguía las lecciones de la resistencia española contra el ejército de Napoleón el Grande, entre 1808 y 1812, pero también la lógica: no podía entregarse el corazón de la República a un invasor sin luchar con todos los recursos disponibles, y al apostar por el desgaste del enemigo y la prolongación de la campaña, Juárez apostaba también a la oposición que en Francia se hacía a la política mexicana de Napoleón III; al crecimiento militar de Prusia, rival de Francia en el dominio de Europa; y al triunfo de la Unión en la guerra de Secesión estadounidense, situaciones que obligarían a los franceses a retirarse si los patriotas mexicanos hacían su parte, impidiendo la consolidación de cualquier gobierno o administración emanados de la intervención.

El error de Juárez, si en esos días de decisiones lo hubo, consistió en no darle el mando único de los ejércitos de Oriente y del Centro a un solo jefe militar, como lo pidió el propio general González Ortega. Si los franceses sitiaban Puebla, como parecía evidente que lo harían para no dejar en su marcha a la capital al Ejército de Oriente a sus espaldas y para vengar la derrota del 5 de mayo, el Ejército del Centro sería auxiliar del de Oriente, haciéndole la vida imposible a los sitiadores, al atacar sus comunicaciones, impidiéndoles conseguir recursos y, finalmente, al combinarse con el Ejército de Oriente en el caso probable de que se hiciera necesario romper el sitio para esperar a los franceses en otra plaza, es decir, en la ciudad de México. Para eso, argumentaba González Ortega, hacía falta un mando único superior sobre ambos ejércitos, pero Juárez no se lo otorgó, pues dejó a Comonfort al frente del Ejército del Centro con igual rango y autoridad que González Ortega y mando independiente.

En la voluntad de resistencia de los liberales, en su decisión de enfrentar a los 35,000 franceses que se estaban concentrando en las regiones ocupadas de Veracruz, pueden percibirse las inflexibles decisiones de Benito Juárez y la convicción de hacer de México finalmente una nación soberana, respetada en el exterior y fuerte en el interior, una nación que dejara de ser presa de las ambiciones de las potencias.

A mediados de febrero de 1863 el ejército francés inició su avance hacia el altiplano y la lucha frontal, tantos meses suspendida gracias a la victoria del 5

Juárez. La Rebelión interminable de mayo, iba a reiniciarse. Para supervisar los últimos preparativos, Benito Juárez llegó a Puebla, donde fue jubilosamente recibido por los soldados del Ejército de Oriente, que le hicieron valla de honor y le presentaron armas, desde la entrada de la ciudad hasta el Palacio de Gobierno. El presidente se reunió con el general González Ortega y los jefes del Ejército, visitó los fuertes de Loreto y Guadalupe que, como el 5 de mayo, serían el eje de la defensa, además de las fortificaciones improvisadas en varios edificios sólidos de la ciudad, incluyendo los conventos de los que el general González Ortega había exclaustrado a las monjas, dando cumplimiento a las Leyes de Reforma.

El 2 de marzo, al despedirse de los soldados, oficiales y generales que estaban a punto de recibir el embate del ejército expedicionario francés, el presidente les explicó, en un lenguaje sencillo, la difícil realidad de los combates que se avecinaban y los objetivos del invasor, que —dijo— “aspira a humillarnos, a destruir una República libre y popular, en que han sido vencidas completamente las clases privilegiadas”. Y esa República, dijo Juárez, tenía ahora sus mayores esperanzas cifradas en los soldados que escuchaban su arenga, que terminó con un emotivo llamamiento a defender la patria.

Sólo una semana después, la vanguardia francesa ocupaba Amozoc y el segundo al mando del ejército expedicionario, el brillante general Achilles Bazaine, que se haría famoso en México, se acercaba a Puebla. Por fin, el 16 de marzo, los franceses se establecieron frente al fuerte de Guadalupe. La gran lucha iba a dar

comienzo. Las fuerzas invasoras constaban de 34 144 hombres, sin contar un batallón de egipcios y las fuerzas del sanguinario coronel Dupin, que combatían a las guerrillas de la tierra caliente de Veracruz para mantener abiertas las comunicaciones del ejército de ocupación desplegado frente a Puebla y el puerto de Veracruz por el que recibía sus municiones y bastimentos.

Frente a ese poderoso ejército estaban la ciudad de Puebla y sus improvisadas fortificaciones y, sobre todo, el Ejército de Oriente con 22 000 hombres y arreglado de la manera siguiente (lo diremos, porque son nombres que hay que recordar): general en jefe, Jesús González Ortega; cuartelmaestre general, José María González de Mendoza; comandante general de la artillería, Francisco Paz; mayor general de artillería, Alejandro García; jefe de ingenieros, coronel Joaquín Colombres; jefe del cuerpo médico, general Ignacio Rivadeneyra; inspector general, Tomás O'Horan.

La infantería estaba formada por cinco divisiones, que mandaban los generales Felipe Berriozábal la primera, Miguel Negrete la segunda, Florencio Antillón la tercera, Francisco Alatorre la cuarta, e Ignacio de la Llave la quinta. Cada división la componían tres brigadas, entre cuyos jefes estaban Juan Caamaño, Porfirio Díaz, Pedro Hinojosa, Francisco Lamadrid, Pedro Rioseco, Mariano Escobedo, Francisco Ghilardi, Miguel Auza, José María Mora, José María Patoni y Eutimio Pinzón. Había además una brigada suelta comandada por el general Ignacio de la Llave. Las tres brigadas de caballería las mandaban los generales Antonio Álva-

Juárez. La Rebelión interminable
rez, Antonio Carbajal y Aureliano Rivera. El país entero
concentraba su fuerza en Puebla, llamada Zaragoza.

33. La heroica defensa de Puebla

El 16 de marzo de 1863, los cañones del fuerte de Guadalupe anunciaron que los 34 144 hombres del ejército expedicionario francés estaban frente a Puebla. Los invasores atacaron Loreto y Guadalupe, el fuerte de San Javier y otras posiciones, tratando de obtener una rápida y avasalladora victoria, pero luego de tres días de combates, sin resultados y con fuertes pérdidas, el general Elías Forey cambió de táctica y estableció un sitio formal en torno a la plaza. Desde ese momento, y durante casi dos meses, se combatió día y noche, sin más descanso que las treguas establecidas para recoger heridos y canjear prisioneros.

La estrategia del general Jesús González Ortega, comandante en jefe de los 22 000 hombres del Ejército de Oriente sitiados en Puebla, consistía en agotar el empuje del ejército francés para, finalmente, en combinación con el Ejército del Centro, formado por 7 000 soldados bisoños mandados por Ignacio Comonfort, romper el sitio. Si al romper el sitio se lograba causar daños significativos a las fuerzas francesas, se podía entonces pasar a la ofensiva; si no se lograba, los ejércitos unidos de González Ortega y Comonfort debían situarse entre los invasores y la ciudad de México, para presentar una nueva batalla o, si estaba cercana la temporada de lluvias, replegarse a la capital de la República, que

Juárez. La Rebelión interminable en los meses lluviosos tenía muy pocos accesos por los cuales pudiese pasar un ejército numeroso. En ese caso, los franceses no podrían plantearse seriamente atacar la capital antes de octubre o noviembre.

Pero Forey, que se tomaba en serio su oficio, no desgastó su ejército en ataques masivos, como había esperado González Ortega, sino que inició una larga batalla de desgaste, para ahorrar las vidas de sus hombres y tomar una por una las posiciones mexicanas. La primera fue el fuerte de San Javier, cuyos escombros inútiles ocuparon los franceses tras una semana de combates. Siguieron los asaltos al cuartel de San Marcos, durante nueve días consecutivos, que costaron la vida de cerca de 500 franceses antes de que su bandera ondeara sobre las humeantes ruinas.

Caídos ambos fortines, la ciudad rebautizada como Zaragoza hizo honor a su nombre, puesto tanto en recuerdo de la capital aragonesa, que había resistido heroicamente los ataques del ejército de Napoleón el Grande, medio siglo antes, como del joven general que consiguió la victoria del 5 de mayo. Los defensores de Puebla se batieron casa por casa, manzana por manzana hasta agotar tres veces el parque, y otras tantas veces las caballerías de Comonfort introdujeron convoyes de municiones de guerra y provisiones de boca.

Incapaz de conquistar la ciudad a viva fuerza y con bajas muy superiores a las previstas en su plan, a principios de mayo, luego de más de seis semanas de combates, Forey estableció un sitio pasivo y envió al mayor número de fuerzas posibles, a las órdenes del

general Achilles Charles Bazaine, en persecución de las caballerías de Comonfort.

Mientras Forey se limitaba a bombardear Puebla, lo que causó graves daños a la población civil, Bazaine perseguía a Comonfort por los llanos de Puebla y Tlaxcala: el mexicano buscaba introducir un convoy de alimentos a la hambrienta ciudad, pero se encontraba siempre con los jinetes franceses y unos pocos miles de aliados mexicanos entre su columna y la plaza sitiada.

El 8 de mayo se selló el destino de la heroica ciudad de Puebla de Zaragoza, cuando Bazaine alcanzó por fin a Comonfort en el pueblo de San Lorenzo. El Ejército del Centro fue destruido y sus restos se refugiaron en la ciudad de México, donde el gobierno inició los preparativos para marchar al norte, rumbo a San Luis Potosí, bajo la protección del general Manuel Doblado, quien reunía todos los elementos posibles, entre grandes penurias, para construir el Ejército de Reserva.

Concentradas frente a Puebla todas las fuerzas invasoras, el 10 de mayo se reanudaron los furiosos ataques que habían caracterizado los primeros días del sitio, y si bien los franceses fueron incapaces de tomar las posiciones mexicanas, sí agotaron las municiones de los nuestros y minaron su moral con bombardeos incessantes.

El 16 de mayo, agotadas las municiones y los víveres, el cuartelmaestre general del ejército, José María González de Mendoza, parlamentó con los generales Forey y Bazaine, a quienes propuso, por órdenes de González Ortega, la entrega de la plaza a condición de

Juárez. La Rebelión interminable que permitieran la salida del Ejército de Oriente. Forey se negó a aceptar nada que no fuera la capitulación, lo que Mendoza rechazó por instrucciones de su jefe. Esa noche se celebró, dentro de la ciudad sitiada, una larga junta de generales, que terminó con una resolución unánime, expresada en una carta que, al amanecer del 17 de mayo, envió González Ortega a Forey, y que transcribimos íntegramente:

Señor General:

No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza, por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba a mis órdenes y roto su armamento, incluso toda la artillería. Queda, pues, la plaza a las órdenes de Vuestra Excelencia y puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta cuando ya no hay motivo para ello.

El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el Palacio de Gobierno y los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra.

No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo. Si pudiera, no dude Vuestra Excelencia que lo haría.

Así se rindió Puebla de Zaragoza, llamando la atención del mundo sobre la resistencia de los mexicanos y su

decisión de defender la soberanía nacional. El heroísmo de los defensores sorprendió a propios y extraños, como escribió el historiador Francisco de Arrangoiz, partidario de la intervención y enemigo de Juárez, al comparar la larga batalla con otras similares ocurridas en 1870 durante la guerra entre Francia y Prusia:

Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Estrasburgo y Metz, dos de las plazas más fuertes de Europa, se rindieron a los 38 días la primera y a los 72 la segunda, y que en Metz era casi igual la fuerza sitiada a la sitiadora, debe considerarse como uno de los más bizarros y notables hechos militares de nuestros días la defensa de Puebla, en la cual un general improvisado, pues no era su carrera la militar, les dio un ejemplo, que no han imitado, a los generales franceses que han mandado plazas fuertes en la guerra franco-prusiana.

34. Nace un imperio

El 17 de mayo de 1863 el ejército francés ocupó la ciudad de Puebla. Su jefe, el general Elías Federico Forey, ofreció un trato digno y respetuoso a los generales, jefes y oficiales mexicanos que se habían rendido, “por la conducta noble y digna que habían observado”. Sin embargo, al día siguiente Forey envió a los oficiales mexicanos, para que lo firmasen, un documento por medio del cual se comprometían, bajo palabra de honor, a no inmiscuirse en los hechos de la guerra ni de la política durante el tiempo que permaneciesen como prisioneros de guerra. Tras consultar con sus compañeros, el general Jesús González Ortega escribió:

Los oficiales mexicanos que suscriben, pertenecientes al Ejército Mexicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoy del cuartel general del ejército francés, tanto porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se lo prohíben sus convicciones y opiniones particulares.

Firmaron los generales Jesús González Ortega, Francisco Paz, Felipe Berriozábal, Florencio Antillón, Francisco Alatorre, Ignacio de la Llave, Alejandro García, Epitacio

Huerta, Ignacio Mejía, José Mora, Pedro Hinojosa, José María Patoni, Joaquín Colombres, Domingo Gayosso, Antonio Osorio, Eutimio Pinzón, Francisco Lamadrid, Porfirio Díaz, Luciano Prieto, Juan Caamaño, Mariano Escobedo, Manuel Sánchez, Pedro Rioseco, Manuel G. Cosío, Miguel Auza y Jesús Loera, además de casi 1 400 jefes y oficiales, sin que hubiera uno solo que no firmara, pues, aunque el general José María González de Mendoza redactó y firmó un documento personal, éste tenía el mismo espíritu que el firmado por sus compañeros. Entonces se les quitaron a los oficiales las armas y los caballos que se les había permitido conservar, y fueron encerrados.

Cuando el 21 de mayo se les avisó a los prisioneros que se prepararan para marchar a Veracruz, donde serían embarcados rumbo a Francia y la Martinica, insalubre posesión francesa en las Antillas, una docena de oficiales se escaparon, entre ellos los generales Berriozábal, Antillón, Díaz y Caamaño. Durante la marcha de Puebla a Veracruz los valerosos prisioneros mexicanos fueron maltratados y humillados. Los franceses fusilaron a un coronel chiapaneco y seis oficiales murieron de hambre. González Ortega ordenó entonces a todos que se fugaran, de ser posible, para hacer la guerra hasta el último aliento a un enemigo que sólo había mostrado respeto a los vencidos durante un día. Muchos oficiales lograron escaparse, entre ellos los generales Negrete, Escobedo, Patoni, De la Llave y el propio González Ortega. Trece generales, cien jefes y otros tantos oficiales fueron deportados a Francia, donde tomaron su mando

Juárez. La Rebelión interminable y representación los generales Huerta y González de Mendoza.

Mientras transcurría el sitio de Puebla, habían continuado los trabajos de fortificación de la capital de la República y el 29 de abril el Congreso de la Unión prorrogó las facultades extraordinarias otorgadas al presidente Juárez para hacer frente a la intervención. Cuando llegaron las noticias de la rendición de Puebla, junto con los primeros oficiales escapados, el general Berriozábal fue nombrado secretario de Guerra y el general Garza, jefe del ejército, es decir, los restos de la fuerza del Ejército del Centro más los nuevos reclutas de la capital y los oficiales que estaban escapando de los franceses en el camino de Puebla a Veracruz. Pronto fue evidente, sin embargo, que esos elementos eran insuficientes para enfrentar al ejército francés, que llegaría al valle de México antes del inicio de las lluvias y, por lo tanto, tendría numerosos caminos expeditos para atacar la capital, de modo que se decidió no presentar combate en ella, sino evacuarla.

El 29 de mayo se publicó un decreto que trasladaba los poderes federales a San Luis Potosí y el 31 el Congreso cerró solemnemente sus sesiones. En ese acto, Benito Juárez dijo:

Los acontecimientos que acaban de pasar en Puebla de Zaragoza han llenado de noble orgullo a los mexicanos y exaltado su decisión para repeler a los invasores de la patria, que arrojaron ya la máscara del dolo para mostrar a la faz del mundo su impudi-

cia. La defensa de Zaragoza y el glorioso desastre con que terminó aquel drama verdaderamente sublime; una lucha en que los franceses fueron tantas veces humillados, desenlace imposible para su decantada bravura y sólo impuesto por la más ruda extremidad y por la noble resolución de no rendir nuestras armas y nuestras banderas, son prodigios que publican la grandeza de este pueblo; son ejemplos que por cierto no serán estériles entre los mexicanos.

Al caer la noche, el presidente en persona arrió la bandera nacional del asta central de Palacio, la guardó cuidadosamente y la llevó al carruaje en que salió, en compañía de sus ministros, rumbo a San Luis Potosí. Un oficial del ejército invasor, el conde Kératry, escribió años después:

Lo que debía ante todo llamar la atención es que Juárez no había sido arrojado por la población de la capital. El jefe del Estado cedía la plaza a la fuerza, pero sin compromiso. En su retirada llevaba consigo el poder republicano, pero no lo dejaba caer de sus manos. Estaba encorvado pero no abdicaba: tenía la obstinación del derecho. Ése fue durante cinco años el secreto de la fuerza del viejo indio, al retirarse de pueblo en pueblo, sin hallar jamás a su paso un traidor o un asesino.

Dejemos al presidente Juárez marchar por el camino de Querétaro y a los restos del Ejército del Centro retirarse

Juárez. La Rebelión interminable a Toluca. Más adelante los encontraremos. Por ahora, señalemos que en la capital de la República los conservadores salieron a las calles para recibir al ejército invasor y sus acompañantes, poco más de un millar de soldados que seguían a Leonardo Márquez y a Juan N. Almonte.

El 10 de junio de 1863 los franceses ocuparon la capital de la República y Forey, que en todas sus declaraciones a los mexicanos había sido torpe u ofensivo, lo fue una vez más cuando se dirigió a los pobladores de la capital, al denigrar la victoria del 5 de mayo y al ejército mexicano, y declarar terminada la guerra con la total victoria de Francia. Por supuesto que se engañaba de plano, pero durante el poco tiempo que le restaba a su presencia en México quiso creer y hacer creer que, en efecto, “la cuestión militar” estaba concluida y sólo quedaba ordenar la política mexicana de acuerdo con las instrucciones de Napoleón III.

Para ello, se integró un gobierno sostenido por las bayonetas francesas, presidido por un triunvirato ejecutivo integrado por los generales Juan N. Almonte y Mariano Salas y el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Ese gobierno convocó a una Junta de Notables en la que, supuestamente, estaban representadas todas las clases y regiones de la nación mexicana, que tenía la misión de resolver la forma de gobierno que debería tener México. Luego de tres días de deliberaciones, el 10 de julio de 1863 la Junta de Notables dictaminó que la nación mexicana adoptaría por forma de gobierno “la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe

católico", y se ofrecía la corona imperial de México a Su Alteza Imperial y Real, el príncipe Fernando Maximiliano de Austria. Es decir, que la Junta de Notables elegía la forma de gobierno y el príncipe que desde más de un año atrás había decidido el emperador francés.

Con este acto, los franceses y sus aliados mexicanos consideraron resuelto el tema político como, según ellos, estaba resuelto el militar. No contaban con Juárez ni con los patriotas que defenderían la soberanía nacional a todo lo largo y ancho del país.

35. Maximiliano

¿Por qué Napoleón III y los monárquicos mexicanos habían puesto el ojo en Maximiliano de Habsburgo para designarlo emperador de México?, ¿por qué la Junta de Notables reunida en la capital tras la entrada victoriosa de los franceses, luego de más de un año de guerra, le ofreció formalmente la corona al príncipe austriaco?

Maximiliano era hermano del emperador de Austria, Francisco José, y vástago de los Habsburgo, la casa real de mayor prosapia y abolengo entre las que reinaban en Europa. Nació en 1832 y recibió una educación de príncipe, en la que se aplicó y que complementó con numerosos viajes. En 1857 se casó con Carlota Amalia, hija del rey de Bélgica, y posteriormente destacó como gobernante ilustrado del reino Lombardo-Véneto, que entonces era una posesión del imperio austriaco y que hoy pertenece a Italia.

Pero al lado de su amplia cultura y su viva inteligencia, su capacidad de conciliación y negociación y sus vigorosos impulsos reformistas, Maximiliano tenía una notable debilidad de carácter, una ligera frivolidad y un desconocimiento casi absoluto de la situación y las características de México. Creía que, como había hecho en Lombardía, bastaba con impulsar leyes justas para fundar la felicidad de aquel remoto y “desgraciado” país transoceánico. Fueron esa frivolidad y ese desco-

nocimiento de México lo que lo llevaron a aceptar la corona que le ofrecía la Junta de Notables.

Maximiliano conoció los proyectos monárquicos de los conservadores mexicanos y su calidad de candidato al trono en septiembre de 1861. Desde ese momento, se dedicó a aprender el español y a estudiar la *Historia de Méjico* de Lucas Alamán, al mismo tiempo que entraba en contacto con los conservadores mexicanos exiliados. La oferta hecha a Maximiliano entraba también en los cálculos de la política europea de Napoleón III, que tenía en Austria un escollo para sus ambiciones.

Cuando los sondeos y acercamientos de los conservadores exiliados se transformaron en el ofrecimiento formal del trono hecho por la Junta de Notables, en julio de 1863, Maximiliano respondió que sólo aceptaría la corona si ése era el deseo de la mayoría de la nación mexicana. De ahí que, en su respuesta a los comisionados de la Junta de Notables, Maximiliano argumentase que el trono que se le ofrecía sólo podría sustentarse en bases sólidas y legítimas si la nación toda lo pedía, de modo que había que consultar el voto de la nación.

Al mismo tiempo que la Junta de Notables ofrecía formalmente a Maximiliano la corona del Imperio Mexicano, Napoleón III intentaba reorientar su política mexicana. Al darse cuenta de que sería mucho más difícil de lo que pensaba imponer un protectorado francés en México, al percibir con claridad que le llevaría más tiempo del previsto dominar a los liberales mexicanos, el emperador de los franceses hizo regresar a Francia al mariscal Forey y al ministro Saligny, declarados partida-

Juárez. La Rebelión interminable rios de la intervención, y dejó en lugar de ellos, al frente del ejército de ocupación y de los negocios franceses en México, al general Bazaine, a quien envió instrucciones.

Las órdenes enviadas a Bazaine partían del hecho de que la ocupación de Puebla y México habían lavado el honor de las armas francesas, por lo que Bazaine debía buscar una salida honorable a la expedición y retirar de México al ejército de ocupación, pues el emperador de los franceses había visto en el vigor de la resistencia nacional un indicio tanto de la dificultad que entrañaría una ocupación prolongada como de la debilidad del partido intervencionista. Pero las instrucciones de Napoleón III llegaron a México cuando la Junta de Notables ya había designado a Maximiliano como emperador, y cuando Forey y Saligny habían comprometido formal y públicamente el apoyo francés al Imperio.

En tanto llegaba el emperador, se había instalado en México una Junta de Regencia que gobernaría en su ausencia bajo el padrinazgo efectivo de las armas francesas. Antes de irse, Forey dictó varias disposiciones terroristas contra los mexicanos que continuaban defendiendo la República y que –como veremos después– no eran pocos. Para el jefe francés y el remedo de gobierno por él impuesto, la República había sido formalmente vencida y, por lo tanto, quienes la defendían ya no merecían el trato de enemigos, sino el de bandoleros y malhechores.

Con la remoción de Forey y Saligny, Napoleón III quiso cambiar esa política, decididamente favorable

a la minoría intervencionista de México y ciega ante la realidad de la resistencia creciente que, no obstante, el propio emperador francés percibía desde París. La jefatura de Bazaine y las instrucciones que éste recibió tendían a una política más moderada y conciliadora, pero llegaban cuando el imperio de Maximiliano era una realidad, tanto como el compromiso de Francia para sostenerlo. El general Bazaine recibió entonces nuevas órdenes, para solucionar el “tema militar”, que según las alegres cuentas de Forey y Saligny estaba concluido. A diferencia de ellos, Bazaine sabía que si el objetivo era imponer y sostener un imperio, había que vencer las resistencias reales y ocupar el territorio de la nación mexicana que aún obedecía al gobierno de Benito Juárez establecido en San Luis Potosí, y que era mucho mayor en tamaño que el ocupado por los franceses.

De esa manera, dos años y medio después del inicio de la aventura que en Europa se había previsto como un breve paseo militar, un fuerte ejército francés se veía obligado a iniciar una tercera campaña formal. Bazaine tenía que ocupar los territorios del país sujetos a la autoridad republicana y, de paso, organizar y amañar el plebiscito que Maximiliano había pedido como condición para aceptar la corona. Como escribió un historiador francés, entre sus erradas decisiones y la parcialidad de sus agentes en México, el emperador de los franceses estaba comprometido en una misión cada vez más complicada, y el ejército francés tenía sobre sus hombros la tarea de hacer reconocer un Imperio sobre toda la superficie de un país habituado al gobierno federal y leal a la República en su mayor parte.

Juárez. La Rebelión interminable

A principios de noviembre de 1863, el general Bazaine inició la campaña. El ejército de ocupación contaba en ese momento con 34 144 hombres del ejército regular más 600 contraguerrilleros y 12 000 aliados mexicanos del ejército conservador. Si se restan de esas fuerzas las designadas por Bazaine para la guarnición de la capital y las ciudades de Puebla, Orizaba, Córdoba, Tehuacán y Jalapa, y el camino a Veracruz, eran más de 40 000 los efectivos militares a los que tendría que hacer frente el ejército nacional en esta campaña.

Dos columnas formó el general Bazaine para destruir los principales núcleos del ejército de la República y ocupar las regiones más populosas del país: la primera, mandada por los generales Castagny y Márquez, debía avanzar a Toluca y Morelia; la segunda, encabezada por el general Douay, debía tomar Querétaro, León y Guadalajara. Ocupadas esas ciudades, se avanzaría sobre San Luis Potosí. Esta vez los franceses eran conscientes de que no se trataba de ningún paseo militar y avanzaron con todas las reglas del arte de la guerra, que los hacían el mejor ejército del mundo.

¿Cuál era el objetivo real de esta campaña? En el informe que Bazaine dirigió a su gobierno, él lo veía así:

¿Queréis conocer la verdadera condición del país? Pues aquí la tenéis en pocas palabras. Dondequiera que ocupamos una plaza, rige la paz, y las poblaciones se declaran por la intervención y la monarquía; en todas las demás partes imperan la guerra y el mutismo más

desalentador. Tal estado de cosas durará mientras el gobierno de Juárez se encuentre en San Luis Potosí, con gobernadores en las capitales del interior y con grandes recursos en los puertos del Pacífico y en las fronteras del norte, y todavía en la posesión de las apariencias y de ciertas formas de poder legal. Es indispensable, por lo tanto, rechazarlo.

36. Juárez en San Luis Potosí

Benito Juárez había fijado su gobierno en San Luis Potosí, con lo que se creaba una situación semejante a la de la guerra de Reforma: dos gobiernos se disputaban el dominio del país, resueltos a no cejar hasta destruir al otro; pero a diferencia de lo que ocurría en 1858, no se trataba de una guerra civil, sino de la resistencia frente a un gobierno impuesto y sostenido por un invasor extranjero. Para los partidarios de la República, ya no era un asunto de ideología, sino de soberanía nacional.

Juárez encarnaba ese sentimiento y lo sentía de manera vivísima. A la voluntad que lo sostuvo en la guerra de Reforma se sumaba la de la defensa de la patria, en peligro de muerte, y la conciencia de ser, en tanto presidente constitucional, la garantía de la preservación de la independencia, la soberanía y la legalidad.

Llegado a San Luis Potosí el 9 de junio de 1863, al día siguiente Benito Juárez dirigió un Manifiesto a la Nación por el que informaba que había decidido instalar la capital de la República en San Luis Potosí. Se hubiera podido defender la ciudad de México lo mismo que se defendió Puebla, explicaba Juárez, pero finalmente el gobierno resolvió no hacerlo para preservar todos los elementos de guerra ahí concentrados.

Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora — escribió Juárez —, será débil en los demás. Disemi-

nado, será débil en todas partes. Él se verá estrechado a reconocer que la República no está encerrada en las ciudades de México y Zaragoza; que la animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor a la independencia y la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano.

Se engañaban los franceses al creerse dueños del país cuando apenas comenzaban a palpar las enormes dificultades de su insensata expedición, cuando habían gastado tantos recursos para apenas ocupar Puebla y la capital. Y ante un pueblo así, ante el dilatado país, bastará, decía Juárez, el valor de los mexicanos, su perseverancia, sus sentimientos republicanos, para derrotar finalmente al injusto y pérfido enemigo.

Así se fijó la voluntad de resistencia del gobierno, tras lo cual Juárez consiguió el respaldo explícito de todos los gobernadores. Entonces, se dedicó a conseguir los elementos necesarios para fortalecer al ejército, apostando aún a la guerra regular, aunque estimulando igual que antes la resistencia guerrillera en las regiones ocupadas.

La elección de San Luis Potosí como capital de la República no había sido azarosa. Estaba lo suficientemente lejos de México como para obligar a los franceses a emprender una campaña formal para ocuparla y, a la vez, en el centro de un triángulo formado por los dominios de los caciques liberales de mayor poder: Jesús

Juárez. La Rebelión interminable
González Ortega, de Zacatecas; Santiago Vidaurri, de Nuevo León; y Manuel Doblado, de Guanajuato. Juárez tenía por fuerza que contemporizar con sus poderosos aliados y rivales, y aceptar su fuerza y prestigio si quería construir un verdadero ejército, para lo cual encargó la secretaría de Guerra a Ignacio Comonfort, jefe de la antigua facción moderada a que pertenecían Doblado y Vidaurri.

Pero el ex presidente Comonfort falleció en una operación militar menor en noviembre de 1863, con lo que se canceló la vía de negociación con Vidaurri, quien pretendía el control autónomo de los enormes recursos del noreste y los considerables ingresos de la aduana de Matamoros, por la que salían los productos de la Confederación Sureña, bloqueada por la marina de la Unión durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos.

A principios de septiembre de 1863, Juárez nombró un nuevo gabinete: encargó la Secretaría de Relaciones a Manuel Doblado, la de Justicia a Sebastián Lerdo de Tejada, la de Guerra — como ya se dijo — a Comonfort, y la de Hacienda a José Higinio Núñez. Pero Doblado renunció a su cargo poco después, por conflictos con los liberales puros, que le echaron en cara su falta de fe en la causa de la República. Entonces, ocupó la cabeza del ministerio, como canciller, Sebastián Lerdo de Tejada, y se designó en Justicia a José María Iglesias. Sin saberlo, Juárez acababa de dar con su gabinete más estable.

En efecto, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias serían los colaboradores más eficaces del

presidente Juárez y los pilares del gobierno itinerante. La administración de los territorios bajo control republicano, la defensa diplomática de México y, sobre todo, la coordinación de la resistencia nacional, recaería durante cerca de cuatro años en las espaldas de Juárez, Lerdo e Iglesias.

Sebastián Lerdo de Tejada nació en Xalapa en 1823; estudió derecho y en 1852 fue nombrado rector del Colegio Nacional de San Ildefonso, la más importante escuela superior de la época, en donde ganó tal reconocimiento durante su gestión; en 1855 fue electo magistrado de la Suprema Corte de Justicia. En 1857 se encargó por primera vez de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Gobernación, cargo que abandonó a los pocos meses para seguir atendiendo la rectoría de San Ildefonso.

En 1861 fue electo diputado al Congreso de la Unión, y en varias ocasiones lo presidió. Cuando ocupó la presidencia del Congreso, buscó una estrecha colaboración entre los poderes legislativo y ejecutivo, esforzándose por respaldar las acciones del presidente Juárez. Fue él quien en mayo de 1863 propuso y logró que el Congreso de la Unión le otorgara facultades extraordinarias al presidente, al que acompañó a San Luis Potosí, en donde —como ya dijimos— fue designado secretario de Justicia primero y de Relaciones Exteriores y Gobernación después, cargo que serviría durante el resto de la intervención francesa.

José María Iglesias nació también en 1823, en la capital de la República; se tituló de abogado y en 1847

Juárez. La Rebelión interminable empezó su carrera como periodista liberal. Al año siguiente participó en la redacción colectiva de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, libro magistral, excelente y dolorido, que unió y dio firmeza ideológica a varios de los jóvenes liberales que años después acompañarían a Benito Juárez en sus esfuerzos.

En 1855, sin dejar su trabajo periodístico, empezó a colaborar con Guillermo Prieto en la Secretaría de Hacienda; posteriormente sirvió cargos de alto nivel en otras secretarías de Estado, hasta que Juárez le entregó la responsabilidad de la cartera de Justicia, en 1863, a la que se sumaría poco después la de Hacienda. Como secretario de Hacienda, Iglesias hizo milagros para encontrar dinero donde no lo había, enfrentando muchas veces a los caciques y gobernadores que se negaban a entregar al gobierno federal los recursos que le correspondían. Su firmeza de carácter y su habilidad en el manejo del exiguo tesoro público hicieron de él un hombre imprescindible para el presidente Juárez, al que además sirvió como formidable propagandista mediante sus *Revistas Históricas de la Intervención Francesa en México*, destinadas a mostrar a los gobiernos europeos y americanos la posición de México.

Durante los cuatro años en los que Benito Juárez dirigió la resistencia nacional contra la intervención desde distintos puntos de la República, encarnando el espíritu de la soberanía y la voluntad nacionales, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias fueron sus más leales colaboradores y firmes pilares de su gobierno.

37. La ofensiva francesa del otoño de 1863

A finales de octubre de 1863 las fuerzas del ejército francés de ocupación, asentadas en la ciudad de México, iniciaron sus movimientos rumbo al norte y al occidente, pues los imperialistas necesitaban derrotar a los ejércitos de la República, echar a Juárez de San Luis Potosí y preparar un plebiscito respaldado por sus bayonetas para contarle al archiduque Maximiliano de Austria que todo México lo quería por emperador.

La columna del general Douay ocupó Querétaro el 7 de noviembre y el 30 de ese mes la columna de Castagny entró a Morelia sin combatir, pues el jefe de las fuerzas mexicanas, general Felipe Berriozábal, consideró inútil ofrecer una resistencia formal.

De inmediato, el general Bazaine ordenó que el grueso de ambas columnas confluyera en Salamanca, mientras fuerzas menores ocupaban la ciudad de Guanajuato. Al norte de Silao esperaba el grueso del ejército republicano, encabezado por los generales Manuel Doblado y José López Uruga, al que Bazaine intentó cercar entre las columnas francesas, para lo cual ordenó una serie de movimientos sobre León, Lagos de Moreno y Pénjamo, a fin de tratar de forzar una batalla campal, que sería necesariamente dispareja, pues los franceses tenían más de 30 000 hombres y las fuerzas de Doblado no llegaban a los 20 000. Maniobrando con habilidad,

Juárez. La Rebelión interminable
el caudillo guanajuatense evadió el cerco que querían tenderle los invasores y se refugió en Aguascalientes, dejando las principales ciudades de Guanajuato en manos del ejército francés.

Así, a mediados de diciembre parecían conseguidos los primeros propósitos de la ofensiva, con la ocupación de Toluca, Querétaro, Morelia y Guanajuato, pero Bazaine no se engañaba, pues no había podido dar ni un solo golpe a las fuerzas de la República. Eso se hizo patente el 18 de diciembre, cuando López Uruga atacó vigorosamente Morelia y, tras una sangrienta batalla, se retiró con la mayor parte de sus fuerzas al sur de Jalisco, donde se le unió el general José María Arteaga con las tropas que habían estado de guarnición en Guadalajara, ocupada por Bazaine el 5 de enero.

Mientras tanto, el general Tomás Mejía avanzaba sobre San Luis Potosí, respaldado por el general Neigre. Los invasores ya ocupaban las ciudades de Lagos de Moreno, León y Aguascalientes y la posición de San Luis se hacía muy frágil, por lo que el presidente Juárez se movió con su gobierno hacia el Mineral de Catorce. El general Miguel Negrete recibió la encomienda de batir a Mejía, para lo cual decidió salir de la capital potosina y atacarla luego de que la ocuparan los imperialistas. El día 27 de diciembre se libró una batalla dentro de la ciudad que desde seis meses atrás había sido la capital de la República. Negrete fue vencido y perdió toda su artillería, quedando Mejía dueño de la situación. Al conocer el resultado de esta acción de armas, Juárez se retiró a Saltillo, donde fijó temporalmente su residen-

cia. Por último, el 6 de febrero fue ocupada Zacatecas por las fuerzas del general Douay.

De esta manera, al iniciar 1864, la intervención francesa había duplicado o triplicado los territorios nominalmente bajo su control. La facilidad con la que se efectuó aquel movimiento, las victorias de Márquez sobre López Uruga y de Mejía sobre Negrete; el repliegue de los ejércitos de la República y la retirada de Juárez a Saltillo, todo hacía pensar a los intervencionistas que estaba cercana su victoria.

Pero la realidad era muy distinta. Los ataques de López Uruga y de Negrete, aunque formaban parte de un plan de retirada general, fueron suficientemente vigorosos para mostrar a los intervencionistas la fuerza del ejército de la República. El presidente Juárez se retiraba al norte, tranquilamente, sin soltar la bandera de la legalidad republicana. Las fuerzas francesas de ocupación fueron recibidas fríamente en todas las poblaciones que ocuparon, con excepción de León.

En cada población que ocupaban, los franceses convocaban a juntas para levantar actas de adhesión al Imperio y satisfacer de esa forma, fundados en la fuerza, las condiciones puestas por el archiduque Maximiliano para aceptar la corona de México. No es necesario señalar la escasa o nula legitimidad de semejante ejercicio, del que hablaremos posteriormente.

Mientras los franceses y sus aliados imperialistas preparaban las actas de adhesión al Imperio en las poblaciones recién ocupadas, el presidente Juárez instalaba en Saltillo la capital de la República, desde enero

Juárez. La Rebelión interminable de 1864. Al recorrer las vastas extensiones semidesérticas que separaban San Luis Potosí de la nueva capital, don Benito se internó en un México distinto del que conocía. En Saltillo ya estaba de lleno en el vasto norte, en los extensos y poco poblados territorios que nunca formaron parte de las altas culturas de Mesoamérica; una zona de colonización tardía y epidérmica, caracterizada por la guerra permanente contra los belicosos grupos nómadas, guerra que seguía siendo el principal asunto público en estados como Sonora, Chihuahua y Coahuila.

La ocupación del septentrión de la Nueva España fue una aventura desmesurada y audaz, que no ha recibido suficiente atención por parte de los historiadores. Unos pocos centenares de hombres ávidos de aventuras, honores y riqueza, bajo los más brutales y los más generosos impulsos, se lanzaron a la conquista de unos territorios ásperos y vastísimos, escasamente habitados por belicosas naciones nómadas, mucho más difíciles de reducir que las altas culturas de Mesoamérica, para llevar a tan difíciles tierras su cruz y su espada, sus viñedos y sus trigales, sus vacas y sus ovejas (los caballos llegaron por su cuenta y riesgo), su ambición y su espiritualidad, su miseria y su grandeza. En el dilatado Septentrión nació una sociedad de frontera, inestable y violenta, cuyos habitantes vivían rodeados de peligros, pero sin las sujeciones del orden señorial tradicional establecido en el centro. La guerra y la paz con los indios fueron la preocupación vital y definitoria para los habitantes del Septentrión, desde la expedición

de Nuño de Guzmán a la Nueva Galicia, en 1530, hasta 1880, cuando se enfrentaron los guerreros de Victorio con los “campañadores” del coronel Joaquín Terrazas, en el último combate masivo de la guerra apache.

No es nuestro tema la historia del norte de México y su carácter de frontera cultural, todavía en la época en que Juárez se internó en sus vastas soledades; no es nuestro tema el de las endémicas guerras con las naciones indígenas ni el de las hazañas del puñado de misioneros, soldados, mineros y agricultores que a lo largo de 250 años recorrieron la frontera desde el río Lerma hasta el Bravo; pero sí es necesario señalarlo para entender los siguientes tres años de la vida de nuestro personaje.

La estancia de Juárez en esos territorios los unió a la República como ninguno de los eventos ocurridos desde la guerra de independencia. Varias comunidades de los desiertos de Coahuila y Chihuahua recibieron tierras o fueron elevadas a municipios por el presidente errante; los vecinos de esos pueblos se incorporaron decididamente a las fuerzas de la República, ya como soldados regulares, ya como guerrilleros. El norte fue juarista y, al serlo, fue mexicano, pues, como escribió el historiador José Fuentes Mares, y tal como veremos más adelante, entre 1864 y 1867 México se refugió en el desierto.

38. Juárez en Saltillo

Al llegar a Saltillo, además de encontrarse con una sociedad de frontera, inestable y violenta, Benito Juárez entraba también a la tierra de soberbios caciques celosos de la autonomía del norte y de su orgullosa independencia. El más poderoso de ellos, Santiago Vidaurri, gobernador de Nuevo León y Coahuila, estaba utilizando los recursos de las aduanas fronterizas y del puerto de Matamoros, puertos de salida del comercio de la Confederación Sudista en la guerra civil estadounidense, para impulsar el desarrollo regional; de esta manera regateaba los elementos que el gobierno federal necesitaba para la defensa nacional. La autonomía que Vidaurri pretendía, los recursos que manejaba y la fuerza de sus guardias nacionales lo llevarían necesariamente al enfrentamiento con un presidente que carecía de esa fuerza y esos recursos, pero que tenía en cambio la certeza de su papel como símbolo de la legalidad republicana y de la soberanía nacional.

Juárez llegaba aparentemente derrotado a Saltillo y como tal fue tratado por Vidaurri, pero antes de atender la insubordinación del cacique regiomontano, Juárez tuvo que resolver otro problema, pues no era sólo Vidaurri quien pensaba que el presidente estaba vencido. Recién llegado a Saltillo, a principios de enero, Juárez recibió una delegación que, en nombre de los

generales Manuel Doblado y Jesús González Ortega, le propuso seriamente que renunciara a la Presidencia de la República para que su sustituto pudiera negociar el fin de la intervención, considerando que, por ministerio de ley, ese sustituto debía ser el general González Ortega, quien había sido electo presidente de la Suprema Corte en 1861.

Al presentarle semejante propuesta, los caudillos de Guanajuato y Zacatecas estaban cayendo en una trampa hábilmente tendida por el general Bazaine, quien les había enviado comunicados haciéndoles creer que la intervención no era una guerra de conquista y que los franceses estaban dispuestos a tratar con el partido liberal, siempre que se hiciera a un lado al señor Juárez. Por ello, los dos generales le pedían a Juárez que, por patriotismo, renunciara a su alto cargo, para poner fin al sufrimiento de los mexicanos.

El presidente Juárez meditó detenidamente la respuesta que debía dar, y la envió a Doblado el 20 de enero. En esa carta fijó claramente los principios que lo habían guiado y que sostendrían a la República durante los tres años siguientes, por lo que es necesario citarla por extenso. Tras saludar afectuosamente a Doblado y referirse a los antecedentes de la petición que le hacían, el presidente escribió:

Por más que he apurado mi pobre pensamiento no alcanzo una razón bastante poderosa para que me convenza de la conveniencia de la medida que se desea. Por el contrario, la veo como un ensayo pe-

Juárez. La Rebelión interminable

ligrosísimo que nos pondría en ridículo, nos traería el desconcierto y la anarquía, y a mí me cubriría de ignominia, porque traicionaba a mi honor y a mi deber, abandonando voluntariamente, y en los días más aciagos para la patria, el puesto que la nación me ha encomendado. Temo con tanta más razón este resultado, cuanto que no hay seguridad de que el enemigo trate con el señor González Ortega [...] ni con ningún otro mexicano que no acepte la intervención.

Además, los hechos están demostrando que el enemigo no busca la destrucción de las personas, sino del gobierno que por sí se ha dado la nación. Por eso ha establecido ya la monarquía con un príncipe extranjero y por eso Napoleón [...] ha dicho que en la expedición a México no tenía un plan preconcebido; que quería el triunfo de sus armas, lo que ya está conseguido, y que ahora quiere el triunfo de los intereses de Francia, poniendo los destinos de México en manos de un príncipe [...] Ya ve usted que no se trata de la persona que ejerce el gobierno nacional sino de un gobierno que reciba su ser de Napoleón y que nazca de la Intervención, para que obre por los intereses de Francia. Por esto creo que mi separación no sólo sería un paso inútil, y ridículo a los ojos del enemigo, sino peligroso por el desconcierto y la anarquía que de ello pudiera resultar [...].

Estas consideraciones y otras, que no es dable concretar en los límites de una carta, avivan más y más en mí los sentimientos de patriotismo, de honor y del deber de continuar en este puesto, hasta que el

voto nacional, por los conductos legítimos me retire su confianza, librándome de la obligación que hoy pesa sobre mí, o hasta que la fuerza de la Intervención [...] me lance de él.

Entretanto, yo seguiré haciendo todos los esfuerzos para ayudar a la patria en la defensa de su independencia, de sus instituciones y de su dignidad. Es verdad que la situación nos es desfavorable por ahora, y no me hago la ilusión de creer que estamos en tiempos bonancibles; pero yo sé que nuestro deber es luchar en defensa de la patria, y entre la defensa de una madre y una traición no encuentro punto medio honroso.

Tras presentar su posición con tal claridad, el presidente Juárez pedía a Doblado que no se tomara a mal la respuesta que le daba y que siguiera, como hasta ese momento, sirviendo a la patria y haciendo la guerra al enemigo. Y lo más significativo, lo que muestra el temple de aquellos hombres, es que a pesar de que Doblado y González Ortega ya habían iniciado las negociaciones con Bazaine y a pesar también de que el jefe francés les pedía que desconocieran a Juárez, que lo derribaran, pues eran ellos quienes tenían la fuerza de las armas, ambos caudillos, aunque disgustados, aunque disintiendo de la firme posición de Juárez, siguieron sirviendo con lealtad la causa de la República y reconociendo la autoridad suprema de Juárez.

Resuelto el problema con Doblado y González Ortega, pudo Juárez atender la tormenta que se estaba

Juárez. La Rebelión interminable formando en Monterrey y responder a los desafíos que durante enero le había planteado Vidaurri. La fórmula que encontró Juárez para someter a Vidaurri estaba plenamente apegada a derecho y consistía en ordenarle al cacique que pusiera de inmediato a disposición del secretario de Hacienda, José María Iglesias, los recursos federales de las aduanas fronterizas y marítimas que él controlaba.

Cuando Vidaurri se negó a atender las instrucciones de Iglesias y finalmente amenazó al gobierno con la desobediencia franca y la rebelión, el presidente Juárez ordenó el traslado de la capital de la República a Monterrey. Escortado por los soldados de Guanajuato, comandados por el general Manuel Doblado, el 10 de febrero de 1864, Juárez salió rumbo a Monterrey para enfrentar personalmente al poderoso cacique regiomontano.

Sin embargo, una fuerte enfermedad lo obligó a regresar a Saltillo, y fue ahí donde dictó las medidas necesarias para destruir la base del poder de Vidaurri, apostando a la lealtad de varios de los jefes de la guardia nacional del noreste, pues aunque eran subordinados de Vidaurri, Benito Juárez los había sondeado y confiaba que no secundarían el llamado abierto a la rebelión, que sería la segura respuesta del cacique.

En efecto, Vidaurri desconoció al gobierno federal, pero cometió un grave e imperdonable error, a los ojos de los valientes soldados del noreste que hasta entonces habían sido la base de su poder: hizo pública una carta en la que Bazaine lo invitaba a unirse al Impe-

rio y anunció que se celebraría un plebiscito en Coahuila y Nuevo León para que sus habitantes optaran entre el Imperio y la República; entre la paz y la guerra (la paz impuesta por las bayonetas francesas o la guerra en que se empecinaban los defensores de la soberanía nacional).

La respuesta de Juárez fue fulminante: el 5 de marzo declaró traidores a la patria a Vidaurri y a quienes lo secundaran. Las principales poblaciones de Nuevo León repudiaron a su gobernador; las fuerzas de los generales González Ortega, Negrete y Patoni se concentraron en Saltillo; los tamaulipecos, hasta entonces partidarios de Vidaurri, declararon su adhesión al presidente, lo mismo que las guardias nacionales de Coahuila, que mandaba Andrés Viesca, y los nuevoleonenses de los generales Escobedo y Aramberri. Entonces, el otrora poderoso cacique huyó a Texas y aunque reconoció al Imperio, sólo llevó a los invasores su menguado prestigio y no la fuerza de su cacicazgo y de sus hombres.

De esta manera, el mapa político norteño cambió con el desplome de cacicazgos añejos, como el de Santiago Vidaurri; con el afianzamiento de la independencia de Coahuila respecto de Nuevo León; y con la consolidación de cacicazgos nuevos, como los de Ignacio Pesqueira en Sonora, Luis Terrazas en Chihuahua o Gerónimo Treviño en Nuevo León.

39. La guerra de guerrillas

Casi al mismo tiempo de la defección de Vidaurri, ocurrió otro episodio que señaló el cambio definitivo en la estrategia militar de la República. A fines de marzo de 1864 estallaron serias dificultades entre el jefe del ejército del centro, José López Uruga, y los generales Ramón Corona y José María Arteaga. La disputa tenía como fondo la negativa de López Uruga a actuar como jefe de un ejército en territorio ocupado por el enemigo y, por consiguiente, la reconversión de las fuerzas a su mando en partidas guerrilleras. Para este militar de carrera la guerra formal ya estaba perdida, sólo quedaba aceptar la derrota y someterse al Imperio, en tanto que para Arteaga y Corona, generales surgidos de la guardia nacional, la lucha apenas empezaba. Cuando López Uruga reconoció al Imperio, las fuerzas de Michoacán, Jalisco y Guanajuato aclamaron a Arteaga como jefe, mientras Corona recibía la encomienda de organizar nuevas fuerzas en el noroeste.

La defección de Vidaurri y López Uruga fue una purga saludable para la República, pues permitió replantear la lucha en las regiones ocupadas nominalmente por los franceses e imperiales, lo que dio una nueva forma a la resistencia nacional. En cada pueblo de los estados del centro y occidente, cuyas principales ciudades estaban ocupadas por el enemigo, valerosos

jefes de guerrilleros tenían autonomía de movimiento y sólo se unían a los jefes principales en algunos momentos, para acciones de mayor envergadura. A las órdenes nominales de Arteaga combatían Carlos Salazar y Nicolás de Régules en Michoacán; Manuel García Pueblita en Guanajuato; Vicente Riva Palacio y Nicolás Romero en el oriente de Michoacán, el occidente del Estado de México y a veces hasta Hidalgo; Antonio Álvarez e Ignacio Manuel Altamirano en Guerrero; Antonio Rojas en Jalisco y muchos jefes más, que hicieron, sobre todo en Michoacán, la vida imposible a los franceses.

Esta estrategia, sancionada y aprobada por el presidente Benito Juárez, fue imitada por el general Porfirio Díaz en Oaxaca, como jefe del Ejército de Oriente. Hubo entonces, en 1864 y 1865, dos tipos de guerra: la resistencia guerrillera encabezada por Arteaga y Díaz, en los territorios ocupados, y los intentos de resistencia formal en el norte, bajo control nominal del gobierno, encabezada por jefes como Doblado, González Ortega, Negrete y otros, que hacia fines de 1865 cedieron su puesto a dos caudillos emergentes, verdaderos héroes del nuevo tipo de guerra: Ramón Corona, como jefe del Ejército de Occidente, y Mariano Escobedo, jefe del Ejército del Norte. En poco tiempo fue evidente que la resistencia formal era mucho menos ventajosa que la estrategia guerrillera.

Tan pronto sometió a Vidaurri, Juárez regresó a Monterrey, para establecer el 3 de abril la capital de la República en la Sultana del Norte, en medio del entusiasmo de la población. Durante su estancia en Mon-

Juárez. La Rebelión interminable
terrey, Juárez dedicó las mayores energías y recursos a fortalecer la cohesión militar de los ejércitos de la República, pero una serie de derrotas revelaron la imposibilidad de hacer frente en campo abierto a grandes concentraciones de franceses.

En los primeros meses de 1864 los franceses ocuparon Colima, Zacatecas, Aguascalientes y Fresnillo. En mayo, el general Manuel Doblado, al frente de 7 000 hombres, intentó detener el avance de los franceses hacia Saltillo, pero fue destrozado perdiendo más de 1 000 hombres y toda su artillería. En otros combates fueron capturados el general Ghilardi y el gobernador de Aguascalientes, José María Chávez, ambos fusilados por los franceses.

Ante esta situación, fueron opacándose los nombres de los caudillos de la guerra regular, como González Ortega, Doblado, Patoni o Negrete, y su lugar fue ocupado por una vigorosa oleada de caudillos surgidos del pueblo, que no daban respiro a los franceses en ningún punto que estos ocuparan. Así cobraron fama los nombres de Nicolás Romero, El León de la Montaña, ejecutado en Mixcalco por los franceses; del Lancero de la Libertad Cresencio Morales, muerto en combate; del feroz Antonio Rojas, muerto en combate también; de Nicolás de Régules, que desbarató en Tacámbaro a los voluntarios belgas del regimiento de la emperatriz; de Alejandro García, de Manuel García Pueblita, de José Vicente Villada y de tantos patriotas más.

El propio Benito Juárez explicó años después, en una reflexión sobre la derrota de Francia en la guerra

contra Prusia, que “La lucha guerrillera [...] es la única guerra de defensa real, la única efectiva contra un invasor victorioso”, y añadió que habría que imitar allá la táctica desplegada en México,

hostigando al enemigo de día y de noche, exterminando a sus hombres, aislando y destruyendo sus convoyes, no dándole ni reposo, ni sueño, ni provisiones, ni municiones; desgastándolo poco a poco en todo el país ocupado; y, finalmente, obligándolo a capitular, prisionero de sus conquistas, o a salvar los destrozados restos de sus fuerzas mediante una retirada rápida.

Ésa es, como sabe usted, la historia de la liberación de México.

Uno de los héroes de esa nueva forma de lucha, el poeta Vicente Riva Palacio, escribió estos pareados, ante las descalificaciones que de la lucha guerrillera hacía la propaganda imperialista:

Desnudos y sin armas, pero erguidos;
sólo ante Dios doblegan la rodilla.
Si es bandido, Señor, quien no se humilla,
pertenezco desde hoy a los bandidos.

40. El 15 de septiembre de 1864

En junio de 1864 al gobierno de la República le quedaban unos 12 000 soldados regulares en el norte del país, mandados por Negrete, González Ortega y Patoni, con Cortina y Garza en Tamaulipas. Pero la derrota de Doblado abrió las puertas del norte a los franceses y mostró las dificultades de la resistencia formal frente a las fuerzas franco traidoras que se acumulaban en San Luis Potosí, Mineral de Catorce y Matehuala para continuar el avance hacia el noreste. Poco después los franceses destruyeron la resistencia de González Ortega y ocuparon Saltillo y Monterrey, de donde había salido poco antes el presidente Juárez. El 21 de septiembre el grueso del Ejército del Norte, mandado por González Ortega y Patoni, fue destruido en la batalla de Majoma, con lo que Durango quedó en poder de los franceses; y el 26 de ese mes los invasores se adueñaron del vital puerto de Matamoros, en Tamaulipas.

Estas acciones, que pusieron las ciudades del noreste en manos de los invasores, redujeron el radio de acción del gobierno de la República y obligaron a Juárez a retirarse una vez más. Don Benito dispuso que el personal de gobierno saliera de Monterrey el 15 de agosto de 1864, junto con la infantería de la División de Guanajuato. Al ver al presidente casi solo y custodiado apenas por una pequeña fuerza de caballería, el gene-

ral Quiroga, antiguo subordinado de Vidaurri, generosamente perdonado por Juárez, intentó apoderarse del presidente, pero la sola presencia de los guanajuatenses, que regresaron a Monterrey, hizo abortar la traición de Quiroga, que quedó dueño de Monterrey por unos días hasta que ocupó la ciudad el general francés Castagny, quien lo trató con el desprecio que su actitud merecía.

Mientras tanto, Benito Juárez cruzaba los desiertos del Bolsón de Mapimí y La Laguna, que entonces no era un vergel agroindustrial sino una comarca inhóspita y deshabitada, protegido por apenas 1 500 soldados que González Ortega había conseguido salvar de sus derrotas.

Benito Juárez pasó por Parras y Viesca, Coahuila. Desde esta última población se internó en la áspera Comarca Lagunera y a fines de agosto arribó al único poblado de la región, el rancho de Carreras o Matamoros, donde fue recibido con las mayores muestras de adhesión y respeto.

El presidente Juárez dictó un par de decretos, dejó unas cajas de papeles viejos que iba cargando desde la ciudad de México y siguió poniendo desierto entre su gobierno y las caballerías del general Castagny. Para él fue sólo un punto en el camino, pero su paso incorporó la región a la historia nacional. Los decretos firmados por Juárez dieron a los vecinos del poblado los derechos a la tierra y al agua por los que peleaban desde 30 años atrás, con lo que acabó de manera legal con la omnipresencia del latifundio. Los papeles que ahí quedaron fueron parte del Archivo de la Nación que los labriegos de Matamoros y sus anexos, El Gatu-

Juárez. La Rebelión interminable ño y La Soledad, custodiaron durante tres años a costa de (valga el lugar común) sangre, sudor y lágrimas, tal como lo ha narrado magníficamente Paco Ignacio Taibo II en *La lejanía del tesoro*.

Al cruzar el río Nazas, que durante esos meses, en ese año, llevaba un caudal considerable, don Benito entró a territorio de Durango y se detuvo en la hacienda de Santa Rosa, cercana al lugar donde años después se fundó Ciudad Lerdo, para entrevistarse con los generales González Ortega, Alcalde y Patoni, quien ostentaba el cargo de gobernador del estado. Los generales le propusieron al presidente reunir todas las fuerzas disponibles y atacar de manera sorpresiva la plaza de Durango, para que en ella pudiera establecerse el gobierno.

Mientras se organizaba y llevaba a cabo esa expedición, el presidente permaneció en la villa de Mapiquí y en las haciendas de La Loma, La Goma, Pedriceña y El Sobaco. En este último lugar, una desolada rancharía del desierto, se celebró el grito del 15 de septiembre, por iniciativa de los soldados de la pequeña escolta del presidente, que prendieron un centenar de fogatas, consiguieron alguna tambora, un violín, y vitorearon con ardor a la patria y a los héroes. Por petición, tanto de los soldados como del presidente, Guillermo Prieto, que formaba parte de la comitiva, improvisó un poético discurso cuya parte central decía:

La patria es sentirnos dueños de nuestro cielo y nuestros campos, de nuestras montañas y nuestros lagos, es nuestra asimilación con el aire y con los luceros, ya

nuestros; es que la tierra nos duela como carne y que el sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestros nombres y el de nuestros padres; decir patria es decir amor y sentir el beso de nuestros hijos, la luz del alma de la mujer que dice "te amo"... Y esa patria sufre y nos llama para que la liberemos de la infamia y de los ultrajes de extranjeros y traidores.

El entusiasmo de los soldados, la serenata que llevaron a Benito Juárez esa madrugada, el vibrante y evidente afecto con el que cada pueblo del desierto recibía a la comitiva presidencial, eran para Juárez muestras evidentes de la existencia de un novedoso espíritu nacional y republicano que lo confirmaban en la idea de resistir a todo trance.

Al día siguiente de la emotiva fiesta nacional, los vecinos de la población de Nazas invitaron al presidente a hospedarse en ella, donde fue recibido con grandes muestras de alegría, por lo que decidió esperar en ese lugar el resultado de las operaciones de González Ortega contra Durango. El activo caudillo zacatecano realizó una serie de movimientos, tras los cuales enfrentó a los franceses en el cerro de Majoma el 21 de septiembre. La batalla fue sangrienta y su resultado incierto durante varias horas; finalmente los patriotas tuvieron que retirarse sin haber logrado destruir a las fuerzas invasoras y sin la posibilidad de recuperar Durango, aunque los franceses sufrieron bajas de tal consideración que se replegaron a la perla del Guadiana a esperar refuerzos y no pudieron avanzar en persecución de Juárez, con lo

Juárez. La Rebelión interminable que el símbolo de la legalidad republicana fue salvado, una vez más, por los soldados de la República.

Aunque el ejército de González Ortega se retiró de Majoma en orden, la penosa marcha a través del desierto terminó en una deserción generalizada. Ante la destrucción del último ejército formal de la República, Juárez tomó la decisión de refugiarse en la remotísima ciudad de Chihuahua, que entonces estaba a cientos de kilómetros de las ciudades más cercanas, aislada del resto del país a causa de las constantes incursiones de los apaches.

En el camino, Juárez pasó por Villa Coronado, Valle de Allende, Hidalgo del Parral, Santa Rosalía de Camargo y Rosales, poblaciones todas en las que fue recibido con delirante entusiasmo, en donde hubo fiestas, bailes y serenatas en las que el presidente, gran bailarín, tomó parte activa, de tal modo que cuando finalmente llegó a Chihuahua era aún más sólida su convicción de resistir a todo trance al invasor.

41. ...y México se refugió en el desierto

El 12 de octubre de 1864, dos meses después de haber salido de Monterrey, el presidente Benito Juárez llegó a Chihuahua e instaló ahí la cuarta capital de la República itinerante, que antes había estado en San Luis Potosí, Saltillo y Monterrey.

Juárez llegaba a un territorio marcado por la dureza de la guerra contra los apaches, más presente en Chihuahua que en cualquier otro de los estados del norte, pero también señalado por las pugnas entre los propios liberales. Unos meses antes, Juárez había tenido que enviar al general Patoni, gobernador de Durango, a derribar al gobernador de Chihuahua, general Luis Terrazas, amigo y partidario de Vidaurri. Se temía que Terrazas traicionara también a la República, pero este jefe, que en el futuro sería un desmesurado latifundista, se retiró a la frontera en actitud leal, mientras el general Ángel Trías asumía el gobierno del estado.

De ese modo, cuando Juárez llegó a Chihuahua, se dedicó a restañar las heridas entre los liberales, y el general Terrazas fue incluido en la organización de los festejos de bienvenida y después, entre el personal de gobierno, para que, al año siguiente, en elecciones a las que convocó el presidente Juárez, Terrazas fuese electo gobernador.

Juárez. La Rebelión interminable

Chihuahua fue el refugio ideal para el gobierno de la República. Los generales Trías y Terrazas, y caudillos como Manuel Ojinaga, Joaquín Terrazas, Jesús José Casavantes y otros jefes fogeados en la lucha contra los apaches, dieron su protección y respaldo al gobierno itinerante durante los diez meses que permaneció en la ciudad y luego en el último rincón de la patria, Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, quinta sede del gobierno republicano.

El gobierno se retiró a Paso del Norte el 5 de agosto de 1865, porque las fuerzas francesas del general Brincourt habían tomado Parral y avanzaban sobre Chihuahua. La marcha del gobierno y su escolta por el desierto fue terrible. Durante largos días caminaron entre la capital y el remoto remanso sobre el río Bravo al que Juárez se dirigía, en el mes más cálido del año. Largos y terribles días que cobraron la vida de varios de los soldados de Guanajuato, que nunca habían visto un desierto así, ni siquiera en su travesía por el Bolsón de Mapimí en septiembre y octubre del año anterior.

Tras la ocupación de la ciudad de Chihuahua, las fuerzas francesas anunciaron con bombos y platillos que Juárez había salido del país por Paso del Norte, para internarse en territorio estadounidense, y por esa razón el archiduque Maximiliano, instalado en la ciudad de México con el título de emperador, publicó el terrible decreto del 3 de octubre de 1865, condenando a muerte a quienes siguieran resistiendo al invasor. El decreto fue aplicado de inmediato al comandante en jefe del Ejército Republicano del Centro, general José María

Arteaga; al gobernador de Michoacán, general Carlos Salazar; a los coroneles José Trinidad Villagómez y Jesús Díaz Paracho, y al capitán Juan González, a quienes recordamos como los mártires de Uruapan y que pasan lista de presentes en el Ejército Nacional.

El famoso decreto de Maximiliano empezaba diciendo:

Mexicanos:

La causa que con tanto valor sostuvo don Benito Juárez había ya sucumbido no sólo a la voluntad nacional, sino ante la misma ley que este caudillo invocaba en apoyo de sus títulos. Hoy, hasta la banderita en que degeneró dicha causa ha quedado abandonada por la salida de su jefe del territorio patrio.

La falaz argumentación en que se fundaba el sanguinario decreto cayó por su propio peso a fines del mismo mes de octubre, cuando el general Brincourt tuvo que abandonar Chihuahua, a la que regresó el presidente a mediados de noviembre, aunque sólo por unos días, pues el alto mando francés dispuso el envío de nuevas fuerzas a Chihuahua y don Benito tuvo que cruzar por tercera vez el desierto, para refugiarse de nuevo en Paso del Norte.

El año de 1865 no sólo significó para Juárez una larga reclusión en el último jirón de la patria: a principios de año, tras larga y penosa enfermedad, su hijo Pepe moría en Nueva York; y antes de terminar el año se enteró de la muerte de su hijo Antonio, de sólo año

Juárez. La Rebelión interminable
y medio de edad. Entre los testimonios de su tristeza y su desesperación está una carta enviada a su esposa, Margarita Maza, el 21 de septiembre de 1865, en la que le decía:

Te escribí en el correo último manifestándote el gran pesar que me ha causado la muerte de nuestro querido Antoñito. Como debes suponer mi corazón está destrozado con golpes tan rudos como los que hemos recibido con la pérdida de nuestros hijos; pero es preciso resignarnos a tan duras pruebas y no dejarnos abatir, porque nos quedan aún hijos que necesitan de nuestra protección y amparo. Te ruego por tanto que tengas calma y serenidad, que procures distraerte y que te cuides para que puedas estar en posibilidad de cuidar de nuestra familia. No tengas cuidado por mí. Estoy con buena salud.

El año de 1866 inició, pues, con el gobierno aislado en la remota población de Paso del Norte; sin embargo, la situación pronto mejoró, pues aunque los franceses y los imperialistas hicieron algunos esfuerzos por llevar a sus fuerzas hasta tan remoto paraje, nunca pudieron organizar una expedición seria antes de que la “marea” de la guerra empezara a cambiar y los ya fogueados jefes guerrilleros de la República se apuntaran cada vez más tantos en los campos de batalla. Así, el 1 de marzo, Gerónimo Treviño y Andrés Viesca obtuvieron el triunfo de Santa Isabel; el 25 del mismo mes, Luis Terrazas tomó a viva fuerza la ciudad de Chihuahua; en junio,

Mariano Escobedo ganó la batalla de Santa Gertrudis; y antes de que acabara el año, Ramón Corona liberó sucesivamente Guaymas, Mazatlán y Guadalajara. En el sur, Porfirio Díaz obtuvo las brillantes victorias de Mihuatlán y La Carbonera, recuperando Oaxaca en octubre y, por todo el país, los guerrilleros acorralaban a los franceses y sus aliados.

Con el avance de la República, Juárez pudo abandonar Paso del Norte el 8 de abril de 1866 para instalarse en Chihuahua y, a mediados de diciembre, dejó el estado grande rumbo al sur para observar desde más cerca las últimas operaciones militares contra el agonizante imperio de Maximiliano. El triunfo de la República estaba a la vista, y Juárez y sus partidarios recogían el fruto de su firmeza, pero antes de acompañar a don Benito en la etapa final de la guerra de intervención, hay que retroceder al año anterior para pasar revista al mayor conflicto interno del partido liberal durante aquellos duros años.

42. El golpe de Estado de Paso del Norte

El año de 1865 inició para la República con malos auspicios: en los primeros meses los franceses ocuparon Mazatlán y Guaymas, por lo que el gobierno de la República se quedó sin un solo puerto marítimo. Además, Oaxaca, cuartel general y base de operaciones del Ejército de Oriente, fue tomada por Bazaine y el propio Porfirio Díaz cayó prisionero, aunque después pudo fugarse.

Durante 1865 casi todo el país estaba nominalmente ocupado, pero la realidad era muy distinta: las guerrillas del Centro y Oriente se reorganizaban una y otra vez, haciendo a los franceses dueños solamente del terreno que ocupaban y el norte permanecía juarista, tanto que poderosas contraofensivas recuperaron temporalmente Nuevo León, Tamaulipas, Durango y Zacatecas.

Pero no fue sólo por el avance francés y la reclusión del presidente en el estado de Chihuahua que el año de 1865 se caracterizó por ser extremadamente difícil: Juárez había sido elegido presidente en 1861 para un periodo de cuatro años, y en 1865 tanto el emperador Maximiliano como sus rivales liberales declararon que ese periodo había terminado. Como ya hemos dicho, se dijo, incluso, que Juárez había abandonado el país, lo que nunca ocurrió, aunque estuviese “encerrado” en el último jirón del desierto.

Las acusaciones de Maximiliano no hicieron mella en los republicanos, pero sí la hizo la vieja rivalidad del presidente con González Ortega. Éste, como presidente de la Suprema Corte, declaró que, terminado el gobierno de Juárez el 30 de noviembre de 1865, a él le correspondía la primera magistratura en virtud del artículo 82 de la Constitución, que decía:

Si por cualquier motivo la elección del presidente no estuviera hecha y publicada para el 1º de diciembre, en que debe verificarse el reemplazo [...] cesará, sin embargo, el antiguo, y el supremo Poder Ejecutivo se depositará interinamente en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia.

El presidente Juárez y sus dos principales colaboradores, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias, que a partir de entonces empezaron a ser llamados “los triunviros de Paso del Norte”, alegaron que la Constitución no preveía la situación de que las elecciones no se realizaran por causa de agresión extranjera, caso en que no debía aplicarse aquel artículo, porque las complicadísimas circunstancias exigían conservar el gobierno. Las tesis jurídicas que prorrogaron el mandato de Juárez mientras continuase la guerra, redactadas por Lerdo de Tejada, han sido llamadas “el golpe de Estado de Paso del Norte”.

A mediados de 1865, a pesar de los golpes asettados por los franceses, Juárez estaba convencido de la victoria final, a la vista de un imperio que no se conso-

Juárez. La Rebelión interminable lidaba y de la realidad de la resistencia nacional, de la creciente habilidad de las guerrillas, del agotamiento del ejército francés y de la situación internacional, señalada por el aumento del poder de Prusia y por la inminente victoria de los yanquis en la guerra de Secesión estadounidense.

En ese contexto, la decisión de prorrogar el mandato del presidente se basó en esa convicción y en la certidumbre de que la remoción de Juárez desalentaría a los patriotas que luchaban en todo el país, recordando además que el general González Ortega se había mostrado proclive a la negociación con los invasores. La decisión fue correcta, sin duda. Juárez era símbolo y bandera de la resistencia republicana y existía la imperiosa necesidad de conservar el gobierno en esos angustiosos momentos, los más duros de la intervención, pero se persiguió a González Ortega con ingratitude y saña excesiva. El héroe de Calpulalpan y Puebla no supo o no quiso aceptar la situación, pero tampoco quería levantarse en armas contra el gobierno, o sostener por la fuerza sus aspiraciones; no obstante lo cual, el gobierno, erigido en gran jurado, separó a González Ortega de todos sus cargos y lo sometió al juicio de los tribunales.

Con permiso del gobierno, el caudillo zacatecano se fue a los Estados Unidos (donde, por la misma época, falleció el general Doblado), para retirarse de la vida pública y no estorbar la resistencia. Octubre y noviembre de 1865 fueron meses crueles para el héroe, de persecución y calumnias, justificables únicamente por el terrible momento que el gobierno y la patria atravesaban.

Pero no sólo se perdió a González Ortega, sino también a varios liberales puros, republicanos inclaudicables que habían sostenido y seguían sosteniendo la bandera de la soberanía nacional sin desmayo, que se hicieron a un lado o fueron hechos a un lado por su cercanía con el general González Ortega y su oposición a la prolongación del mandato de Juárez.

El más importante de los jefes que fueron identificados por el gobierno como cercanos a González Ortega, y removidos de su mando, fue el general Vicente Riva Palacio, comandante en jefe del Ejército del Centro en sustitución de José María Arteaga, recién ejecutado por los imperialistas. De manera injusta, Benito Juárez le retiró a Riva Palacio todo mando militar y le dio la jefatura del Ejército al general Nicolás de Régules. Riva Palacio se retiró a un remoto rancho de Guerrero, lejos del brazo militar del Imperio, y no pudo reincorporarse a la lucha sino hasta bien entrado 1866. También se retiraron a la vida privada, obligados por el gobierno de la República, los generales Anastasio Patoni y Miguel Negrete, y políticos como Manuel Ruiz y Guillermo Prieto.

Sin embargo, la mayoría de los patriotas apoyaron la prolongación del mandato de Juárez; entre ellos, casi todos los gobernadores de los estados, tanto los que gobernaban en territorio ocupado, como los que tenían un mando más efectivo. También respaldaron la acción de Juárez los principales caudillos militares, entre los que estaban los jefes de los cuatro ejércitos de los que dependían los innumerables grupos guerrilleros, es decir, Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Nicolás de Régules y Ramón Corona.

Juárez. La Rebelión interminable

Ante esa situación, Jesús González Ortega rindió a la patria su último servicio al retirarse a la vida privada y no continuar con sus reclamaciones, aunque cuando volvió al país, en 1867, fue aprehendido junto con su amigo Patoni como una medida preventiva tomada por el gobierno de la República.

El golpe de Estado de Paso del Norte, instrumentado en octubre y noviembre de 1865, despejó las dudas que pudiera haber sobre la legitimidad institucional de Juárez, así como su firmeza y su intransigencia en aquellos momentos en que la soberanía nacional estaba bajo amenaza efectiva. La prolongación de su mandato le permitió continuar dirigiendo la lucha durante el año de 1866, mucho más favorable para la causa de la República.

43. El Imperio de Maximiliano

Mientras Juárez y sus seguidores resistían al ejército de ocupación y sus aliados mexicanos, en abril de 1864 el archiduque de Austria, Fernando José Maximiliano, aceptó la corona que le ofrecían los conservadores mexicanos y el emperador francés, luego del fraudulento plebiscito amañado por el general Bazaine. El flamante monarca firmó con el emperador de los franceses, Napoleón III, el Tratado de Miramar, que hacía de México un protectorado francés para todo fin práctico. Por dicho tratado, el emperador francés prometía proveer al archiduque de un ejército de 25 000 hombres para apoyar al Imperio Mexicano. Por su parte, el archiduque prometía que México pagaría su deuda a Francia, más los gastos de la guerra. Ambos hicieron planes y cuentas sobre la base de los falsos informes de la riqueza de México, y no tardarían en advertir su error.

Maximiliano y su esposa, la princesa Carlota de Bélgica, llegaron a México el 28 de mayo de 1864. Mientras el emperador arribaba a México, había gobernado una junta o regencia controlada por los conservadores y el arzobispo, en constante conflicto con el general Bazaine, jefe del ejército de ocupación. Los conservadores esperaban que el emperador adoptara sus posiciones y se apoyara en ellos, pero el archiduque colocó en su gobierno a liberales moderados y logró atraerse a al-

Juárez. La Rebelión interminable
gunos de los hombres hasta entonces leales a Juárez, como Vidaurri, López Uruga y O'Horan. Esto ocasionó un rompimiento de la Iglesia y los conservadores con Maximiliano. Pero el príncipe minimizaba los crecientes disgustos de los hombres que lo habían traído a México y minimizaba aún más, pues no quería darse cuenta de la realidad, la indoblegable resistencia de los republicanos.

Hombre culto, sensible y de ideas liberales, Maximiliano desconocía por completo la realidad de México y se reveló un político torpe, un hombre extremadamente indeciso y débil de carácter, que dio como resultado un mal gobernante, a pesar de que redactó y promulgó notables disposiciones en materia de organización política y social. Tenía una tendencia extrema, enfermiza, a desconfiar de todo y de todos salvo de los aduladores, y se enemistó con quienes le sirvieron lealmente. Aun así, los conservadores mantuvieron su apoyo al príncipe, aunque éste los condujo al desastre.

Maximiliano ha sido presentado como un paladín, un príncipe heroico y desgraciado. Sin duda, murió con valor y era generoso con sus amigos; pero también era frívolo y desordenado en el trabajo de gobierno, siempre preocupado por la etiqueta de la "corte", los símbolos y las precedencias; y, sobre todo, era inconstante, desconfiado y desleal.

Se ha reprochado a Napoleón III haberlo abandonado, cuando, en realidad, lo sostuvo más allá de sus compromisos firmados en Miramar. En todo caso, el error de Napoleón III fue confiar a un hombre así

los intereses, los soldados y los recursos de Francia. Y, por encima de eso, uno y otro se equivocaron al juzgar a México. Lo creyeron un país rico y encontraron uno pobre; creían que obtendrían fácilmente rentas e ingresos para el Estado y el servicio de la deuda, por más del doble de los que en realidad podían tener; confiaron en un gran partido monárquico, y desairaron y maltrataron a quienes lo hubiesen podido hacer fuerte y vigoroso, como Miguel Miramón, Leonardo Márquez, Juan N. Almonte y el propio arzobispo Labastida, para confiar en liberales moderados sin relieve ni peso político o en traidores como Vidaurri y López Uruga.

Los retratos de Maximiliano lo muestran con los elevados instintos del caballero y las extravagancias dispendiosas del ocioso; la confianza extrema, rápidamente desaparecida; la infidelidad a la palabra empeñada; la vaguedad de un inconsistente que no sabe fijar sus propósitos y que procede por determinaciones inopinadas, inesperadas; la incapacidad para el trabajo sostenido; el desorden en el despacho de los asuntos. Era, sin embargo, de inteligencia sutil y despierta, sensible y emotivo.

Su pretendido imperio no se consolidó: nunca tuvo más fuerza que la de las bayonetas francesas y cuando Napoleón III no pudo sostenerlo más y ordenó a Bazaine, a quien había ascendido a mariscal, que iniciara la retirada escalonada de los franceses, Maximiliano estaba lejos de haber construido el ejército imperial mexicano. Durante el verano de 1866 el príncipe intentó convencer a Napoleón III de que dejara en México al

Juárez. La Rebelión interminable ejército expedicionario, y que renegociara el Tratado de Miramar.

Durante largos meses Maximiliano dudó sobre la conveniencia de retirarse con los franceses, como se lo pedían Napoleón III y Bazaine, e incluso muchos de sus colaboradores moderados, o permanecer en el país, escuchando las peticiones de los conservadores. Durante las vacilaciones del príncipe, su joven esposa, la emperatriz Carlota, se declaró decidida partidaria de quedarse en México y se embarcó hacia Europa, con la ilusión de convencer a Napoleón III de no retirar al ejército de ocupación. El emperador francés se negó, y Carlota solicitó y obtuvo una entrevista con el Papa, en cuya presencia se manifestó claramente la disociación entre su fantasía y la realidad, que la aquejaba desde su salida de México. Declarada loca, fue recluida en el castillo de Bouchot hasta el día de su muerte, acaecida el 19 de enero de 1927. Durante medio siglo esperó a su marido, el emperador de México, y su trágica y romántica figura ha inspirado muchas letras, entre las que destacan la novela de Fernando del Paso, *Noticias del Imperio* y, sobre todo, los inmortales versos de “Mamá Carlota”, escritos por Vicente Riva Palacio, cuya historia nos obliga a abrir un breve paréntesis.

Como relatamos en el capítulo anterior, Riva Palacio había sido marginado del mando del Ejército del Centro por el presidente Juárez, debido a su cercanía con la facción del general Jesús González Ortega. En su retiro, seguía las andanzas de los guerrilleros del centro, entonces encabezados por el leal y valiente general

Nicolás de Régules. Melancólico, don Vicente veía agitarse la guerra a su alrededor, hasta que le llegó una carta desde Zitácuaro, su antiguo Cuartel General.

Mi General:

Ya no hay imperio en la frontera. Mariano Escobedo ha vencido a Castagny y los enemigos huyen, preparándose a embarcarse de regreso a Francia. En la fragata Novara, la emperatriz Carlota se ha ido a Europa a pedir socorros. Aymard abandonó Zitácuaro y aquí estamos otra vez, a sus órdenes, mientras usted llega, reuniré a los amigos.

El coronel Alzati.

Riva Palacio, quien antes de meterse a guerrillero era un reconocido poeta, y con el dinero obtenido por la representación de sus dramas históricos armó el regimiento con el que participó en las operaciones en torno a Puebla, en 1863; que había perdido todas las batallas campales, pero que venció a los franceses en 100 emboscadas guerrilleras, afiló la pluma y escribió:

Alegre el marinero
con voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.

La nave va en los mares,

Juárez. La Rebelión interminable

botando cual pelota:
Adiós Mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y el traidor.

En lo hondo de su pecho
ya sienten su derrota:
Adiós Mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

Acábanse en Palacio
tertulias, fuegos, bailes;
Agítanse los frailes
en fuerza de dolor.

La chusma de las cruces
gritando se alborota;
Adiós Mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

Murmuran sordamente
los tristes chambelanes,
lloran los capellanes
y las damas de honor.

El triste Chucho Hermosa
canta con lira rota;

Adiós Mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

Y en tanto los chinacos
ya cantan la victoria,
guardando tu memoria
sin miedo ni rencor.

Dicen mientras el viento
tu embarcación azota:
Adiós Mamá Carlota,
adiós mi tierno amor.

Transcurrido un mes, perdonado por Benito Juárez, Riva Palacio estaba otra vez al frente de los guerrilleros de Michoacán. Dos meses más tarde, con su hidalguía acostumbrada, Régules le cedió el mando del ejército. Tres meses después, cuando estaba pasando revista a las tropas en la heroica Zitácuaro, escuchó a sus hombres cantar una alegre tonada, de inmediato reconoció la letra: era su "Mamá Carlota", que pronto se convirtió en el himno de los guerrilleros de toda la República durante la agonía del efímero imperio de Maximiliano. Sin recato alguno, delante de sus hombres, el general Vicente Riva Palacio lloró.

Cerramos el paréntesis. Mientras Riva Palacio escribía sus letras y un trovador anónimo les ponía música, Maximiliano veía la constante reducción de la esfera de influencia de su imperio, al ritmo de la retirada francesa y de las victorias de los guerrilleros republicanos. El mariscal Bazaine, por órdenes de Napoleón III

Juárez. La Rebelión interminable y juzgando correctamente la situación militar, trató de convencer a Maximiliano de abdicar al trono y regresar a Europa con los franceses. Muchos de sus colaboradores moderados trataron de convencerlo de lo mismo, pues sabían que no había arreglo posible con Juárez y que, sin los franceses, la guerra estaría perdida en cosa de meses. Maximiliano no los escuchó, e hizo caso a los conservadores, que le juraron lealtad hasta la muerte... y hasta la muerte le fueron leales.

44. El fin de la intervención francesa

Reafirmado el poder de Juárez a fines de 1865, la “marea” de la guerra empezó a cambiar. Los gastos crecientes que tenía que afrontar Francia, los conflictos cada vez más agudos del emperador Maximiliano con el mariscal Bazaine; la imposibilidad de dominar efectivamente el territorio nacional y las constantes pérdidas de vidas francesas, impacientaban sobremanera a Napoleón III, quien veía cómo su “paseo militar” se convertía en una agotadora campaña contraguerrillera sin visos de final. Prusia se alzaba amenazante en Europa y el emperador de los franceses estaba cada vez más convencido de la necesidad de echar hombres y dinero a un pozo sin fondo. Y encima, en 1865 terminó la guerra civil estadounidense, lo que anunciaba el seguro regreso de nuestros vecinos al escenario continental.

Por todas esas razones, a fines de 1865, Napoleón III decidió abandonar a Maximiliano de la manera menos deshonrosa posible para Francia. Sus instrucciones a Bazaine fueron claras: le marcaban un plazo de 12 a 18 meses para retirarse del país, dejando el Imperio lo mejor establecido que se pudiera, o a cualquier otro gobierno que cumpliera los compromisos contraídos con Francia por el archiduque. Eso hizo que arreciaran los conflictos entre Maximiliano y Bazaine, porque el príncipe pensó que esa política era cosa del mariscal y

Juárez. La Rebelión interminable tardó mucho en darse cuenta que éste sólo cumplía las órdenes de su emperador.

A pesar de sus conflictos con Maximiliano, el mariscal Bazaine intentó una ofensiva final contra los republicanos a principios de 1866, pero no pudo realizarla, y en marzo inició un nuevo empuje republicano: Escobedo batió una columna francesa en Santa Isabel, cerca de Monterrey; Riva Palacio volvió a Zitácuaro e “incendió” todo el oriente de Michoacán; Terrazas recuperó Chihuahua, a la que pudo volver Juárez; García de la Cadena controló Zacatecas; Díaz liberó Oaxaca; Escobedo volvió intransitables para los franceses los caminos del noreste.

Luego de la batalla de Santa Isabel, Bazaine prohibió severamente todo movimiento de fuerzas francesas fuera de las grandes líneas de operaciones, es decir, de Veracruz a Guadalajara por México, Querétaro y Lagos de Moreno; de Querétaro a Monterrey, y de Lagos a Durango. Desde entonces, sólo los conservadores de Mejía, Méndez, Lozada y Quiroga, más la legión austriaca y la belga (que en conjunto no sumaban más de 4 000 hombres), fueron las únicas fuerzas que podían moverse en verdaderas acciones ofensivas contra los guerrilleros. Maximiliano tuvo que recurrir a dos hombres a los que había echado del país con cargos diplomáticos decorativos: Miguel Miramón, el más popular de los caudillos conservadores; y el feroz Leonardo Márquez, con mucho, el mayor talento militar de la reacción.

El 3 de julio de 1866 el sorprendente ejército prusiano derrotó a los austriacos en Sadowa: una potencia

militar aparecía en Europa amenazando a Francia, lo que obligó a agilizar la retirada del cuerpo expedicionario francés en México. En Francia había crecido la oposición interna a una empresa que, sin arrojar frutos visibles, había costado la vida de 11 000 soldados franceses y el gasto de 135 000 000 de pesos, según datos del propio gobierno francés.

Para entonces, Napoleón III no tenía ya ninguna duda de la incapacidad de Maximiliano, de la conjunción entre la escasa habilidad del príncipe y la ausencia de recursos para dar forma a un gobierno y un ejército que, para todo fin práctico, eran inexistentes, pues aunque las fuerzas mayoritariamente indígenas de Mejía, Méndez y Lozada habían sido fundamentales como guía y apoyo de todos los avances franceses, eran escasas en número y despreciadas por el inconstante archiduque, por sus oficiales de Estado Mayor, aventureros europeos en su mayoría, y por los propios mandos franceses.

A lo largo del verano de 1866, los franceses desocuparon el norte. Plaza que dejaban, plaza que caía en poder de los republicanos comandados por Escobedo, Corona y otros jefes. Entre julio y septiembre la República recuperó la frontera hasta Mazatlán y Tampico. El 12 de septiembre, Napoleón III declaró con total claridad que no podía dar a México ni un franco ni un hombre más, y avisó que en febrero de 1867, marzo a más tardar, la evacuación sería completa. Maximiliano continuó con sus vacilaciones, sus torpezas, su ceguera, su odio a Bazaine, quien le sirvió eficazmente.

Juárez. La Rebelión interminable

La indecisión de Maximiliano impidió un final pactado de la guerra, que Bazaine buscaba mediante mensajes a algunos generales republicanos. Con el emperador presente, y apoyado en los conservadores, no había más opción que la firmeza inquebrantable de Juárez y, muertos Doblado y Comonfort, retirado González Ortega, todos lo entendían así: la caída del Imperio era cuestión de tiempo.

Mientras se desplomaba su Imperio, Maximiliano dudaba entre quedarse en México o irse como parte de la impedimenta del ejército de ocupación, dudas e indefiniciones que cancelaron la posibilidad acariciada por Bazaine de buscar una paz negociada con la República, y debilitaron los esfuerzos de los caudillos conservadores, que trataban de levantar, armar y entrenar al ejército imperial. Apenas en diciembre de 1866 el príncipe resolvió quedarse, y rompió toda relación con el mariscal Bazaine, quien le mostró que la República se había restablecido en el norte y buena parte del sur del país, y que no había forma de que los 3 000 austriacos, belgas y aventureros franceses y los 15 000 soldados levantados por los conservadores pudieran resistir la “marea” de los juaristas, que estaban convirtiendo sus guerrillas en ejércitos ofensivos.

En enero de 1867, Juárez estableció su gobierno en Zacatecas; Corona ocupó Guadalajara y Escobedo, San Luis Potosí, obligando a Mejía, que mandaba la vanguardia del ejército imperial, a retroceder hasta Querétaro. Sólo un ciego como Maximiliano y unos hombres que se jugaban el todo por el todo, como Miramón y Márquez, podían negar la inminencia del de-

sastre. Miramón fraguó el último plan que pudo darle respiro al Imperio, no por sus objetivos explícitos, que eran inalcanzables, sino por un golpe de suerte que a punto estuvo de poner en sus manos la persona del presidente Juárez.

El 27 de enero, con una pequeña fuerza de caballería, Miramón atacó por sorpresa a Zacatecas, de donde escaparon justo a tiempo, a lomo de mula, Juárez y sus colaboradores. Cuando Maximiliano creyó que el gobierno de la República había sido capturado por Miramón, le envió al caudillo instrucciones de pasar por las armas a los señores Juárez, Lerdo e Iglesias y al general Miguel Negrete, ministro de Guerra. La carta cayó en manos de Escobedo y dio peso a los argumentos del gobierno para fusilar al príncipe pocos meses después.

Desde Zacatecas, Miramón avanzó sobre San Luis Potosí, buscando destruir al ejército de Escobedo, pero fue derrotado en la batalla de San Jacinto, el 9 de febrero. Joaquín Miramón, hermano del caudillo, y 103 franceses que habían permanecido en México como voluntarios, fueron fusilados por órdenes del general Escobedo. El fracaso de esta aventura y la prohibición a Márquez de emprender una ofensiva sobre Guadalajara sellaron el destino del Imperio.

Mientras lo que quedaba de las fuerzas de Miramón, Mejía y Márquez se concentraba en Querétaro; Maximiliano culpaba a sus leales servidores de los sucesivos fracasos; y Bazaine, desde Veracruz, intentaba convencer al príncipe de que aún era tiempo para retirarse; los ejércitos de la República se preparaban para asestar el golpe final al Imperio.

45. Querétaro

Sólo la inconsecuencia de Maximiliano y un raptó de orgullo mal entendido, además de sus vacilaciones últimas, explican que se situara a finales de febrero de 1867 en Querétaro, tomando el mando de los 9 000 soldados reunidos ahí por los conservadores. Las disputas entre Miramón y Márquez y la falta de visión militar de Maximiliano impidieron realizar operaciones para evitar o retrasar el cerco de la ciudad. Para marzo, Querétaro estaba sitiada por 15 000 hombres, que pronto sumaron cerca de 25 000: eran los ejércitos del Norte, Centro y Occidente mandados por Treviño, Régules y Corona, con Escobedo como comandante en jefe.

Aunque los republicanos tenían angustiosas carencias, su avance era incontenible: Corona y Régules llegaron a Querétaro desde Morelia, y Escobedo y Treviño desde Guanajuato. Riva Palacio ocupó Toluca y amenazó la ciudad de México, Porfirio Díaz dominó el sur y avanzó sobre Puebla. Cuando el 9 de marzo se formalizó el sitio de Querétaro, al Imperio sólo le quedaban esa ciudad, las de México y Puebla y el puerto de Veracruz.

Cuando Maximiliano comprendió por fin que la caída de Querétaro en manos de los republicanos era cosa de tiempo, comisionó a Márquez para que rompiera el sitio, marchara violentamente a México y reuniera

las fuerzas que ocupaban la capital con las de Puebla, para volver sobre Querétaro al frente de cerca de 20 000 hombres. El plan era desesperado, audaz e impracticable, pues tenía como premisa que los republicanos se quedarían parados, mirando las evoluciones de los imperialistas. La intentona fue desbaratada por Porfirio Díaz, quien tomó Puebla el 2 de abril y destruyó al ejército de Márquez dos días después, en los llanos de San Lorenzo. Márquez regresó volando a México, donde quedó sitiado por Díaz.

Mientras tanto, en Querétaro se revelaban la incapacidad de Maximiliano y el verdadero mérito militar de Miramón, consistente en una mezcla de audacia y descaro, más que suficientes en 1858 o 1859 contra un Doblado o un Degollado y sus ejércitos bisoños e improvisados, pero inútiles frente a Escobedo, Corona, Régules, Treviño, Rocha y sus fogueados veteranos. Miramón era un hombre de sorprendentes audacias y nula visión militar de largo alcance; bajo su mando, las fuerzas sitiadas en Querétaro se desgastaban en coroneladas, sin más esperanza que la vuelta de Márquez o una atrevida ruptura del cerco.

Una vez enterado de las victorias de Díaz en Puebla y San Lorenzo, Maximiliano hizo caso a Miramón, que desde semanas atrás proponía romper el sitio, lo que se planeó para la noche del 15 de mayo. Pero esto tampoco ocurrió porque, en la víspera, un oscuro coronel López, edecán de Maximiliano y probablemente por órdenes del propio príncipe, entregó a los republicanos el convento de la Cruz, llave de la defensa, y

Juárez. La Rebelión interminable
la plaza cayó en manos de Escobedo, siendo aprehendidos Maximiliano y casi todos sus generales.

A la caída de Querétaro, únicamente fue fusilado el general Ramón Méndez, culpable de las ejecuciones de José María Arteaga, Carlos Salazar y otros patriotas, en octubre de 1865. El resto de la plana mayor del Imperio sería indultada, algunos luego de un año de cárcel... salvo, por órdenes del presidente, Maximiliano, Miramón y Mejía, quienes fueron juzgados de acuerdo con la ley del 25 de enero de 1862, que condenaba a muerte a quienes prestaran ayuda al invasor extranjero. Por acuerdo del presidente Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada redactó la orden, suscrita por el ministro de Guerra, Ignacio Mejía.

Antes de dictar ninguna resolución acerca de los presos, el Gobierno ha querido deliberar con la calma y el detenimiento que corresponden a la gravedad de las circunstancias. Ha puesto a un lado los sentimientos que pudiera inspirar una guerra prolongada, deseando sólo escuchar la voz de sus altos deberes para con el pueblo mexicano. Ha pensado no sólo en la justicia con que se pudieran aplicar las leyes, sino en la necesidad que haya de aplicarlas. Ha meditado hasta qué grado pueden llegar la clemencia y la magnanimidad, y qué límite no permiten traspasar la justicia y la estrecha necesidad de asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos y afianzar los derechos y el porvenir de la República.

México se había afianzado, seguía la argumentación, dándose una Constitución y un gobierno; los vencidos apelaron al extranjero y volvieron acompañados de un ejército invasor que interrumpió el renacimiento del orden y la paz. Y seguía: “El archiduque Maximiliano de Habsburgo se prestó a ser el principal instrumento de esa obra de iniquidad que ha afligido a la República por cinco años con toda clase de crímenes y con todo género de calamidades”.

Se especificaban “los hechos notorios” de su conducta: fue el instrumento voluntario de una intervención extranjera y atrajo filibusteros de naciones que no estaban en guerra con la República, como Austria y Bélgica; intentó subvertir para siempre las instituciones políticas y la forma de gobierno que libremente se había dado la nación; dispuso, sin más títulos que la violencia y la fuerza, del poder supremo, de las vidas, los derechos y los bienes de los mexicanos; promulgó un decreto (el del 3 de octubre de 1865) “para asesinar a los mexicanos que defendían, o que siquiera no denunciaban a los que defendían la independencia y las instituciones de su patria”; hizo que se perpetraran numerosas ejecuciones con base en ese “bárbaro decreto”; ordenó que sus soldados o los del invasor arrasaran pueblos y comarcas enteras en todo el territorio mexicano, en especial en los estados de Michoacán, Sinaloa, Chihuahua, Coahuila y Nuevo León; etcétera.

El mismo documento señalaba las causas que obligaban a juzgar a Miramón y Mejía, que ya tenían graves responsabilidades por haber sostenido durante

Juárez. La Rebelión interminable
años la guerra civil, acrecentadas por haberse convertido en los sostenedores de la empresa de Maximiliano, cuyo verdadero sentido era el antes expuesto.

Frente a la seriedad de los cargos presentados contra el príncipe, los representantes de los Estados Unidos y voceros extraoficiales de los Estados europeos, algunos amigos (amigas, sobre todo) de Maximiliano que tuvieron el valor de defenderlo, y distinguidos mexicanos que nunca fueron partidarios del Imperio pero estaban convencidos de que la República triunfante debía mostrarse magnánima, acudieron en tropel a San Luis Potosí, donde se había establecido la capital de la República, a suplicar al presidente Juárez por la vida del príncipe. Sin embargo, la resistencia de Márquez en la capital, manteniendo la guerra contra toda lógica, debilitó esos esfuerzos e impidió la formación de un polo de opinión que inclinara al gobierno a perdonar al archiduque.

Juárez fue inflexible, pero lo fue con serenidad y con argumentos. Entendía, como Lerdo e Iglesias, la magnitud y la trascendencia moral de la decisión tomada.

El gobierno —contestó Juárez a las presiones del secretario de Estado de los Estados Unidos—, que ha dado numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos de generosidad, tiene también la obligación de considerar, según las circunstancias de los casos, lo que puedan exigir los principios de justicia y los deberes para con el pueblo mexicano.

Durante el juicio y frente al pelotón de fusilamiento, luego de su condena a muerte, Maximiliano, Miramón y Mejía se portaron con enorme nobleza y gran dignidad. Fueron fusilados en el Cerro de las Campanas el 19 de junio de 1867. Dos meses después de su muerte, los restos del archiduque fueron recogidos y llevados a Viena en donde actualmente reposan en el panteón de los capuchinos.

Así conquistó la República el derecho indiscutible de llamarse una nación. Nunca más potencia alguna pondría en tela de juicio la soberanía de México. Nunca más se discutiría el lugar de México en el concierto de las naciones.

46. El respeto al derecho ajeno es la paz

Cuando Leonardo Márquez se enteró, en la ciudad de México, del fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía, comprendió que no tenía futuro ni razón de ser su resistencia frente a los sitiadores encabezados por el general Porfirio Díaz, y entregó el mando a un subalterno para que rindiera las últimas fuerzas del Imperio. Márquez, que debía a los liberales y a México la sangre de los médicos y estudiantes asesinados en Tacubaya, la de Melchor Ocampo, Leandro Valle y tantos patriotas más, — disfrazado — pudo huir del país.

Porfirio Díaz ocupó la ciudad de México el 21 de junio de 1867, sin desfile triunfal ni boato alguno. El presidente Juárez, junto con sus ministros Lerdo, Iglesias y Mejía, y los fieles empleados que lo habían acompañado en su peregrinación, llegó a Chapultepec el 12 de julio y el día 15 entró a la capital, sin alarde militar ni desfile de victoria. Fue recibido con enorme júbilo y al llegar a Palacio Nacional emitió un manifiesto que decía:

Mexicanos: El Gobierno Nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la nación. Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua

invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la independencia y de las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin el auxilio de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrojando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

El manifiesto seguía en ese tono, dando las gracias a los mexicanos que habían defendido la patria y a “sus dignos caudillos”. Aseguraba que, a su vez, el gobierno había cumplido con su deber al no contraer ningún compromiso que menoscabara la soberanía de la patria y la integridad de su territorio, y al mantener vigentes y sin interrupción la República, la Constitución y las leyes.

Alcanzada la victoria, decía el presidente Juárez, sonaba otra hora para México: era llegado el momento de consolidar la paz y extender a todos los mexicanos la protección de las leyes: “Que el pueblo y el gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”.

Superada la dolorosa experiencia de la guerra, llegaba el momento en que todos los mexicanos “cooperaremos [...] al bienestar y la prosperidad de la na-

Juárez. La Rebelión interminable ción que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto a las leyes y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo”; pues terminada la guerra, era la hora de convocar al pueblo para que eligiera con absoluta libertad a sus mandatarios y representantes.

Mexicanos —terminaba el manifiesto—: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria. Cooperemos todos para poder legarla a nuestros hijos en camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra independencia y nuestra libertad.

El texto marcaba con claridad meridiana el significado del triunfo de la República y las tareas por venir, que el presidente inició con un rasgo de magnanimidad que no había tenido cuando la guerra aún no acababa: salvo la ejecución de Méndez y los fusilamientos de Maximiliano, Miramón y Mejía, la ocupación de la capital únicamente trajo la condena a muerte de Santiago Vidaurri. Algunos militares conservadores y civiles que sirvieron altos cargos en el Imperio fueron encarcelados, y se permitió que salieran del país todos los aventureros extranjeros que habían continuado al servicio de Maximiliano, incluidos cerca de 3 000 austriacos que se rindieron incondicionalmente a Porfirio Díaz. Menos de un año después, una amplia amnistía otorgada por el presidente Juárez permitió que el puñado de imperialistas que purgaban penas de prisión salieran de la cárcel y se reintegraran a la vida civil con plenos derechos.

La hazaña de México en la defensa de su libertad hizo que el nombre de nuestro país fuera conocido en todo el mundo occidental y, por primera vez en nuestra historia, pronunciado con respeto. Al lado del de México, otro sustantivo alcanzó renombre universal: Juárez, de quien un historiador contemporáneo suyo, José María Vigil, escribió:

Necesitábase durante aquella prueba, en extremo peligrosa, de un hombre de extraordinario temple, que a la conciencia del altísimo papel que representaba reuniese acrisolado patriotismo y carácter inflexible para no desviarse un solo punto de la senda que le trazaba su deber. Ese hombre fue Juárez. Depositario de la ley y de los derechos sacratísimos de la nación, no mostró en su conducta nada que indicase vacilación o desconfianza, nada que de algún modo menoscabara esos derechos.

El triunfo de la República trajo variaciones inmediatas a la vida de México. La primera en percibirse fue la transformación radical de nuestras relaciones con las potencias extranjeras: el desdén, los insultos y abusos de la diplomacia imperialista, tanto europea como estadounidense, dieron paso al respeto que se debe a las naciones soberanas organizadas conforme a derecho. En lugar del falso concepto que se tenía de los mexicanos como pueblo degenerado, y de nuestras revoluciones y conflictos como convulsiones de una nación que se disuelve, se entendió a nuestro país como una sociedad que se esforzaba por constituirse a sí misma. El propio

Juárez. La Rebelión interminable

Juárez señaló, en un brindis pronunciado en Chihuahua, en diciembre de 1866, la nueva posición internacional de México:

Vemos a los franceses partir de nuestro territorio, pero hay otras naciones que hablan de intervenir en los asuntos de México. Nada de esto queremos, ni de Francia, ni de España, ni de Inglaterra ni de los Estados Unidos. Nos creemos capaces de gobernarnos por nosotros mismos si se nos deja en libertad de hacerlo. Preciso es que nuestro territorio permanezca intacto y que restablezcamos en él las Leyes de Reforma porque luchamos de tiempo atrás. Con la retirada de los franceses tendremos la paz y la prosperidad. Señores, brindo por la libertad y la reforma, por la paz y la nacionalidad.

La República se erguía triunfante, pero las condiciones eran delicadas. Como de costumbre, el erario estaba exhausto, el desorden era general. El ejército era enorme y la autoridad nacional débil ante los caudillos regionales surgidos de la lucha contra los franceses. Entre los muchos datos de la difícil situación del país, destacamos uno que la muestra de manera descarnada; según las cuentas puntuales hechas por un historiador —Basilio Pérez Gallardo— con base en los documentos del Imperio, entre abril de 1863 y junio de 1867, 85 000 mexicanos, tanto republicanos como imperialistas, quedaron fuera de combate en las distintas acciones de armas. Más de la mitad de ellos habían muerto.

47. La República triunfante

Los hombres que tomaron las riendas del país, tras el triunfo de la República, llamaron a la guerra contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano “nuestra segunda independencia”, tal como hizo el propio presidente Juárez en el manifiesto que dirigió a los mexicanos al reinstalar los poderes de la República en la ciudad de México. Para ellos, Juárez había culminado la obra iniciada por Hidalgo; y Zaragoza, González Ortega, Escobedo, Díaz y los demás, la de Allende, Aldama, Morelos, Guerrero e Iturbide. Gracias a ellos, México era por fin una nación soberana, constituida de acuerdo con los criterios de su época.

El triunfo de la República fue también el de un modelo político moderno, duradero, pues, con los necesarios cambios y adaptaciones, sigue siendo vigente: el régimen político previsto en la Constitución de 1857 y triunfante en 1867 tiene como piedra angular, como elemento fundamental, el régimen republicano, representativo y federal levantado sobre los dogmas de la soberanía popular, el sufragio universal y la división de poderes. Además de una forma de gobierno que se ha mantenido vigente y sin disputa durante un siglo y medio, con el triunfo de la República se alcanzó un equilibrio político que duró 47 años, equilibrio inaugurado por los cinco años de presidencia de Benito Juárez.

No obstante, en 1867 México estaba exhausto, desangrado y en bancarrota. La primera sorpresa de los políticos victoriosos fue amarga: conocían la penuria del erario, la pobreza y el caos del país y estaban dispuestos a enfrentarlos, pero no esperaban que, a pesar de estar vencidos los enemigos exteriores e interiores, la política iba a ser agitada y violenta, incluso durante otros diez o 12 años más. Sin embargo, a pesar de esa agitación y violencia, hubo cambios significativos: en primer lugar, los presidentes Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada terminaron los mandatos para los que fueron electos e incluso se reeligieron, aunque tras reelegirse Juárez falleció y Lerdo fue derrocado. Desde 1828, ningún presidente había conseguido gobernar un periodo completo.

Más importante aún era que se había superado, de una vez y para siempre, el gran problema anterior a 1867, de cuál ha de ser la organización política del país. El problema ya no era redactar una Constitución, sino aplicarla. Y eso es lo que hace de la década que va de 1867 a 1877 una época particular de nuestro desarrollo histórico, a la que llamamos “República restaurada”, que tiene varios rasgos distintivos, que descubrió Daniel Cosío Villegas.

El primer rasgo distintivo, que la hace una época nueva, es que todos acatan la Constitución. La lucha política no es por cambiar la forma de gobierno, sino por saber cómo, cuánto, qué tanto puede aplicarse la Constitución o algunas partes de ella. Por primera vez

desde la independencia, la elite política de la República restaurada, Benito Juárez en primer lugar, tenía la posibilidad de intentar encauzar la vida nacional dentro de un marco legal consensuado y determinado, emanado de la Constitución de 1857, porque hasta entonces se había confundido la organización del Estado con la historia nacional. La elite juarista estaba convencida de que la Constitución, aunque imperfecta y necesitada de reformas, daba la clave del bienestar general y el anhelado progreso, con sus grandes principios de libertad política y libertad individual. Este hecho dio al periodo una mayor estabilidad política que al periodo anterior, a lo cual también contribuyó, naturalmente, la derrota definitiva de uno de los dos grandes partidos en que se había dividido la nación.

El segundo rasgo distintivo de la República restaurada es el hecho de que, vencido el partido conservador, los liberales ya no tuvieran que combatirlo, sino convivir con sus antiguos enemigos. Durante la presidencia de Juárez, posterior al triunfo de la República, se fueron derogando las leyes de excepción que trataban al conservador como enemigo, y se mantuvo en la práctica, casi todo el tiempo, la más completa libertad de expresión y prensa. Los conservadores vencidos no se organizaron políticamente pero, desde sus periódicos, censuraron de manera implacable a todos los liberales, al menos durante el mandato de Juárez.

Mas la victoria del partido liberal fue tan aplastante, que trajo consigo el aplastamiento de su capacidad política creadora. Sin rival político al frente, pues

Juárez. La Rebelión interminable los conservadores no se organizaron ni recurrieron al marco democrático de la Constitución, los liberales se dividieron y, como todos decían profesar el mismo credo político y tenían las mismas banderas fundamentales, la lucha que se entabló adquirió un carácter personalista. Éste es el tercer rasgo distintivo de la República restaurada y un antecedente fundamental para comprender el porfiriato. La victoria de los liberales se consumó en julio de 1867 y un mes después se dio la primera división personalista, entre juaristas y porfiristas. Cuatro años más tarde, para las elecciones de 1871 la facción juarista se escindió, apareciendo la lerdista; con la muerte de Juárez, en 1872, desapareció su facción, sólo para que en 1876 la lerdista se dividiera, dando lugar a la iglesista. Estas luchas personalistas demostraron la esterilidad de la actividad puramente política. Su motor era el hecho obvio de que el poder político no alcanzaba a satisfacer los deseos y las ambiciones de todos los liberales.

Estas luchas personalistas devinieron en la eliminación política y a veces física de muchos de aquellos gigantes, lo que en parte se debía al marco legal existente: la Constitución de 1857, como señala Cosío Villegas, fue "la obra maestra de la liberación del individuo frente al Estado; aquél tenía mucha libertad y éste poca autoridad". La Constitución daba amplias facultades al legislativo y pocas al ejecutivo, y se tropezaba además con el federalismo, una realidad no sólo jurídica, sino política, económica y hasta geográfica.

El primer acto significativo del presidente Juárez, una vez reinstalado en la ciudad de México, fue la

convocatoria a elecciones. Esa convocatoria iba acompañada de un proyecto de reformas a la Constitución, que tenían por objeto fortalecer al ejecutivo frente al legislativo y los poderes locales, pero el Congreso rechazó sus propuestas. Al no poder gobernar siguiendo la ley al pie de la letra, Juárez tuvo que recurrir a expedientes extraordinarios o sinuosos para enfrentar conflictos que llegaron a amenazar la misma existencia del gobierno. Varias veces pidió facultades extraordinarias al Congreso de la Unión, para suspender las garantías individuales, además de que maniobró permanentemente para obtener o mantener precarias mayorías en la Cámara de Diputados y apoyos personales en los gobiernos estatales.

Así inició un debate prolongado, airado, brillante e incisivo sobre la validez de la Constitución como molde de la vida política nacional y garantía de la paz y la libertad, salpicado con algunos conflictos armados que, aunque sin la virulencia de los que sacudieron al país en épocas anteriores, fueron una fuente constante de inquietud. Don Benito tuvo que enfrentar al menos tres importantes rebeliones, dos de carácter local, centralizadas en Nayarit y en Sinaloa, y una de extensión nacional, la de la Noria, que en 1871 quiso derrocarlo para llevar al poder al general Porfirio Díaz.

El último periodo de la vida de Juárez, que abarca los años de 1867 a 1872, se caracterizó por una estabilidad relativa, aunque no exenta de debates ideológicos y conflictos políticos y militares, y, sobre todo, por una vocación legalista y constructiva.

48. Un país sin equilibrio

Entre todos los rasgos particulares de la época, que inicia con el triunfo de la República, destaca uno: México era una sociedad desequilibrada, que llevaba en su seno fuertes elementos de inestabilidad. Había alcanzado el punto más alto de su desarrollo político mientras su economía apenas despertaba a la necesidad de una inaplazable modernización y la transformación social sólo afectaba a las elites.

En materia política, México daba la impresión de haber dado un salto enorme, de vivir en democracia y libertad dentro de un modernísimo marco legal. Era cierto que México se aproximó, entonces más que nunca antes (y que mucho después), a una vida política democrática. La prensa y el Congreso eran libres. Existía un interés general entre las clases ilustradas por la cosa pública y una discusión política permanente. La elite política era la mejor y más meritoria que había tenido la nación: cualquier observador se lleva la impresión de que la República restaurada era una época de gigantes, cuando estudia al grupo formado en Paso del Norte por Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Ignacio Mejía y Blas Balcárcel; a políticos e intelectuales como Manuel Payno, Francisco Zarco, Guillermo Prieto, Manuel María de Zamacona, Ignacio Ramírez, Ignacio Manuel Altamirano, José María Vigil,

Rafael Dondé, Matías Romero, Ignacio L. Vallarta, José María Lafragua, Justo Sierra; o a los caudillos militares como Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Ramón Corona, Sóstenes Rocha, Ignacio Alatorre, Nicolás de Régules, Donato Guerra, Manuel González, Miguel Negrete, Jerónimo Treviño, Vicente Riva Palacio, Francisco Naranjo, Luis Terrazas y muchos más.

Benito Juárez era la primera figura nacional, pero durante las guerras había enfrentado la oposición de González Ortega, Doblado, Negrete y otros, y luego del triunfo de la República combatió en el plano político y hasta en el militar a Porfirio Díaz en 1867 y a éste y Sebastián Lerdo de Tejada en 1871. Además, muchos personajes hacían política por su cuenta, y se oponían a los presidentes Juárez y Lerdo cuando así lo creían necesario, como Ignacio L. Vallarta, Mariano y Vicente Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre o Joaquín Ruiz. Todos se sentían, natural y democráticamente, iguales a Juárez o Lerdo.

Ese espectáculo se repetía en cada estado de la federación, sin contar que las figuras locales merecían e imponían respeto a las autoridades federales, alzándose frente al poder del centro Pesqueira en Sonora, Terrazas en Chihuahua, Treviño y Naranjo en Nuevo León, Canales en Tamaulipas; Vallarta, Ogazón y Corona en Jalisco, Mariano Riva Palacio en el Estado de México, Diego Álvarez en Guerrero, y varios más en el resto del país.

Pero a esta vida política sana, robusta y libre, no correspondía una economía vigorosa o, siquiera, ágil o

Juárez. La Rebelión interminable despierta. En 1867 México no tenía un solo ferrocarril. Juárez inauguró solemne, casi alborozadamente, el primer tramo de la línea México-Veracruz, la que fue terminada en 1873, después de su muerte. La incomunicación pesaba sobre el país como una lápida. Nunca como entonces se sintió el peso agobiador de la inmensidad del territorio, de su caprichosa y trágica partición en valles minúsculos y enormes planicies áridas limitadas por abruptas y hostiles serranías. Nunca, quizá, pesó tanto ver a la población pulverizada en millares de rancherías tan aisladas como el territorio.

Tras casi diez años de guerra a muerte, la República era pobre. Y el primer obstáculo evidente de esa pobreza era la incomunicación, que impedía la creación de mercados, que obligaba a regalar el maíz en una zona cuando en la vecina la gente se moría de hambre. El país se había integrado políticamente, pero en el aspecto económico era todavía una serie de unidades autárquicas. Los hombres de la República restaurada lucharon contra este aislamiento, pero, ¿con qué recursos, con qué tiempo? Diez años de pobreza no bastaron para remontar 50 de miseria.

En el aspecto social, la situación era más desfavorable, pues son los componentes de una sociedad y su agrupación los que cambian más lentamente. La mayor parte de la población seguía viviendo en el aislamiento y la miseria. El grueso de los mexicanos vivía de los productos de un campo escasamente fértil, trabajado con técnicas anticuadas, dependiente del agua insuficiente o inestable y oprimido por desventajosas condiciones sociales.

Ahora bien, aunque el progreso económico y la nivelación social fueron las verdaderas preocupaciones del gobierno de Juárez, que logró por fin instrumentar una política fiscal moderna gracias a las reformas y acciones del secretario de Hacienda, Matías Romero, y que otorgó creciente presupuesto y facultades a la Secretaría de Fomento en detrimento de la de Guerra, fue la política, una vez más, lo que estuvo en el primer plano y lo que amargó los últimos días del presidente.

El general Porfirio Díaz, el mayor caudillo de la resistencia nacional después de Mariano Escobedo, presentó su candidatura a la presidencia de la República en las elecciones de 1867, reuniendo en torno suyo a quienes creían que, una vez consumada la victoria, la figura de Juárez ya no era indispensable, y a muchos de los liberales radicales que habían simpatizado con González Ortega en 1865. Sin embargo, don Benito conservaba el apoyo del sólido grupo de Paso del Norte, de casi todos los caudillos e incluso de algunos de los radicales más importantes, como Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Francisco Zarco y Manuel María de Zamacona, de modo que su victoria electoral fue holgada e indiscutible.

No obstante, con Oaxaca como base de poder y el apoyo de caudillos como Gerónimo Treviño, Manuel González y Trinidad García de la Cadena, el general Díaz fue construyendo un polo liberal opositor que cobró nueva vida cuando Juárez anunció su decisión de reelegirse para el periodo 1871-1875. Esa decisión fue criticada por la prensa de oposición, que tenía una

Juárez. La Rebelión interminable libertad nunca antes vista, empleada con ferocidad y desafuero; por numerosos liberales hasta entonces leales a Juárez; por los restos del partido conservador y por muchos otros sectores, lo que causó incluso la escisión del grupo de Paso del Norte: Sebastián Lerdo de Tejada renunció a la Secretaría de Relaciones y lanzó su propia candidatura, pues creía con justicia que la política reestructuradora y legalista del presidente Juárez tenía que ser continuada por él, tanto porque era llegado su turno como por los años que éste llevaba ocupando el cargo (en 1871, Juárez tenía 67 años, varios pasados en agitación constante, y ya 13 como presidente). La campaña sería enconada y desembocaría en una nueva guerra civil, la última tormenta que Juárez tendría que afrontar.

49. La muerte de Margarita

¿Cómo enfrentó el presidente Benito Juárez la situación que hemos pintado? Conforme con el compromiso asumido explícitamente cuando dio el golpe de Estado de Paso del Norte, ratificado en su manifiesto dirigido a la nación el día de su entrada a la ciudad de México, y de acuerdo también con su convicción de que era llegado el momento de restaurar en todo su vigor el imperio de la ley, el 18 de agosto de 1867 convocó a elecciones generales, anexando a la convocatoria, como ya dijimos, la propuesta de reformar la Constitución “para afianzar la paz y consolidar las instituciones, estableciendo el equilibrio de poderes”.

Las reformas propuestas por el presidente Juárez fueron las siguientes: restablecer el Senado de la República, instaurar el veto presidencial a las resoluciones del Congreso en los asuntos de la esfera del ejecutivo, reglamentar la sustitución del presidente y regresar al clero sus derechos cívicos. Mediante estas reformas Juárez buscaba, por un lado, iniciar la construcción del sistema político limitando el poder del legislativo y, por el otro, la conciliación nacional. Juárez ganó fácilmente las elecciones a Porfirio Díaz, su único rival, pero fracasó en su intento de reformar la Constitución y volvería a fracasar en 1871, cuando envió otro proyecto de reformas que buscaban fortalecer al ejecutivo para que no

Juárez. La Rebelión interminable fuera necesario darle poderes extraordinarios ni suspender las garantías individuales, como había ocurrido en mayo de 1868 y en enero de 1870, a fin de enfrentar rebeliones locales.

Hasta 1871 don Benito contó con la eficaz colaboración de Lerdo de Tejada, José María Iglesias e Ignacio Mejía, y con el apoyo de los generales Mariano Escobedo, Sóstenes Rocha y Ramón Corona. Matías Romero, que no había sido un diplomático excesivamente hábil durante su gestión como embajador en los Estados Unidos durante la guerra de intervención, fue un muy capaz secretario de Hacienda, que puso cierto orden en las finanzas públicas y elaboró, por primera vez en la historia nacional, un presupuesto de egresos. También completó la nacionalización y venta de los bienes del clero, poniendo orden en las anteriores ventas. Sin embargo, el gobierno apenas si obtuvo dinero de estas transacciones, con lo que acabó el sueño de hacer de la desamortización el mecanismo para sacar al país de la bancarrota, aunque todas estas medidas sentaron la base de la transformación económica del país, que se realizaría durante el porfiriato.

Otro paso dado por Juárez en la búsqueda de la normalidad ciudadana que, al mismo tiempo, buscaba nivelar las finanzas públicas disminuyendo lo que había sido su mayor parásito desde la independencia, fue la reducción y reorganización del ejército. El 23 de julio Ignacio Mejía, secretario de Guerra, informa a los principales caudillos que, por haber terminado la guerra, cesaban las facultades discrecionales de los jefes mili-

tares y el ejército se reduciría a 20 000 hombres integrados en cinco divisiones, que quedarían a las órdenes de Nicolás de Régules, Porfirio Díaz, Mariano Escobedo, Ramón Corona y Juan N. Álvarez. El secretario Mejía pedía a los caudillos que iniciaran por su cuenta la desmovilización de las fuerzas.

De esa manera, y de forma paulatina, fueron enviados a sus casas de 40 000 a 60 000 hombres, lo que contribuyó a la inestabilidad política, pues algunos de estos desarraigados, igual que los soldados del vencido ejército imperial, se sumaron a los motines y a las rebeliones o a las gavillas de bandoleros; pero la verdad es que la mayor parte se integró a la vida civil, sobre todo porque Juárez no los licenció con un simple "muchas gracias": una ley de 1863, que preveía confiscar y rematar los bienes de quienes auxiliasen activamente a los invasores franceses, disponía que la tercera parte de los recursos así obtenidos se destinase a las viudas, a los huérfanos y a los mutilados de guerra, así como a los soldados distinguidos; también disponía que la mitad del valor de las fincas rústicas confiscadas se entregara a los defensores de la República. Con parte de esas tierras-recursos, en 1867 y 1868 el Congreso de la Unión creó dos colonias militares en Yucatán y Campeche, siete en Sonora, siete en Chihuahua, cuatro en Nuevo León, seis en Coahuila y dos en Baja California, donde los defensores de la República recibieron tierra y recursos para trabajarla. Sea lo que fuere, la reducción del ejército no fue drástica ni tajante y, para 1872, cuando murió Juárez, aún no se había alcanzado la cifra de-

Juárez. La Rebelión interminable
seada de 20 000 hombres, aunque sí había en el país
menos de la mitad de soldados activos que en 1867.

Otro aspecto significativo del periodo que ahora revisamos fue la irrestricta libertad de prensa. En los periódicos, los conservadores y sobre todo los liberales disidentes o de espíritu independiente criticaron con saña creciente al gobierno de Juárez. La oposición denunció con frecuencia que Juárez estaba convirtiéndose en un dictador, pero esos críticos no fueron perseguidos ni encarcelados, como lo fueron los del porfiriato ni, mucho menos, asesinados, como tantos periodistas bajo las dictaduras militares latinoamericanas del siglo XX. Tanto la prensa seria como la satírica, que tuvo un notable florecimiento durante la República restaurada, retrataron a Juárez y a sus colaboradores cercanos de manera muy poco favorecedora. La prensa satírica resaltó la evidente ambición de poder del presidente y los defectos físicos y políticos de él mismo y de sus ministros y amigos. Juárez no la persiguió, pero no fue inmune a la sátira despiadada, que contribuyó a ensombrecer sus últimos años.

En 1870 Juárez sufrió un síncope cerebral que lo llevó a las puertas de la muerte, y nueve meses después, a principios de 1871, ésta le tocó muy de cerca al llevarse a su esposa Margarita. La muerte de su compañera hirió profundamente al presidente, pues la suya había sido una unión íntima y amorosa. Las ceremonias mortuorias y los obituarios fueron numerosos y emotivos, rindiendo homenaje a la esposa y a la madre, a la abnegada patriota que compartió la vida pública y privada de don Benito

con ánimo ejemplar. Doña Margarita fue mostrada como paradigma de mujer cristiana, dotada de dignidad y modestia, serena y alejada de las intrigas palaciegas, tan reservada que apenas si conoció a los ministros, recatada y generosa, pero con enorme discreción, tanta, que sólo su ausencia hizo evidente la enorme influencia que su serenidad y su firmeza, su dulzura y su confianza, ejercieron siempre sobre su marido.

Al morir doña Margarita, se abrió una tregua en la amarga vida política en esas vísperas de elecciones presidenciales, pues todos participaron del duelo, desde los antiguos enemigos perdonados hasta los recientes rivales que se aprestaban para la lucha electoral de ese año, lucha feroz que terminaría en rebelión. Todos, pues, se descubrieron ante el profundo y notorio dolor del presidente de la República.

No por mucho tiempo se le adelantó doña Margarita al presidente, pero antes de alcanzarla, Juárez tenía que enfrentar la última tempestad, desatada por el general Díaz y sus partidarios. Y la dureza y eficacia con las que reprimió la rebelión de la Noria permitió que se prolongara la vida de la República restaurada, la cual tenía todavía tareas por delante, que cumpliría Sebastián Lerdo de Tejada siguiendo la ruta de Juárez, aunque en ese 1871 terminara la larga y fructífera amistad entre el indígena oaxaqueño de humilde cuna y el acomodado criollo jalapeño.

50. La Noria

Cuando Benito Juárez anunció su decisión de presentarse una vez más como candidato a la Presidencia de la República para las elecciones de 1871, como ya hemos dicho, se levantó un intenso e indignado clamor desde la prensa de oposición y desde las filas del partido liberal. Para muchos observadores no había ninguna razón que justificara la reelección, salvo la ambición del presidente y su —innegable— amor al poder. Para otros muchos, la reelección violaba el espíritu, ya que no la letra de la Constitución, y amenazaba con arruinar la labor democratizadora y de construcción de instituciones llevada a cabo por el mismo Juárez en los años precedentes.

Juárez no hizo caso alguno de estas críticas y siguió adelante en sus labores reeleccionistas, inmovible ante la oposición y las protestas, como lo era a la adulación y al soborno. Sebastián Lerdo de Tejada, cuya renuncia a la Secretaría de Relaciones fue aceptada en enero de 1871, pidió a don Benito que renunciara a la Presidencia de la República para evitar la guerra civil que se avizoraba, petición apoyada por un buen número de diputados, pero el presidente se negó, porque, dijo, “se lo prohibían la ley y su deber”.

Durante varios meses se desarrolló una campaña de virulencia creciente que enfrentó a Juárez contra

Sebastián Lerdo de Tejada, quien hasta inicios de ese año fuera su más cercano colaborador, y contra Porfirio Díaz, el afamado caudillo que ya había sido vencido por Juárez en las elecciones de 1867. La campaña electoral fue enconada e intensa y aunque el resultado oficial de las elecciones celebradas en julio dio el triunfo a Juárez, los votos sumados de Díaz y Lerdo de Tejada superaban a los obtenidos por el presidente.

La oposición, sobre todo la porfirista, denunció que en las elecciones se habían cometido fraudes y abusos. A fines de septiembre el general Gerónimo Treviño, gobernador de Nuevo León y afamado caudillo de la guerra de intervención, se levantó en armas contra el gobierno. De inmediato, siguieron otras rebeliones en Sinaloa y San Luis Potosí, y el 1 de octubre parte de la guarnición de la capital se pronunció contra la reelección de Juárez y en favor del general Díaz. El presidente, con su serenidad de costumbre, dio órdenes para desalojar la ciudadela, donde los rebeldes se habían fortificado, y el general Sóstenes Rocha tomó la fortaleza por asalto.

La sangrienta represión del motín de la Ciudadela no desalentó el espíritu de rebelión. El 8 de noviembre el general Díaz publicó el Plan de la Noria, que llevaba el nombre de su hacienda, cercana a Oaxaca. El Plan tenía por lema "Sufragio efectivo, no reelección". La rebelión fue derrotada por los generales Escobedo, Corona, Rocha y Alatorre. Porfirio Díaz erró por medio país y se mantuvo escondido hasta que la muerte del presidente Juárez le permitió aceptar la amnistía ofrecida por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada.

Juárez. La Rebelión interminable

Una anécdota singular, que refleja el espíritu de los hombres de la época y el carácter del presidente Juárez, fue el diálogo mantenido entre éste y el gobernador de Palacio Nacional, general Manuel González, compadre de Díaz y futuro presidente de la República. Cuando se supo en México la noticia del pronunciamiento de Porfirio, el general González pidió audiencia con Juárez y le dijo:

— Señor, estoy comprometido con la Revolución. Yo no sé desertar ni traicionar y se lo digo a usted con toda franqueza para que proceda como lo crea conveniente.

Juárez le respondió:

— Creo que va usted a cometer un error. Esa revolución no tiene pies ni cabeza y he tomado todas las medidas para sofocarla. Pero no impediré que cumpla usted con sus compromisos. Vaya usted, pero cuando esto concluya no dude en volver a mi lado y en esta misma mesa donde deja usted su nombramiento como gobernador de Palacio, lo volverá a encontrar, como encontrará en este mismo lugar a su amigo, si es que vivo para entonces.

No ocurrió: Manuel González acompañó a su compadre hasta el final y la muerte del presidente Juárez los encontró a ambos derrotados y escondidos.

En medio de la nueva guerra civil, Benito Juárez rindió por última vez, en abril de 1872, su informe

al Congreso de la Unión. El público lo vio cansado y notó su amargura, pero también su firmeza y su fortaleza física. Juárez comenzó refiriéndose a los graves peligros que amenazaban la paz pública, agradeciendo la lealtad de las fuerzas del gobierno y resaltando el deseo de la nación de conducir su vida por la vía de la paz. No fue un gran discurso, ni siquiera entre los de Juárez, quien nunca brilló por su oratoria, pero se recuerda porque fue la última vez que don Benito mostró su respeto formal por el poder Legislativo, a pesar de haber estado casi siempre en conflicto sordo o abierto.

Juárez estaba convencido de la necesidad de preservar el orden a toda costa, de que la paz era la conquista de largos años de guerras civiles y el Estado de derecho tenía que mantenerse por encima de todo. En los meses siguientes, la rebelión porfirista, ya vencida en Oaxaca, recibió fuertes golpes en el norte, pero a pesar de las victorias de las fuerzas leales, la sociedad estaba cansada, pues el gobierno y el país estaban sumidos en un estancamiento que no parecía tener salida. La solución llegó, paradójicamente, el 18 de julio de 1872, cuando la muerte de Juárez llevó a la Presidencia a su opositor, Sebastián Lerdo de Tejada, quien pudo reavivar la cosa pública y ofrecer a un Porfirio Díaz ya derrotado, una amnistía amplia y suficiente, que permitió al caudillo oaxaqueño esperar una nueva oportunidad en las siguientes elecciones federales.

Pero antes de su muerte, que terminó con el *impasse* político, don Benito tuvo que enfrentar la oposición de la Cámara de Diputados a casi todas sus ini-

Juárez. La Rebelión interminable ciativas, y la crítica de la prensa satírica, más feroz y despiadada que nunca, alimentada por algunas de la plumas más agudas de nuestra historia, como las de sus antiguos amigos Francisco Zarco e Ignacio Ramírez, liberales radicales e intransigentes que estaban profundamente desilusionados con el estancamiento del país y el evidente amor de Juárez por el poder.

Aún así, la mayoría de los políticos se mantenían a la expectativa y conservaban su lealtad al presidente: a fin de cuentas, en 1871 Juárez había estado al borde de la muerte y a principios de 1872 sufrió dos ataques cardiacos menores, por lo que no era descabellado suponer que su fin se aproximaba. Desde la muerte de doña Margarita, a Juárez se le veía viejo y cansado en sus cada vez menos frecuentes apariciones públicas.

51. El 18 de julio de 1872

El 18 de julio de 1872 Benito Juárez sufrió un ataque de angina de pecho. No era el primero, y el enfermo, que resistió estoicamente los dolores, se resistía a creer que sería el último. Pasó varias horas experimentando el paroxismo de la enfermedad hasta que pareció que su fuerte constitución triunfaba una vez más sobre la dolencia, a pesar del peso de los años. Fue tan notoria la aparente recuperación del presidente que amigos y familiares, que aguardaban en las habitaciones vecinas, se retiraron a comer.

Don Benito aprovechó la intimidad para preguntarle al médico sobre su enfermedad y, al saber que era fatal, empezó a contar anécdotas de su infancia hasta que otro acceso lo obligó a acostarse. Poco después perdió la conciencia y entró en una agonía que se prolongó varias horas hasta que insensiblemente lo abandonó la vida al filo de la medianoche.

Al amanecer del día siguiente, el trueno del cañón anunció a los habitantes de la ciudad de México que se había apagado la luz de aquella inteligencia que por tantos años guió a los mexicanos en la adversidad y en la lucha por la consolidación de nuestra nacionalidad. El cadáver fue conducido al gran salón del Palacio, en cumplimiento de una vieja ley que sólo se había aplicado una vez (existía un solo precedente de falleci-

Juárez. La Rebelión interminable miento de un presidente en funciones), y una multitud desfiló para ver el cuerpo de aquel hombre tan admirado por unos como aborrecido por otros.

Por mandato de ley, tomó posesión de la Presidencia el licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia, cuyo primer acto de gobierno consistió en decretar el luto nacional por la muerte del prócer.

El día 23, el cuerpo embalsamado fue conducido al Panteón de San Fernando por una escolta militar, encabezada por los soldados del 1º de Infantería, que antes se había llamado Batallón Supremos Poderes y que, durante la intervención francesa, había acompañado al presidente Juárez en su largo y accidentado peregrinar desde la capital hasta la frontera norte, salvándole la vida en más de una ocasión. Además del solemne aparato militar, el cortejo fue seguido por una gran masa popular.

Terminó el entierro y a las dos de la tarde de ese día sonó el último de los cañonazos que desde el día 19 se habían disparado cada cuarto de hora para anunciar a la República que había dejado de existir el tenaz defensor de la nacionalidad mexicana.

¿Qué hacía diferente a aquel hombre que murió de esa manera, en el pináculo de su poder personal? Hemos hablado de su peculiar formación, del largo camino recorrido desde San Pablo Guelatao hasta la Presidencia de la República, y del aprendizaje de los hombres y las cosas que esa ruta implicó; hemos mostrado su firmeza de carácter y la férrea voluntad que

lo acompañó en su vida pública, pero ahora conviene parar mientes en algunas de las cualidades personales que lo distinguieron entre sus contemporáneos.

Una de las virtudes que se dio en un grado excepcional en Benito Juárez fue la capacidad para entender su época, para asimilar los problemas que ésta le presentaba y así poder resolverlos, actuando con claridad cuando cerebros más brillantes que el suyo se ofuscaban u opacaban ante la complejidad de los problemas. Esto le daba también un profundo conocimiento de la gente: Juárez supo aquilatar y utilizar a los mayores talentos de su época en las posiciones en las que mayores servicios podían rendir a la patria.

Benito Juárez era a la vez un estadista y un político, en una proporción muy finamente equilibrada. Junto a su visión de Estado y su proyecto de nación a largo plazo, Juárez reunía las habilidades del político capaz de maniobrar y negociar, de combinar la firmeza y la flexibilidad, de intrigar y buscar alianzas en aras de sus objetivos.

Juárez era, por formación, un político conciliador y moderado, pero cuando se convencía de que la conciliación no daría resultados o que sería incluso contraproducente, se tornaba inflexible. Sin embargo, siempre fue mucho más conciliador con el adversario nacional que con el enemigo extranjero: ante los franceses y ante el emperador Maximiliano no lo fue.

Admiro a Juárez, escribió Daniel Cosío Villegas, “por una última razón, que en su tiempo poco o nada significaba, pero que en los nuestros parece asombrosa,

Juárez. La Rebelión interminable de hecho increíble: una honestidad personal tan natural, tan congénita, que en su época no fue siquiera tema de conversación, mucho menos de alabanza”.

Y esta razón aparece con una claridad meridiana al revisar el inventario que de sus bienes se levantó poco después de su muerte: el hombre que había sido diputado local, diputado federal, dos veces gobernador de Oaxaca, secretario de Justicia, secretario de Gobernación, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y presidente de la República durante 14 años y medio, ejerciendo en algunos periodos como auténtico dictador, tenía al morir bienes por valor de 155 233 pesos.

Además de algún capital líquido o depositado en casas bancarias, los bienes de Juárez se limitaban a una calesa usada con su tronco de mulas, tres casas en la ciudad de México y una en la ciudad de Oaxaca.

Si alguien creyera que la actuación pública de Juárez no fue benéfica para México, si alguien no cree necesario observar cómo los mexicanos de la sexta, séptima y octava década del siglo XIX construyeron un Estado nacional sobre bases bien precarias, a las que dieron sustento y fortaleza; si alguien pensara que no hay razón para recordar a esa generación y a su jefe, esta sola cualidad debería bastar para tener presente que hay aún muchas lecciones que asimilar y muchos ejemplos que seguir de la vida pública de Benito Pablo Juárez García.

52. Nota bibliográfica

Daniel Cosío Villegas escribió de la sobreabundancia de biografías sobre Benito Juárez:

Lamentable como parece ser —y es— esa multiplicidad y esa abundancia de historias, parece que el hecho tiene un claro sentido: si Juárez y su época son materia de tanta controversia, se debe a que el uno y la otra dejaron una huella bien honda en la vida nacional; y si se ha escrito y se sigue escribiendo tanto sobre Juárez es porque, agrade o no, atraiga o rechace, es una figura señera de toda nuestra historia.

La guerra civil que peleó Juárez en vida, la siguió librando después de muerto. La gran mayoría de sus biografías son contribuciones a la construcción de su estatua de bronce, pues la figura de Benito Juárez, su época, fue utilizada tanto por el régimen porfirista como por los gobiernos emanados de la Revolución, como parte de la legitimación histórico-ideológica de su régimen y, al mismo tiempo, como elemento fundamental de una historia de bronce destinada a crear y consolidar (principalmente en los niños) sentimientos de unidad, lealtad y pertenencia a una nación. De entre las muchísimas biografías que tienen como objetivo

Juárez. La Rebelión interminable forjar el Benito Juárez de bronce, destacan por su buena factura, los textos de Héctor Pérez Martínez y Andrés Henestrosa, así como dos libros para niños, escritos por Fernando Benítez y Josefina Zoraida Vázquez.²

Pero si esa historia oficial hacía del Benemérito eso, un prócer inmaculado identificado siempre y sin desmayos con el bien de la patria, los herederos de los conservadores y la derecha del siglo XX hicieron del nombre de Juárez un anatema, y de su acción pública, una cadena de traiciones y desastres. Pueden verse como ejemplos de esta historiografía los libros de Celirino Salmerón (con quien el autor de este libro no tiene ningún parentesco), Salvador Abascal y, mucho más recientemente, José Manuel Villalpando.³

El Juárez de la historia priísta y el de los conservadores, el hombre milagroso que salvó a México y el Satán a quien deben achacarse todos los males del país, son fruto de una misma concepción de la historia, la de bronce, que puede ser buena para la formación de valores en la infancia, pero sólo para eso. Quedarse en ese nivel de la historia es quedarse en la infancia de la misma; trascenderla es llegar a la crítica, tan propia

2. Pérez Martínez, *Juárez, el imposible*, México, Espasa Calpe, 1945; Henestrosa, *Los caminos de Juárez*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1985; Benítez, *Un indio zapoteco llamado Benito Juárez*, México, Taurus, 1998; Vázquez, *Juárez, el republicano*, México, Secretaría de Educación Pública (SEP), 2005.

3. Salmerón, *Las grandes traiciones de Juárez a través de sus tratados con Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos*, México, Jus, 1962; Abascal, *Juárez marxista*, México, Tradición, 1984; Villalpando, *Benito Juárez*, México, Planeta, 2000.

de la adolescencia. La historiografía crítica busca desacralizar, destruir estatuas, encontrar cadáveres, juzgar y condenar a los delincuentes. Si la historia de bronce busca hablar al corazón, la crítica se dirige al estómago y pretende despertar odios contra lo que se considera injusto, mentiroso o hipócrita. Este enfoque de la historiografía juarista alcanza sus mejores ejemplos en los libros de Francisco Alonso de Bulnes y José Fuentes Mares.⁴ La crítica de estas críticas pertenece también al mismo género, como lo muestra el magnífico libro de Fernando Iglesias Calderón.⁵

Superada la etapa crítica, los historiadores buscan comprender los hechos del pasado en el presente. Entre las biografías de Juárez que responden a esta intención, que tratan de situar al personaje en su contexto, aquilatar su significado histórico y su trascendencia, quizá la mejor sigue siendo la de Justo Sierra, que es un esfuerzo serio y bien fundamentado, amén de atractivo y bien escrito, por entender al personaje y sus razones, su época y sus tareas. El mayor reparo que se le puede poner es que responde a una concepción de la historia, entre romántica y positivista, ya superada, pues el libro se escribió hace 100 años. Tal vez tenga más fama de la que merece la obra de Ralph Roeder que, sin em-

4. Bulnes, *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, México, Bouret, 1904; y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, México, Milenario, 1967; De Fuentes Mares, *Juárez y el Imperio*, México, Jus, 1963; y *Juárez y la República*, México, Jus, 1965.

5. Iglesias, *Las supuestas traiciones de Juárez*, México, FCE, 1972.

Juárez. La Rebelión interminable bargo, también respondía a una intención abarcadora y comprensiva, lo mismo que el mucho más reciente libro de Brian Hamnett, cuyo problema fundamental es que sólo ha sido leído por los especialistas en el periodo y está lejano del gran público.⁶

Otra manera de acercarse a Juárez es a través de sus escritos, al alcance del público gracias a los trabajos de compilación de Ángel Pola y Jorge L. Tamayo. Todos los documentos citados textualmente a lo largo del libro pertenecen a esas compilaciones.⁷

Más que las biografías de Juárez, podemos entender al personaje a través de un puñado de obras que clarifican su época y su actuación. Así, sobre el significado de la guerra de Independencia tenemos el libro clásico de Luis Villoro; sobre el primer liberalismo mexicano, el de Charles Hale; sobre el periodo de Santa Anna, hay varios libros y ensayos de Josefina Zoraida Vázquez; y sobre el proceso de discusión y construcción de las instituciones del Estado desde la Constitución de Cádiz hasta las reformas constitucionales del porfiriato, el reciente trabajo de Luis Medina Peña.⁸

6. Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 1991; Roeder, *Juárez y su México*, México, FCE, 1972; Hamnett, *Juárez*, Londres y Nueva York, Longman, 1994.

7. Pola, *Benito Juárez*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), 3 t.; Tamayo, *Benito Juárez*, México, Libros de México, 1972, 15 t.; y *Epistolario de Juárez*, México, FCE, 1972.

8. Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 1966; Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora*, México, Siglo XXI, 1982; Vázquez, *La guerra entre*

Ya entrando a la época de Juárez propiamente dicha, el libro más amplio y comprensivo sigue siendo, a 130 años de distancia, el de José María Vigil. Más cercano, es luminoso y esclarecedor el ensayo de Luis González y González, "La era de Juárez". Hay numerosos estudios sobre particularidades de la Reforma, la intervención y el Imperio, entre los que destacan los de Daniel Cosío Villegas, Ernesto de la Torre Villar, Silvestre Villegas, Erika Pani y otros autores, aunque no existe una historia global comprensiva de ese periodo fundamental de nuestra historia.⁹

Si bien no hay una buena historia comprensiva reciente de la guerra de intervención y el Imperio, la República restaurada ha sido objeto de uno de los estudios más ambiciosos y abarcadores de la historiografía mexicana: los tres primeros tomos de la *Historia moderna de México*, escritos bajo la coordinación de Daniel Cosío Villegas, y en la que el propio don Daniel se encargó de "La vida política", Luis González y Gonzá-

México y los Estados Unidos, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 1997; Medina, *La invención del sistema político mexicano*, México, FCE, 2004.

9. Vigil, tomo V de Vicente Riva Palacio *et al.*, *México a través de los siglos*, México, Cumbre, 1956; González, "La era de Juárez", en *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989; Cosío Villegas, *La Constitución de 1857 y sus críticos*, México, Hermes, 1957; Torre Villar, *La intervención francesa y el triunfo de la República*, México, FCE, 1968; Villegas, *El liberalismo moderado en México, 1852-1864*, México, UNAM, 1997; Pani, *Para mexicanizar el Imperio. El imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México e Instituto Mora, 2001.

Juárez. La Rebelión interminable lez de “La vida social”, y Francisco R. Calderón de “La vida económica”.¹⁰

Y con esta nota bibliográfica terminamos este recorrido por la vida y la época de Benito Juárez, a quien un congreso liberal colombiano otorgó el título de Benemérito de las Américas.

10. Cosío Villegas *et al.*, *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1955-1977, t. I, II y III.

Pedro Salmerón Sanginés

Mexicano, licenciado, maestro y doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor e investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y profesor del Instituto Tecnológico Autónomo de México.

Es autor de una docena de trabajos académicos sobre la historia política y social del siglo XX mexicano. Entre sus obras están: *La División del Norte: la tierra, los hombres y la historia de un ejército del pueblo* (Planeta, 2006); *La Revolución popular en Durango* y *La Laguna: Calixto Contreras y Benjamín Argumedo* (Editorial UJED, 2008); *Falsificadores de la historia y otros extremos* (2015) entre otras.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de NOVIEMBRE del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.